FRAY MOCHO



"CANDIDEZ"

N.º 754

PAGINA INFANTIL — AVENTURAS DE PIPIRI



















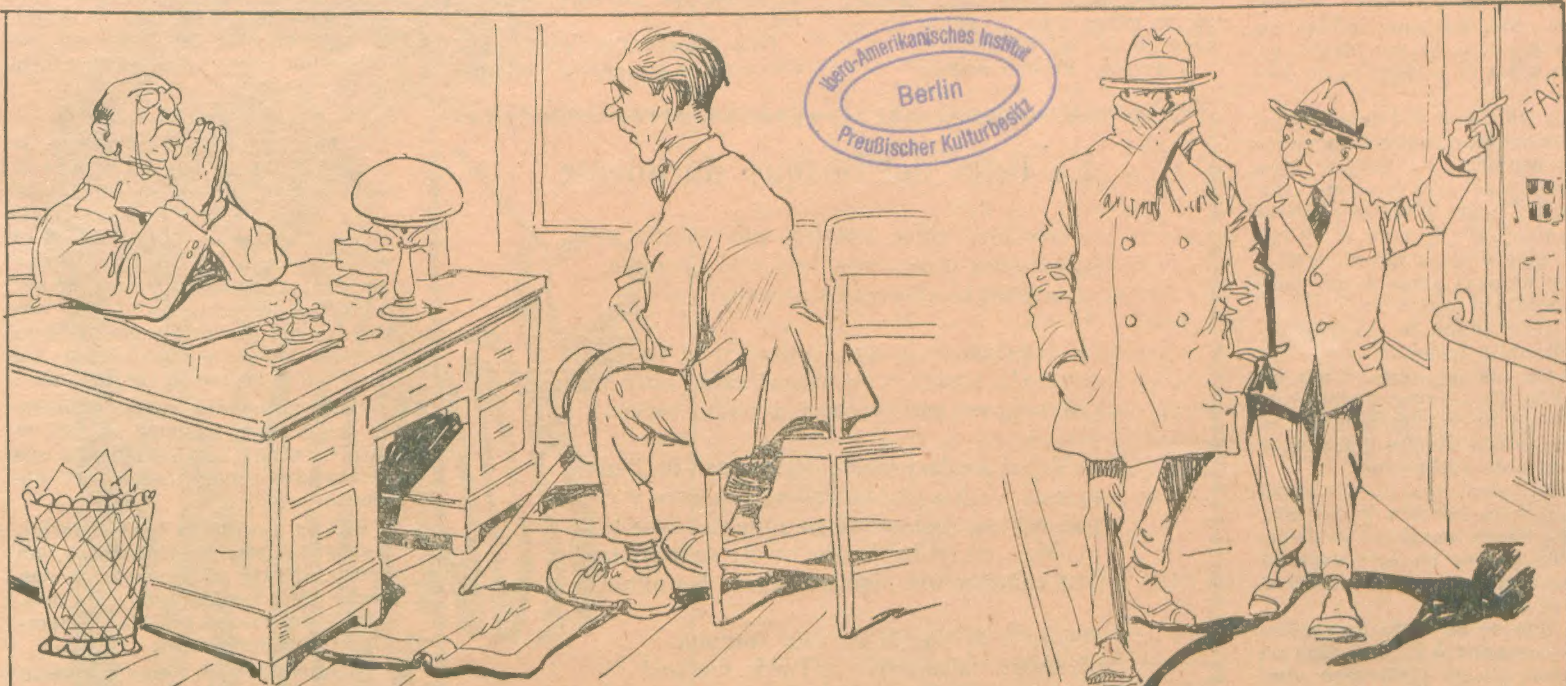




FRAY MOCHO

Año XV | Buenos Aires, 5 de octubre de 1926 | N.° 754

UN POCO DE TODO, por Rojas

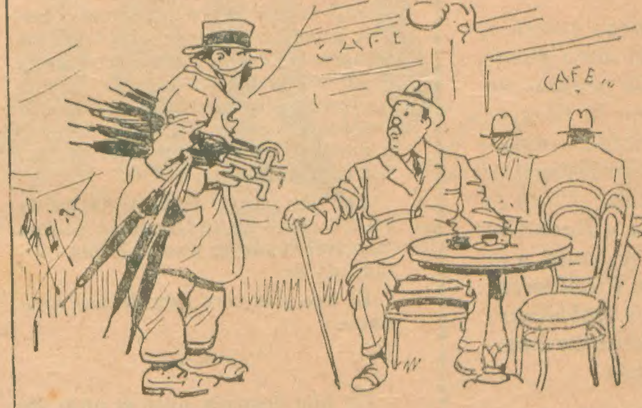


—¿Dice Vd. que no puede darme diez mil pesos en hipoteca por mi casa, que vale cincuenta mil?
—No, señor; no me interesa.
—¿Qué le interesa a Vd., entonces?
—El crimen de Vicente López.

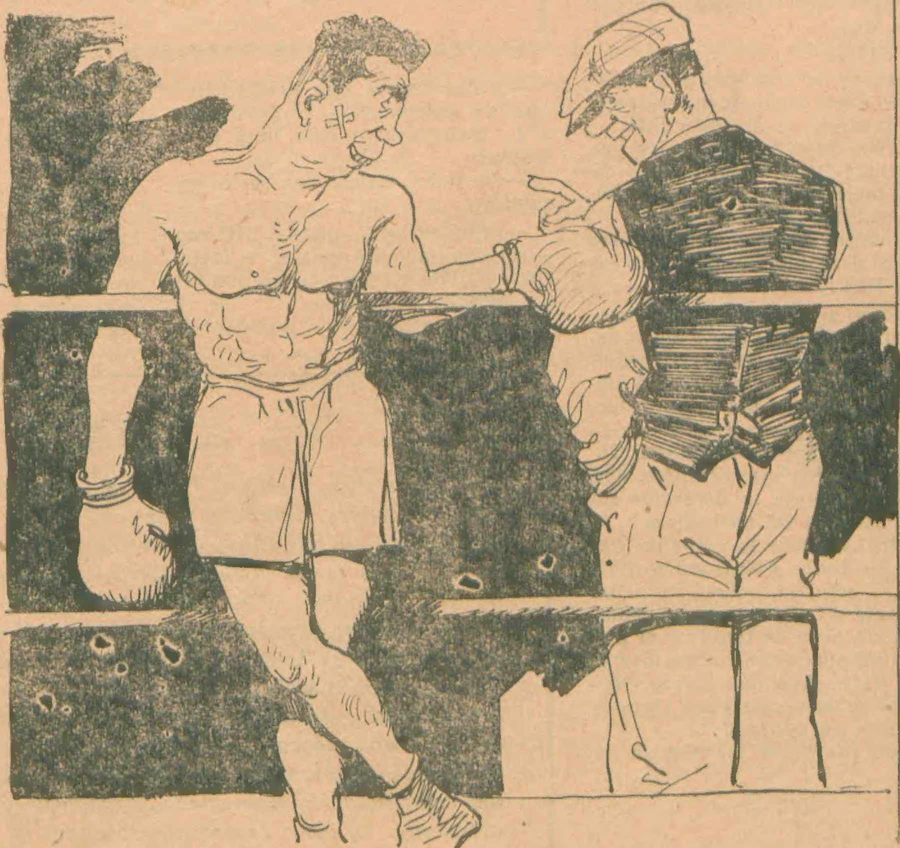
—¿No ibas à comprar el específico para la tos?
—En esa botica no, que es un boliche. Tengo la seguridad de que no saben si hay o no cianuro...



—En una ciudad francesa se escaparon varios leones y tigres. Uno de éstos entró en un restaurant y se llevó la pata asada de un cordero.
—¡Ah, tigre farrista! ¡Fuiste un sabio!



—Dice don Hipólito que la derrota que sufrieron los radicales, en Entre Ríos, fué debida a que llovió mucho el día de las elecciones.
—¡Qué lástima no haberme ido ese día para haber vendido todos los paraguas que tengo de clavo!



—Los que presenciaron la derrota de Dempsey salían exclamando: ¡es muy difícil que vuelva a pisar el ring otro fenómeno pugilístico como Dempsey!
EL BOXEADOR.—Y del que le dió la paliza, ¿qué decían?



LA APUESTA

Por Sara Insúa

Fijas las grandes pupilas glaucas en el vacío, Fifí apuraba a sorbitos su taza de te sin azúcar. Una preocupación seria la importunaba hacia varios días. Se había *pasado* en casa del modisto; le faltaban cuatrocientos pesos para pagar la cuenta. ¿Dónde encontrarlos? Su padre no le daría un centavo más. Su madre, seguramente, estaría en situación parecida a la suya. ¿Sus hermanos? ¡Con tal que no le pidiesen a ella!...

Fifí pensaba ya en recurrir a la única solución, dolorosa, pero necesaria, de empeñar alguna de sus joyas. Una frase cogida al vuelo del grupo de muchachas que charlaba a unos pasos de ella, le sugirió una idea salvadora.

Era una criatura rubia y delicada, tipo 1850, un poco exótica en pleno siglo XX, la que decía, en una voz lírica de recitadora de poesías:

—Muy bien esto del feminismo. Las mujeres llegaremos a tener todos los derechos del hombre. Nos atreveremos a votar, a pronunciar discursos y hasta a realizar operaciones quirúrgicas; pero a lo que no nos atreveremos nunca será a declarar nuestro amor a un hombre. Eso os demuestra que...

Fifí interrumpió la iniciada disertación antifeminista:

—¿Y por qué aseguras tú que no nos hemos de atrever a declararnos? Yo no he votado todavía, ni he pronunciado ningún discurso, y sería capaz de declararme.

—¡Bah!, pero tú... — arguyó otra mujercita morena y menuda. — Tú no tienes necesidad de declararte. Tú posees un arte especial para conseguir que se te declare el que se te antoje...

—Es que no se trata de ser coqueta — respondió Fifí, — sino de ser franca. No de *insinuarse*, sino de decir serenamente: "Le quiero a usted", exponiéndose a las calabazas.

—¿Y tú dices que serías capaz? —preguntaron a un tiempo las cuatro amigas, que rodeaban una mesita de laca.

—¡Vaya!...

—Bueno; pero es que a ti te ha hecho el amor todo Buenos Aires...

—¡No anto! — protestó Fifí. — Si queréis, buscamos entre los que no me han dicho nada, al más *difícil*, y me declaro, sólo por probaros que no me acobarda el acto.

Las cuatro caritas maquilladas hicieron el mohín de duda que esperaba Fifí.

—Vamos a hacer una apuesta— propuso.—Yo sola contra vosotras. Si me declaro, me dais cuatrocientos pesos entre las cuatro; si llegado el momento me falta valor, os doy yo cien pesos a cada una.

La proposición fué aceptada. Todas eran muchachas *solventes*, que podían permitirse la diversión de una apuesta de tal naturaleza.

El elegido para la *prueba* fué Paco Quintanilla. Veintinueve años, un metro ochenta, cabeza de actor de película — visto en la pantalla, — primera copa de tennis y el mejor seis cilindros que rodaba por el asfalto de la Avenida Alvear. Motivos todos para que Paco Quintanilla fuese un *castigador*.

Grande iba a ser la valentía de Fifí.

* * *

Fué después de una cena elegante en un gran hotel.

Fifí, deliciosamente *vestida* de *georgette* crema, y Paco, dentro de su frac irreprochable, llegaron hasta el banco del jardín, que las amigas de ella acechaban desde su escondite.

Habló él primero:

—Bueno, ¿qué es eso tan misterioso que tienes que decirme?

—Es difícil, ¿sabes?... — respondió Fifí, pretendiendo dibujar en la arena con la punta de su zapatito de tisú de plata.

Y después de una pausa:

—Antes tienes que prometerme que no antepondrás la galantería a la franqueza, o más bien a la lealtad.

—Caramba, chica, ¿es serio entonces?

—¡Muy serio! — afirmó Fifí con expresión melodramática; e insistió: — ¿Vas a responderme con toda lealtad? Júramelo.

—¡Por mi honor! — exclamó solemnemente Paco, la mano derecha sobre el corazón.

—Entonces, escúchame... Yo... te quiero, Paco...

—¿Eh?... ¿Qué dices?

—Pues eso..., que te quiero..., que tú eres el único hombre a quien consagraría mi vida..., que tu cariño es mi esperanza y mi ilusión...

Paco Quintanilla puso en Fifí una mirada perpleja y vacilante.

—¿Hablas en serio?

—¡Paco!...

En Fifí se perdía una magnífica actriz.

Quintanilla tardó un instante en reponerse de la sorpresa. ¡Era extraordinario! El sabía la impresión que causaba en las mujeres, y tenía que sacudirlas como a moscas; pero que se le declarase así una señorita, y una señorita tan cortejada como Fifí, era un triunfo que no se le había ocurrido esperar.

Fifí era encantadora. Tenía unos ojos verde mar, de pestañas enormes, que constituían la obsesión de varios amigos de Paco. Tenía también una naricilla respingona, una boca rosada y carnosa, una figura preciosa y una preciosa dote. Hacerle caso no habría sido un mal negocio. Pero...

Paco pensó que si se ponía en amores con ella para casarse, y sobre todo *si se casaba*, no podría jactarse de su triunfo, no podría decir:

—¿Veis esa muchacha? Bonita, elegante, rica, con los adoradores por docenas, pues se me ha declarado, y yo le he dicho *que no*. Todo esto lo pensó Paco en un segundo, mientras Fifí le miraba con una expresión implorante, perfectamente lograda.

Paco desvió de ella sus ojos.

—Te he jurado responderte la verdad lealmente... No puedes figurarte lo violento que me resulta... Vosotras, las mujeres, estáis acostumbradas para quedar bien en estos casos... En fin, hija; tú me pareces encantadora, digna de ser adorada, pero yo... Yo, la verdad..., me parece que no sería en mí una caballerosidad aceptar un cariño que no puedo corresponder.

Paco pronunció apresuradamente las últimas palabras, y, fija la mirada en el lazo de uno de sus escarpines, esperó con cierta ansiedad "algo"...

Fifí se mordió el labio inferior. Había previsto las calabazas, y, sin embargo, tuvo un instante de despecho. Pero un instante nada más. Con la mayor naturalidad respondió al "inconmovible":

—Gracias, Paco; tengo que decirte dos veces gracias.

El alzó hasta ella sus ojos sorprendidos.

—Sí, gracias, porque "rechazándome" me has evitado el latazo de tener que ser tu novia, aunque sólo hubiera sido por una hora...

Y como él la mirase cada vez más estupefacto, explicó:

—Es que yo aposté cuatrocientos pesos con unas amigas, que no me creían capaz de declararme a un hombre... Las segundas gracias te las doy porque has contribuído, aunque inconscientemente, a proporcionarme esos cuatrocientos pesos... Y ahora, tan buenos amigos.

Fifí asió, estrechó y sacudió la mano derecha de Paco Quintanilla, que el asombro dejara sin movimiento, y se alejó riendo en busca de sus amigas.

* * *

Fifí cobró sus cuatrocientos pesos, al mismo tiempo que fama de temeraria. Pero su temeridad no la dejó satisfecha. Su orgullo de mujer cortejada, asediada, sufría con trabajo el desdén del único hombre a quien — aunque "de mentira" — había pedido amor.

Por su parte, Paco Quintanilla estaba lleno de indignación contra la primera mujer que se había burlado de él.

El uno y el otro necesitaban vengarse.

* * *

Un año después, ante el altar de una iglesia aristocrática, recibían Fifí y Paco la bendición nupcial. Los dos estaban vengados...

La bella del bosque durmiente

—Decidme, noble anciana, por vuestra vida,
¿yace aquí la princesa que está dormida,
esperando ha dos siglos un caballero?

—La princesa de que hablan en tu conseja,
soy yo!... pero, ¿no miras? estoy muy vieja,
¡ya ninguno me busca y a nadie espero!

—Y yo que la procela de un mar de llanto
surqué... Yo que he salvado montes y ríos
por vos!—¡ Ay! caballero ¡ qué desencanto!
...Mas, no en balde por verme sufriste tanto:
Tus cabellos son blancos, ¡ como los míos!

Asómate al espejo de esta fontana,
oh pobre caballero... ¡ Tarde viniste!
Mas, aún puedo amarte como una hermana
posar en mi regazo tu frente cana
y entonar viejas coplas cuando estés triste...

AMADO NERVO.

EL ESPÍRITU

El espíritu, como el fuego consume troncos muertos, calcina piedras, derrite metales. El haz de mi alma puede incendiar una Babilonia. Un iluminado puede abrasar un imperio. Ya se ha visto. El arca es de hierro, la libra es de oro, el egoísmo de bronce, pero la electricidad impalpable, invisible, ingrávida, lo inutiliza todo en un momento, y el espíritu es la electricidad de la naturaleza. Nada le resiste. Devora siglos: evapora mundos. Jesús y Buda: un crucificado y un mendigo deshacen el globo y ponen a la creación una máscara nueva. Juana de Arco y Viñálvarez; hermanos gemelos, redimen dos patrias. Focos ambulantes del espíritu de la naturaleza. Arrastran y dominan magnetizando. El cielo es contagioso como la lepra.

GUERRA JUNQUEIRO.



SINTÉTICAS

SANGRE Y ORO

Sabíase, de antemano, que el reciente match de box, realizado en los Estados Unidos, entre los pugilistas Dempsey y Tunney, había de despertar una enorme expectativa. Como se trataba de dos formidables campeones, el duelo iba a ser terrible y esta esperanza llevó al lugar de la lucha a una multitud imponente por su número. De esto se deduce una conclusión lógica: a mayor grado de barbarie, mayor grado de entusiasmo público. El espectáculo no defraudó los anhelos de la concurrencia: ojos tumefactos, narices aplastadas y belfos reventados, salpicaban a los circunstantes con cuajarones sanguíneos, cada vez que un feroz puñetazo contundía el rostro del adversario; pero, no obstante esta magnífica exhibición "deportiva", muchos hubieron deseado ver toda una dentadura desparramada sobre el "ring", una cuenca completamente vacía o alguna mandíbula desviada hacia el cogote. ¿Qué menos podía exigirse, para que el resultado del encuentro hubiese estado a la altura de la fama de los combatientes?

Entre tanto, y tan encarnizada como la del "ring", fué la lucha sostenida a espaldas del match. Se habían jugado varios millones de dólares y como las apuestas eran de 4 a 1, a favor del hasta entonces campeón, el lucrativo negocio exigía que perdiese Dempsey. Y entre los varios recursos que los "científicos" del agio pusieron en juego para ganar la partida, se destaca un "punch" maravilloso: el de hacer creer a Dempsey, momentos antes de combatir, que su esposa había sido asesinada...!

¡Oh, insuperable tío Sam, siempre dictarás lecciones al mundo para la conquista del dólar!

CUESTION PELIAGUDA

La reina María de Rumania, acaba de adoptar una resolución trascendental: se ha cortado el cabello en forma de melena. Según anuncian las informaciones respectivas, parece que a su consorte, el rey Fernando, le ha disgustado mucho el inconsulto acto de su esposa y ha decidido, a modo de represalia, afeitarse sus propias barbas, interrumpiendo con ello la tradición, conservada durante varios siglos, de que los gobernantes de Rumania fueran esencialmente barbudos.

Hasta ahora es muy difícil prever las consecuencias político-económico-sociales que puedan derivarse para el reino, por la repentina ausencia de pelos en las testas de sus soberanos.

SIEMPREVIVAS BOLCHEVIQUES

Hace poco llegó a Moscú una delegación de funcionarios, de Tula, con encargo de depositar una corona fúnebre en la tumba que guarda los restos del compañero Dzerjinsky.

Para que el homenaje póstumo exteriorizase, con toda fidelidad, la delicadeza de sentimientos de quienes lo tributaban, se acordó confeccionar la corona con una artística sarta de revólveres, de diversos calibres.

Una vez que estas exóticas flores hayan esparcido su perfume, durante varios días, en la mansión del silencio, se retirará la simbólica corona de referencia para ser conservada en el Museo Revolucionario de aquella ciudad.

OSCULOS NASALES

En el Japón, la censura ha suprimido 800 kilómetros de película cinematográfica, para eliminar las escenas donde hombres y mujeres aparecen besándose, porque, en aquel país, el beso en público, está considerado como un acto grosero. En consecuencia, los empresarios japoneses han pedido a las casas cinematográficas norteamericanas, que, "cuando en una película se tengan que besar un hombre y una mujer, reemplacen el beso con un frotamiento de la nariz del uno sobre la mejilla de la otra, tal como se hace en China".

A nuestro juicio, esta última circunstancia vendría a explicar el aplastamiento nasal que caracteriza a los hijos de Budha, los cuales deben ser muy vehementes, en semejantes restregones, a juzgar por los efectos fisonómicos.

MIKE

Por G. W. Nelson

—¿Qué vamos a hacer ahora, Mike?

Ricardo Carlyon se dirigía al pronunciar estas palabras, al hermoso perro que estaba sentado frente a él.

Mike, lanzó un gruñido sordo y se acercó a su amo, quien lanzó una mirada circular por la habitación desprovista de muebles y adornos.

Carlyon era un artista y en otra época se había visto acariciado por el éxito. Pero un ataque de neumonía, dió un golpe de muerte a su carrera. Todo cuando poseía había ido desapareciendo y cuando entró en convalecencia de la enfermedad, se encontró débil, pobre y olvidado.

Los consejos del médico y una absoluta necesidad de economías, lo llevaron al campo. No podía vender sus cuadros y fué vendiendo los muebles, y a medida que recobraba las fuerzas, perdía cuanto representaba un valor efectivo.

Hacía dos días que había recibido un nuevo golpe. El agente del dueño de la casa en que vivía, le había comunicado que, a menos de que pagase una cuarta parte de la suma total que adeudaba, debía cambiar de domicilio.

Aquella tarde Ricardo trataba de resolver el problema de Mike. Mike acompañaba a Ricardo desde antes de su enfermedad. Era entonces un perro vagabundo, flaco y hambriento, que lo había seguido y desde entonces la amistad entre el artista y el animal fué en aumento.

—Ya lo ves, Mike — continuó el pintor. — No tengo ni con qué vivir yo solo. Yo no quiero verte padecer hambre, mi noble compañero... Si por lo menos encontrase quién cuidara de tí... por un tiempo... hasta que yo pudiera vender un cuadro o dos... entonces volverías a mi lado.

Mike respondió con un nuevo gruñido, seguido de inmediato por un sonoro ladrido, al oír que alguien llamaba a la puerta de la casa.

—¡Quieto, Mike!

El pintor fué a abrir y vió ante él a una joven.

—He venido a ver la casa — dijo ésta.

El perro examinó a la recién llegada y sin duda el examen tuvo un resultado favorable, pues la tendió una pata.

—¡Oh! ¡Qué lindo! — exclamó la joven acariciando al animal. — Sin duda usted lo mima mucho y le habla con frecuencia.

—En efecto. Es mi único amigo y me comprende mucho mejor que algunas personas.

—¡Ah! — agregó la visitante, quien después de una ligera pausa continuó: — Tengo entendido que esta casa se alquila. — Miró la habitación sin muebles, y dijo: — ¿Ya ha preparado usted la mudanza?

Ricardo sonrió con amargura.

—En efecto. Ya he enviado algunas cosas. Debo dejar la casa dentro de un par de días.

—¿Tan pronto? — exclamó la joven con desaliento.

—Es necesario que regrese a Londres.

—¿Y no puede quedarse algún tiempo más? Yo no estaré en disposición de mudarme hasta dentro de unos quince días y temo que el agente alquile la casa. Esta clase de edificios son escasos y los agentes son muy interesados.

—Pero usted puede asegurarla, pagando por adelantado una cantidad.

Ella manifestó contrariedad.

—¡Es cierto! — dijo lentamente. — Claro que puedo hacer eso...

—Pero si usted lo considera necesario me quedaré aquí otros quince días...

estoy muy agradecida.

Amo y perro quedaron en la puerta hasta que la joven desapareció. Luego Ricardo exclamó:

—Y bien, Mike... ¿qué opinas de todo esto? ¿Quieres decirme cómo resuelvo yo el problema de vivir aquí otra quincena? Pero no podíamos negarnos, ¿verdad?...



—...¿Que usted ha vendido a Mike?

—Oh! Qué bueno es usted! No puede figurarse el bien que me hace con eso... Pero si ya ha enviado usted casi todos los muebles va a estar muy mal...

—Estoy acostumbrado, señorita.

Ella le tendió la mano.

—Hasta la vista, y créame que le

¿Quién será ella?

Se inclinó hacia el suelo y levantó un objeto. Era un guante. Durante un momento estuvo contemplándolo y dándole vueltas en la mano.

De pronto un grito turbó el silencio de la noche. Ricardo y Mike corrieron hacia el camino. Como a cincuenta metros de distancia, la joven luchaba desesperadamente con un vagabundo.

—Mike... ¡Anda con él! ¡Aprieta fuerte!

El perro partió como una flecha. El vagabundo, al verlo, echó a correr, pero no fué muy lejos. Sesenta libras de músculos y huesos, lanzados a una velocidad de treinta millas por hora, cayeron sobre él y lo hicieron rodar como un muñeco. Después de una corta lucha, el hombre se incorporó y partió de nuevo a todo correr.

La joven lloraba mientras acariciaba al noble animal.

—¡Gracias, querido! — le decía pasándole la diminuta mano por la cabeza.

—¿Se siente usted bien, señorita? — preguntó con interés Ricardo. — ¿La lastimó ese bruto?

—No... Pero si no llega Mike tan a tiempo...

Carlyon, tuvo una repentina idea.

—¿Quiere usted quedarse con él? Será un gran protector en estos lugares tan solitarios...

—Oh! No... — protestó ella. — ¿Por qué privarle de su compañero...?

—Por el contrario, nos hará usted un gran servicio a los dos... — agregó Ricardo. — Es un poco... difícil llevarlo... Además necesita campo para correr...

Se separaron. Aquella noche el pintor escribió al agente prometiéndole pagar la deuda en un plazo de quince días, y pidiéndole le permitiese permanecer allí ese tiempo.

Al acostarse colocó el guante que se había olvidado de devolver, bajo su almohada.

* * *

Al día siguiente, un sonido familiar despertó al pintor. Se asomó a la ventana y vió que Mike saltaba y ladraba junto a la puerta. Abrió y los dos manifestaron su alegría por volver a verse.

Cuando ya avanzada la tarde llegó la joven, Mike no se demostró menos satisfecho.

—Se escapó — dijo ella. — Yo tenía la seguridad de encontrarlo aquí.

—Es un alocado desagradecido— exclamó el pintor.

—No. Es muy inteligente — fué la respuesta. — La mirada de los dos jóvenes se encontraron durante una fracción de segundo. — Yo... Yo salí para dar un paseo...

—En ese caso llévese al perro. Anda Mike.

Pero el animal se negó a obedecer y comenzó a saltar yendo del uno al otro.

—No quiere ir si usted no viene — manifestó ella sonriendo. — ¡Si me encontrara otro vagabundo!...

Y todas las tardes volvieron a verse. Mike pasaba el tiempo entre el domicilio de uno y del otro.

El fin de la quincena se aproximaba rápidamente y Ricardo no hallaba la forma de resolver la situación decorosamente.

Esperaba con impaciencia la llegada del cartero y lo veía pasar día a día de largo, con gran desesperación... ¡Si por lo menos le anunciasen la venta de uno de sus cuadros!...

La última tarde llegó Mike solo y los dos salieron a pasear.

—Mike! Viego amigo! — dijo Ricardo acariciándolo. — Vamos a separarnos. Lo siento mucho, pero es forzosamente necesario. Vas a tener una buena casa... y yo volveré

El mejor gobierno

—¿Cuál es la mejor forma de gobierno?—preguntó a su corte el rey de Corintio, Periandos, que fué uno de los siete sabios de Grecia.

Sus compañeros, que estaban presentes, fueron dando sus respectivas opiniones.

Bian fué el primero que respondió:

—Aquel cuyas leyes no sean superadas por otras.

Tales de Mileto, el gran astrónomo, declaró que:

—Donde el pueblo no fuese demasiado rico ni demasiado pobre.

Anacarsis, el escitio, dijo a su vez:

—Donde se honre a la virtud y se deteste el vicio.

Piteco de Mitilene contestó:

—Donde las dignidades se confieran siempre a los virtuosos.

Cleóbulo dijo:

—Donde los ciudadanos teman más al delito que al castigo.

Quilón, el espartano, añadió:

—Donde las leyes sean más atendidas que los oradores.

La última respuesta fué la del más joven y más sabio que todos, la de Solón de Atenas, que dijo:

—Donde una injuria inferida al más insignificante de los ciudadanos, constituya un insulto para todo el pueblo.

a buscarte en cuanto me sea posible. ¡Recuerda que todo es por ella!

Cuando regresó a la casa una hora después, iba solo.

Agobiado se sentó con la cabeza entre las manos, con el corazón destrozado y lágrimas en los ojos, ante la inminencia de la separación.

La voz de la joven le hizo volver a la realidad.

—¿Dónde está Mike? ¿No está aquí?

—No, — dijo el pintor sombríamente. — No está aquí.

—¿Dónde está? ¿Qué ha hecho usted con él?

—Lo... Lo he vendido.

—¿Vendido? ¿Que usted ha vendido a Mike? — En la entonación y en la mirada de la joven se notaba un reproche.

—No puedo explicar a usted...

—¿Y decía usted que era su mejor amigo? ¿Por qué no me lo vendió a mí?

—Pero.. Pero si yo no deseaba... — La voz se extinguió en su garganta.

—Cuénteme, Ricardo. Dígamelo todo.

—Creía que usted estaba tan necesitada como yo — balbuceó. — Cuando la dije que pagase el alquiler de la casa por adelantado... usted vaciló, y yo...

—¿Pensó que no podía disponer de esa suma?...

El asintió con un gesto de cabeza. La joven lo miró cariñosamente.

—Ricardo, usted ha vendido a Mike por favorecerme — exclamó. — Así pudo quedarse y ayudarme. ¡Oh, Ricardo! Todo lo ocurrido es culpa mía. Ya no necesito mudarme aquí.

El pintor la miró sorprendido.

—¿Que no necesita?...

—Claro. La casa es mía. Yo soy la propietaria. El agente me manifestó que era usted un inquilino poco deseable, y que convenía despedirlo. Entonces vine a verlo a usted... y quedé apenada. Pensé en que continuase viviendo aquí, pero no quería herir su amor propio, por eso inventé las historias del alquiler... Y ahora, ahora ha vendido usted a Mike para mudarse, para alejarse de aquí. — Y sollozando, agregó: — ¿Me perdona el daño que le he hecho.

Se oyó un golpe en la puerta. Los dos jóvenes se miraron y al abrirla Ricardo, apareció Mike con una carta en la boca.

—Se ha encontrado con el cartero, — explicó el pintor. — El le da las cartas! ¿Con que estás de vuelta, Mike? ¿Cómo te has escapado?

Pero el perro no estaba resuelto a recibir reproches, y acariciaba a los dos.

—Mike! Querido Mike! — La joven se había arrodillado y el animal lamía sus manos.

Ricardo se había vuelto de espaldas para abrir la carta. Era de su agente en Londres, que le anunciaba que dos de sus obras, tituladas "Mi perro", habían sido vendidas por cinco libras esterlinas cada una y le adjuntaba un cheque. La carta se escapó de sus manos...

Ella se levantó y fué a su lado.

—¿Son malas noticias?

Recogiendo la carta, Ricardo exclamó dándosela a leer.

—Vea, vea, lo que Mike ha hecho por mí. Ahora ya puedo rescatarlo. Esto significa todo para mí...

—¿Todo? — murmuró ella.

Se miraron y en silencio se abrazaron.

* * *

Carlyon es ahora célebre por sus cuadros, representando asuntos en los que Mike es la figura principal... Pero jamás ha podido descubrir quien fué el comprador de aquellos dos cuadros origen de su felicidad.

Esos dos cuadros son el más preciado tesoro de la que es su esposa, quien los conserva en un lugar secreto para contemplarlos como un talismán de su dicha.

ARTE Y SALUD

Pido un arte sencillo, un arte llano,
un verbo para todos, que no sea
psicopático nimbo de la idea,
sombra y penumbra en el dolor humano.

Quiero la claridad del Arte Griego;
llevar, como el buen Diógenes, linterna
para alumbrarme en esta lucha eterna;
mirar mi cuerpo y sonreírme luego.

Y cantar en su honor una alabanza
como el gran Withman, porque nada alcanza
la dignidad del músculo que vierte,

bajo la piel, en recia sacudida,
un vigoroso epíteto a la Vida,
y un mentís a la Nada y a la Muerte.

FERNANDO LLES.

La Televisión

Los experimentos que se están haciendo para que sea un hecho la televisión, o sea el ver a distancia por medio del radio, merece la atención de Orrin E. Durlap, quien dedica al asunto un interesante trabajo.

Anuncia que un aparato de televisión, en forma simple, estará en el mercado tan pronto como todas las fases del sistema estén debidamente protegidas por patentes. Lo cual quiere decir que el descubrimiento es ya un hecho.

El aparato de radio óptico en cuestión ha sido inventado por el ingeniero electricista V. K. Zworkin. Opera en conjunto con el micrófono, captando las ondas de luz, que son transformadas en electricidad y ondas de radio. De manera que se podrá ver y oír a la vez.

Al funcionar una estación trasmisora, se produce una corriente estable de energía a través del éter, que puede compararse a un camión en el espacio, por el que viajan música y palabras. Cuando el micrófono está dentro del circuito, recoge todos los sonidos que están a su alcance, y las vibraciones en el micrófono producen las correspondientes fluctuaciones en el circuito eléctrico conectado por el aparato trasmisor. Así la onda viajera es modulada de manera corriente, y en vez de ser una corriente cortante de electricidad se manifiesta con los tonos correspondientes de la música y la voz.

El principal problema a resolver ha sido el de producir un aparato que trasmitirá una sombra como el micrófono trasmite un rumor. La pila foto-eléctrica, empleada en varios procesos, es aparentemente el importante eslabón en la cadena de acontecimientos que harán posible la visión por radio. Las características fundamentales de la pila foto-eléctrica fueron descubiertas por el físico alemán Hallwachs. Se basa en el principio de que ciertos metales desprenden electrones cuando se iluminan sus superficies.

Zworkyn ha combinado la pila con el tubo vacío de radio ampliador. Se parece la nueva combinación al ordinario tubo vacío indicador y ampliador usado en los aparatos receptores, pero sensible a las variaciones de luz, produce instantáneamente variaciones de corriente eléctrica, que son amplificadas miles de veces por el mismo tubo.

La pila foto-eléctrica está dentro del tubo. El aparato es tan sensible a las variaciones de la luz, que se ha utilizado la delgada nube de humo de un cigarrillo para hacer sonar una campanilla, al interceptar dicha nubecilla la luz de una lámpara y producir un corto-circuito eléctrico, dentro del cual estaba la campanilla.

C. Francis Jenkis, inventor de un aparato para trasmitir siluetas de objetos en movimiento, usa la pila foto-eléctrica para convertir las luces y sombras de los objetos en las correspondientes intensidades de corriente eléctrica.

Mr. Jenkis, explicando el proceso de la televisión, dice:

"Si ponemos la cabeza bajo el paño negro de una cámara fotográfica enfocada en un juego de pelota, vemos en miniatura, sobre el cristal, una reproducción exacta del juego que se está verificando. Las imágenes las lleva la luz desde el terreno en que se juega al cristal de la cámara. Ahora, lo que pretendemos es que los rayos de luz nos lleven las imágenes del juego hasta nuestras casas. Esto no podemos lograrlo directamente, pues la luz va recta y las obstrucciones la cortan. Debemos, por lo tanto, recurrir a un conductor de naturaleza tal que sobre las obstrucciones y pueda seguir un camino tortuoso. El alambre de cobre reune tales condiciones, pero sólo puede dirigirse a un solo lugar. De ahí que recurramos al radio, que va a todas partes".

FILOSOFÍA CHINA

—Un buen tambor no necesita palillos muy gruesos.

—Si no quieres que nadie sepa lo que haces, no lo hagas.

—Si tienes razón, no urge que grites.

—Las palabras que en la tierra son habladas en voz baja, en el cielo retumban como truenos.

—Hay más árboles derechos que hombres derechos.

—Las torres más altas principian desde el suelo.

—¿De qué sirve orar a Budha como plata y maltratar a tu hermano como cobre?

—Un perro ladra por nada y el resto ladra por él.

—Un hombre bueno en la tierra es mejor que un ángel en el cielo.

—La experiencia es un caudal que adquieren los ancianos para que lo disfruten los jóvenes.

—Periandro, rey de Corinto, decía: "Los placeres son tan pasajeros como eternas las virtudes".

—Haced de la práctica de la virtud un placer y tendréis un placer permanente.

—Formando buenos ciudadanos, decía Sócrates, multiplico los servicios que debo a mi patria.

—No debemos fijarnos en lo que conviene, sino en lo que es justo.



INSOLADO

Por B. González Arrili

Hacía más o menos un año que Javier estaba enamorado de Lucía, la hija mayor del capataz de la estancia "Las Cruces", y aún no podía asegurarse, ni para su propio sosiego, que ella correspondía a su cariño. Resultábale extraña su actitud; y en más de una ocasión quedó pensativo, reflexionando con ligera angustia, ante la duda de que no le quisiera. Porque si alguna vez le sonrió como alentándole a proseguir en sus tímidos galanteos, cien veces encontróla, en cambio, indiferente, por más que se esforzara en decirle con los ojos de las mismas palabras de amor imposibles del balbucir sus labios entorpecidos por la emoción.

Una tarde, volviendo de la estancia, después de pasar dos horas cerca de Lucía, dejó marchar al tranco el rabicano que montaba, e hizo inventario de su vida pasada. En la primera oportunidad debía sincerarse con Lucía y contarle su historia entera. Justo era comenzar a prepararse con un examen de conciencia.

El no había hecho nada malo, a no ser quedarse sin el dinero que heredara del padre, no por su culpa exclusiva, sino por aquella desarreglada y ociosa vida inútil llevada en Buenos Aires. Pero llegó con tiempo a comprender que no debía ser así, y volvió a trabajar con lo restante de su sólida fortuna malgastada, una estanzuela a cuatro leguas de las Cruces, hipotecada, ya que no vendida como todo lo demás, — pero que "libraría" antes de un año si no se le perdía el trigo. — Diez y seis meses llevaba trabajando con ahinco en "La Aurora", y en ese tiempo fué tan radical su transformación, que ni él mismo se reconocía. Sus compañeros de la capital no habrían de creer que era aquel mismo tipo campero, Javier Menéndez, el irreprochable galán que entraba en todos los salones porteños segurísimo de ser el blanco de las miradas femeninas; el considerado como "el más espiritual de los muchachos" para una noche o dos de diversión entre estudiantes o calaveras profesionales, el mismito que en menos de un año dió al diablo, íntegra casi, la fortuna reunida por el padre en treinta años de desvelos... ¡Cómo iban a conocerlo!... Una noche se vió sin un centavo. Dejó en el hotel el reloj y los anillos, pidió prestada una pequeña cantidad a un amigo de los pocos, y se vino a "La Aurora". Traía el propósito firme de trabajar, y trabajó a la par de cualquier peón, dejando que el aire y el sol le transformaran el color de la cara, y las manos afiladas y suaves se convirtieran en un haz de sarmientos, calludas, fortísimas, cuando se cerraban con terquedad de tenazas... Se "hizo al caballo" y ya podía decir que conocía mejor aquellos nobles brutos que el manejo de un automóvil, y eso que como conductor había probado muchas veces ser expertísimo. Estaba hecho todo un hombre de bien y de campo. ¿Qué podía, pues, reprocharle Lucía, por severa que fuese? ¿El pasado? Su vida de disipación habíala reformado, olvidándose por completo de ella; pagaría aquel mismo año la hipoteca de la estanzuela, y no necesitaba más para vivir. Su hacienda desbaratada tenía seguridad de rehacerla con el plantel que cuidaba personalmente, de diez vacas y un toro mestizo... El era ya otro. Sentía necesidad de decírselo a Lucía urgentemente...

—Si habré cambiado — pensaba para sí, — que he sentido ante ella la emoción vivísima que jamás fueron capaces de comunicarme todas las muchachas que conocí en aquellos años de hastío elegante, de aburrido "confort". de galanterías tontas...

NOVIAZGO EN PELIGRO



—Si cuando venga Arturo llegas a decir, como ayer: "¡Dame un beso Juan!"..., te corto la cabeza.

II

—Niño, de parte de don Panta, que vaia...

—¿No sabés para qué?...

—Siguro ha'e ser porque la Lucía está mala...

—Qué... ¿qué?...

—...que hoy de mañana estaba muy malita, cuando el cura la bendijo...

Sintió Javier aflojársele las piernas y un sudor frío en la nuca. Le bailotearon los ojos trágicos. No preguntó más al muchacho mensajero, ni pensó en nada. Como autómata tomó un freno y se dirigió al corral. No había caballos. Colocóse dos dedos de la mano derecha en la boca y silbó fuerte, llamando a un peoncito que se acercaba despacioso:

—¿El zaino, patrón?

Javier se había quedado mirando sin ver a la distancia, donde serpenteaba el polvoriento camino, reluciente bajo los rayos del sol.

El peoncito insistió:

—...tordillo, patrón?...

Respondió con un gesto displicente, que no decía nada. El muchacho puso la silla chilena al que "pilló más antes", al tordillo, animalito "nuevo", inquieto, juguetón, "cosquilloso entoavía"...

Cinco minutos después jineteaba Javier a galope tendido.

El camino, — igual que una vida de pobrete inútil, — era pelado, como todo camino en la pampa, largo, torcido y sin árboles. Era en diciembre. Aquel sol de mediodía parecía un suplicio cayendo a plomo sobre el tordillo. Antes de la legua ya estaba el lindo bruto pringando sudor por todas partes, blanca de espuma la boca...

El galope seguía. Javier, que semejaba un borracho, pensó en un momento lúcido de su pena, que el pingo reventaba si no le aflojaba la marcha, pero se dispuso a sacrificarlo, con tal de llegar a Las Cruces a tiempo de verla viva, si aún era tiempo. Pensó también que había hecho mal olvidando el poncho, prenda campera que igual sirve para el agua que para el frío, que para el sol... Ardíale la cabeza, dolorida y como agrandada; le ardía la blusa sobre la espalda, con una picazón de urticaria... Y siguió. Cuando el tordillo, por su cuenta, quiso sujetar el galope largo que llevaba, un lonjazo fuerte le convenció de su esclavitud, que ya le recordaba a cada brinco el ligero tintinear de las espuelas de rodaja...

El camino se estiraba inacabable, bajo la gloria solar, convertido en infierno.

La inconciencia angustiosa del jinete no se aclaraba ni un momento más; de no, comprendiera que todo su dolor partía de aquel ignorar si ella lo amaba, a fin de poder fijar allí mismo el raudal de ternuras que guardaba dentro como resumidas de lo más profundo de su corazón al convertirse en hombre de bien. Sólo quería llegar a tiempo de verla y preguntárselo; no dejarla partir sin que supiera la verdad de su pasión, lo puro de su ensueño, muerto recién nacido... y las cuatro leguas se hacían doscientas, multiplicadas por sus ansias y por el sol inmisericorde de aquel mediodía estival.

El caballo se iba aplastando, sudoroso y jadeante, un poquito más a cada tranco.

Los ojos de Javier ya no veían sino una reverberación de cristales molidos, una molesta arcoirisación que danzaba locamente en el camino lleno de huellas. Llevaba la lengua endurecida. Martillábanle las sienes y aumentaba sus vueltas el taladro furibundo, reblandeciéndole los sesos. Hasta las piernas y los brazos parecían querer echarse a un lado del camino, a descansar, absolutamente cansados de aquel castigo de sol.

Un cuarto de hora después,—o un siglo,—encontró la sombra mezquina de un alpataco solitario. El caballo, como si razonara el dolor de él y de su amo, se arrimó al arbolillo... Javier desmontó, dejándose escurrir de la silla, como un saco de huesos. Quedó tirado boca abajo buscando fresco con la boca aplastada en la tierra caliente. Un dolor agudísimo bajo del cráneo, le hizo moverse unos instantes, convulso, para terminar, solito, a la sombra ilusoria del alpataco, como un pajarillo que se cae del nido roto...

Momentos de ausencia

ALMA MIA...!

Alma mía, que prosigues
llevando la ausencia larga,
fiel y amante peregrina
de la senda desolada...

Alma mía, ya no tienes
salvación en tu desgracia...
¡si pudiera irme bien lejos
y dejarte abandonada...!

ALICIA PORRO FREYRE.

El médico de mi barrio

Por Boy

(Del libro *"Las parejas negras"*, recientemente aparecido).

En la puerta ha parado un automóvil que produce un gran estrépito de lata en la calma de este barrio portentoso. Inmediatamente se oyen tres palmadas en el zaguán. La señora se asoma a la galería llamando a la sirvienta:

—Josefa, ahí está el doctor.

Sale Josefa apresuradamente y en seguida reconocemos la voz del médico que entra, diciendo:

—Es la manija del automóvil. Tengo que cargar con ella para que no me la roben. La dejaré aquí, en el contador de agua, con el sombrero.

—Haga su comodidad, doctor.

—¿Qué tal? ¿Cómo va la nena? — pregunta el médico.

Poco antes de que conteste la sirvienta, aparece la señora por una puerta de las que comunican con las habitaciones y le dice que pase al doctor. El doctor, antes de entrar, se detiene a refregar las suelas de los botines en las baldosas, mientras le dice a la señora:

—Tengo que andar entrando en las casas con la manija del automóvil en la mano, porque la otra tarde los muchachos de la calle se me llevaron una. ¡Son el diablo esos muchachos.

—Y usted, doctor, ¿no avisó a la policía?

—No, señora. ¿Para qué? A mí las criaturas siempre me hacen gracia. ¿Qué tal? ¿Cómo va la chica?

—Regular. Pase, doctor.

Pero el doctor pregunta sin entrar:

—¿No estará durmiendo ahora?

El doctor pregunta esto con un dedo colocado junto al oído. Es un hombre alto y grandote, con el cabello nutrido y medio en desorden, el bigote descuidado, la barba de una semana, el chaleco casi abierto y toda la ropa holgada, deformada, ofreciendo en conjunto esa impresión de desmadejamiento que particularmente se acentúa en las rodilleras de los pantalones. El calzado del doctor desconoce la existencia del betún; el nudo de su corbata ha quedado a medio hacer. Tiene en la mirada una dulzura mansa y condescendiente, y en el repertorio de sus ademanes ha buscado los más dubitativos y confusos, aquellos que manifiestan mayor incertidumbre, recelo, indecisión, para preguntar:

—¿No estará durmiendo ahora?

—No, doctor. Está esperándolo a usted.

—¿Sí? ¡Pobrecita! Hoy no vamos a andarle en la garganta con la cuchara. Es una infamia lo que se hace con las criaturas. Y total, ¿para qué? La medicina está llena de aberraciones.

—Usted, doctor, tan compasivo siempre.

—¿Compasivo, señora? ¡Usted no sabe! ¡Si uno fuera a contar!

—Pase, pase por aquí.

El doctor ahora camina mirando a las paredes.

—Es verdad que la llevaron al otro cuarto — dice como recordando. — En ese estará mejor por la alegría de la calle.

—No, doctor. Decidimos llevarla al más oscuro, porque la luz y el ruido la incomodaban.

—Ah, ¿la incomodaban? Entonces hicieron bien. La oscuridad y el silencio es lo que más le conviene.

—Yo digo eso. Como aun no se sabe si será sarampión.

El médico se detiene para preguntar:

—¿A usted le parece que será sarampión?

—¡Le lloran tanto los ojos! — exclama la señora.

El doctor va a contestar:

—Es verdad que le lloran los ojos.

Pero de pronto se vuelve atrás y pregunta, señalando a lo alto de un mueble:

—¿Por qué no le dan esa muñeca con el cochecito? Así se divertiría.

—No la divierte nada, doctor. Está muy caída.

—Ah, sí, claro; se comprende que esté muy caída — contesta el doctor entonces, reanudando la marcha tras la señora.

* * *

Ahora ya hemos llegado al dormitorio de la enfermita, cuy fisonomía se esfuma líricamente en la penumbra de la habitación, sobre el lecho todo blanco. El médico contiene la respiración y camina sobre la punta de los pies, adelantando las manos para evitar el encontronazo de su enorme cuerpo con algún mueble disperso por allí. La señora se apresura a dar luz, pero el doctor la detiene, diciéndole:

—Basta, señora, basta. Yo veo de sobra.

Se aproxima a la cama y se sienta en ella, con las manos metidas en los bolsillos. Mira a la niña. La mira largamente, paternalmente. Al cabo sonríe y le dice:

—Soy tu amigo, Margarita. Hoy no pido la cuchara.

La niña también sonríe.

—Usted es un picarón.

—Te digo que soy tu amigo.

—Saque las manos, entonces.

—Míralas. No tengo nada. Ahora dame una tuya que voy a tomarte el pulso.

—Ah, no.

Hay una pausa en la escena, que la señora interrumpe para decir:

—Esta noche ha volado de fiebre.

—¿Mucha fiebre?

—¡Oh, sí, mucha! Cerca de cuarenta grados. Mi marido estaba alarmadísimo.

—Es lo que pasa con el termómetro — dice el doctor ladeando la cabeza y metiéndose un meñique en el oído.

—Aunque usted nada había dicho, a las doce resolvimos darle un baño.

—¿Un baño? Sí, es lo mejor.

—Sin embargo, nosotros se lo dimos con bastante miedo, porque pensamos que podría sentarle mal.

—¿Mal, por qué?

—Por el catarro.

—Eso, sí; por el catarro, podría sentarle mal.

—En este caso, doctor, ¿a usted qué le parece?

—¿Lloró la nena cuando la bañaron?

—Un poco.

—Que llore un poco no es mucho; pero siempre es mejor no martirizarla. ¿Para qué?

—Es que anoche, con el baño, usted no sabe cuánto se despejó.

—¿Se despejó? ¡Vea qué cosa! — exclama el médico girando los pulgares.

Y añade mirando al techo:

—De manera que a usted le parece que el baño le viene bien.

—Yo creo que sí.

—Bueno; en último caso, le dan algún bañito calentito.

Mientras va diciendo esto, el doctor abandona la cama y se detiene, cara a la pared, contemplando un retrato que le llama la atención. La señora le dice:

—¿Y de medicamentos, doctor? Porque la cucharada no hay manera de hacérsela tomar.

—¿Qué cucharada? — pregunta el médico.

—La que usted le recetó.

—¿La que yo le receté?

—Sí, doctor; aquí la tiene — agrega la señora presentándole un frasco con jarabe.

El doctor lo toma, lo mira, lo agita, lo destapa, lo huele. Luego dice:

ANECDOTA

Fué rogado un español por Carlos V para que cediese por unos días su palacio, el más hermoso de Toledo, al condestable de Borbón.

Viendo el emperador que resistía, le dijo que debía mirar como un honor el alojar en su casa a tan gran capitán. El español respondió que eran muy conocidas las altas prendas de aquel príncipe; pero que su traidora conducta para con la Francia, su patria, las había borrado todas.

—Le cederé mi palacio por obediencia—añadió—mas suplico a Vuestra Majestad me permita darle fuego en cuanto el duque haya salido de él. No podré resolverme a ocupar la misma casa en que vivió un traidor.



—Es lo que pasa, señora. La medicina está llena de aberraciones y las pobres criaturas se resisten con razón. Esto le habrá resultado amargo, ¿verdad?

—Muy amargo.

—En todo caso, si le parece, podríamos arreglarle otra formulita con un poco más de dulce. ¿Qué le parece?

—Eso, doctor, es a usted a quien tiene que parecerle.

—¡Ah, claro, sí! Lo digo porque, a lo mejor, tampoco quiere tomar la otra cucharada.

—Como querer, lo único que ella quiere es comer pan. ¡Calcule usted!

Al oír esto, el doctor mira a la niña y sonríe compasivamente.

—¿Te gusta el pan, Margarita? —le pregunta.

—¡Oh! ¡Con locura! — contesta la madre. — Pero la locura ahora sería que lo comiese.

—Sin embargo, señora, una cortecita...

La señora se asombra y frunce el ceño.

—¿Con la fiebre, doctor?

—Es verdad; con la fiebre se cree que no conviene. Pero yo, que me paso media vida recorriendo esos ranchos de campaña...

—¿Va cambiando de creencia?

—En realidad, ignoro si la voy cambiando o si me voy quedando sin ninguna. (El doctor busca un reloj por las paredes y de pronto saca el suyo de un bolsillo cualquiera). ¿Sabe usted dónde he dejado mi sombrero?

* * *

Desde la puerta, en tanto que el doctor se despide de la enfermita con un cariñoso movimiento de mano, la señora llama a Josefa para preguntarle por el sombrero del doctor. Josefa llega y dice:

—El doctor lo dejó con la manija, junto al contador del agua.

—¡Ah! ¡Es verdad! — exclama el doctor, dándose con un puño en la cabeza.

La señora le sigue hasta la galería, donde el doctor se sonríe al descubrir su sombrero. Junto al contador del agua se reanuda el diálogo:

—¿Qué tendrá mi nena, doctor?

—Por ahora no hay novedad. La cosa sigue su curso.

—¿Pero qué curso, doctor? ¿Será el del sarampión?

—Usted, ¿qué impresión tiene?

—Yo no sé. Como tiene los ojos tan llorosos...

—Sí, claro. Puede ser que se prepare un sarampión. Antiguamente estas enfermedades se presentaban en una forma precisa y franca; ahora todo anda revuelto, confuso, embarullado. Yo creo que hemos estudiado un poco de más y que por eso ha venido este desconcierto. De todos modos, en cuanto pasen unos cuantos días, se despejará la cosa. Esto se despeja solo.

—¿Cree usted, doctor?

—Oh, sí señora.

Dicho lo cual, el doctor se abotona el chaleco, se sacude un codo, saluda a la señora y baja los escalones del zaguán con el sombrero en una mano y la manija en la otra. Poco después, en la calle, vuelve a oírse un gran estrépito de lata que interrumpe la calma de este barrio portentoso. Portentoso por varias razones, pero muy principalmente porque dicen que jamás se muere nadie.

¿SOÑANDO?

Mirando caer la lluvia
Me paso las horas muertas;
Esta lluvia rumorosa
¡Tantas cosas me recuerda!

Funde el espíritu mío
En cosas que ya pasaron,
Mis inquietudes de ayer
Con mis tristezas de ogaño.

En fantástico tropel
Van huyendo los recuerdos,
Mientras una voz secreta
Me dice: "todo es un sueño".

"Sueños fueron tus pesares
Sueños también tus amores;
Soñando vas por el mundo
Sin saber por qué ni adónde".

"Ama, canta, ríe, espera;
Prosiga el vivir su imperio,
Mas no olvides que eres sombra
Pasajera en corto vuelo".

Luego, siento el alma fría...
Torna el pensamiento huraño,
Y mis sentidos se abstraen
En un pesado letargo.

Y en tanto besa la lluvia
El caserío, los campos,
¡No sé si me hallo despierta
O en verdad estoy soñando!

CLARISA G. DE DIEGO ARBO.

La Orden de la Azucena

En la arruinada iglesia del Monasterio de los Jerónimos, de Perderval, no lejos de Burgos, hay una preciosa estatua yacente, de un caballero de la que fué muy insigne Orden de la Azucena, conocida también por el nombre de la Jarra, del Grifo y de la Terraza.

Pero muy poco se sabe de esta Orden, importantísima en sus días, y de la que con tan poco detenimiento se han ocupado los historiadores.

El rey de Navarra, D. García VI, al morir su padre Sancho García el Mayor, heredó Navarra, Nájera, Bureba, el país vasco, y alguna parte de Castilla, por lo que se hacía llamar rey de Navarra y de Castilla.

Hizo guerra contra los musulmanes, a quienes ganó la plaza de Calahorra, y entre otros monasterios e iglesias, mandó construir la de Santa María de Nájera, a la que dotó espléndidamente.

Una vez terminado este templo, don García instituyó, por devoción a la Virgen, la Orden militar de la Jarra de Azucenas, que tenía por insignia una jarra de tierra llena de azucenas, pendiente de un collar de oro. Como la jarra era de tierra, dieron en llamar a la tal Orden de caballería de la Terraza. La jarra de azucenas representaba la Anunciación de la Virgen María.

Los primeros que fueron armados caballeros de esta insigne Orden fueron treinta nobles de Vizcaya, Navarra y Castilla, siendo Gran Maestre el Rey, como lo fueron sus sucesores, mientras duró la Orden.

Los caballeros, en solemne ceremonia, juraban defender hasta perder la vida, al Rey, a la Religión, a las viudas y desvalidos, y no cejar en la lucha contra los moros hasta conseguir su expulsión de aquellos reinos.

Los caballeros llevaban hábito blanco y la representación del misterio de la Anunciación entre dos lirios blancos o azucenas.

Al cabo de algún tiempo, la Orden fué decayendo, hasta que don Fernando, el de Antequera, le restituyó su primitivo esplendor en el año 1413.

El primero que fué armado caballero de la resucitada Orden, fué el mismo don Fernando, que fué en procesión desde su palacio de Antequera hasta la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua, en donde recibió el collar.

La insignia consistía en un collar de oro, un jarro con azucenas resaltado de un grifo y pendiente de él la imagen de Nuestra Señora de la Antigua, adornada de estrellas, y el Niño Jesús en los brazos.

Mediante autorización del Papa Juan XXI, trasladó la festividad de la Orden, del día de la Anunciación al de la Ascensión.

Don Alonso el Magno, hijo de don Fernando, distinguió con esta divisa a muchos príncipes extranjeros, alemanes, austriacos, húngaros y bohemios, así como a muchos caballeros e hidalgos de Navarra, Vizcaya y Castilla.



LA CARNICERA.—Y tú, niña, ¿qué deseas?
LA NIÑA.—Pues un poquito de falda y un cuarto kilo de pecho.






EL TOPAMIENTO

Por Pedro Heredia

—Pero velo... chango pícaro!.... ¿Que no te has ido entoavía? Tomá ligerito el torzal, piyalo al burro y largate por la falda hasta el "Agua de Las Palomas". De ahí has de ir al "Pucará" y avisarle a ño Rosario que venga con la Crescencia, que pal domingo de Carnaval nos hemos de hacer compadres con un topamiento aquí en el "Espinillo". De vuelta has de llegarte a "Poscu-Yacu" y convidarlo a ño Andrónico con los Chayle, y de ahí a "Corral de Barracas" pa que vengan los Cardenas, Japura, Contreras y Zajama. Lo mesmo has de avisar a Bambicha, que no deje de traerla a la Celinda y a tatay Quinlay, que la cargue a la vigüela, pues que es churo pa tocar.

Todo esto dijo don Palemón casi sin tomar aliento, mientras el pobre muchacho recibía aquel chubasco de palabras con la cabeza gacha, repitiendo a intervalos y a modo de estribillo, el consabido "sí, señor, así será".

—¡Cuerra amigo!.. Si no quiere que le haga sudar a juerza de azotes — agregó, revoleando el rebenque, ademán que impulsó a la infeliz criatura a salir de su létargo, corriendo a todo escape hasta perderse detrás de la lomada.

Desde una semana notábase gran actividad en el "Espinillo". De rancho en rancho, había corrido la noticia del topamiento entre los Sarapura y Oropesa, que debía efectuarse el primer domingo de Carnaval, y los dos bandos ya estaban formados.

Doña Barbarita, maciza morocha de rasgados ojazos, labios carnosos, húmedos y sensuales, cuidaba primorosa, regando con cariño todas las tardecitas, sus múltiples plantas de albahaca, que de un verde esmeralda y fragante llenaban los pucos de barro alineados con gracia a la vera del bien aseado rancho. Era la planta simbólica. Sin ella hubiera resultado insulso el Carnaval, pues los mozos no hubieran podido acariciar con dulces requiebros los oídos de las chinitas, mientras la albahaca canallesca, dirigida por experta mano, no dejara como una ofrenda su delicado perfume en las frescas mejillas de la aturdida compañera. No es extraño, pues, que también don Palemón se interesara por ella, admirando a diario cómo crecía lozana, gracias a los cuidados de su mujer Barbarita.

—¿Que nos han mingao el vino, Palemón?

—Nada... Mañana ha de ir Carrizo al "Fuerte", y a él le mingaremos dos cargas.

—Na... y... buenos mientras tanto, yo iré a lechar, y mañana al alba hemos de hacer quesillos pa las coronas y elegir las pasas pa los collares. Tú, por tu parte, no olvides de hacer traer los vicios pa que nada falte en la fiesta.

Todo estuvo listo, y el ansiado domingo amaneció radiante y caluroso. Cerca de la casa de Sarapura, se había preparado un gran canchón, donde debía verificarse la ceremonia. En el rancho de los futuros compadres reinaba una algarabía infernal: que Barbarita no encontraba el pañuelo de seda para cubrir su negra cabellera, que la Martina hacía esfuerzos gigantescos para calzarse (por primera vez en su vida) unos botines, que la Pilar lloraba porque no podía abrocharse su vestido nuevo; la Teodolina rabiaba porque su pareja, el chango Dardo, no había llegado aún... en fin, aquello era una batahola feroz, que llegó al colmo cuando el changuito Nicasio anunció jadeante que había divisao a ño Rosario Oropesa que se acercaba con toda su comitiva.

La broncínea voz de don Palemón restableció el orden por un momento, pero la confusión volvió a reinar nuevamente afuera, cuando cada uno pretendía encontrar su caballo. Por fin, cada cual en su cabalgadura, ordénanse en fila, tarea no menos dificultosa, pues el caballo de éste se encabritaba, y el de aquél, asustado tal vez por el bullicio, pretendía escapar en desenfrenada carrera.

Los primeros eran los Sarapura; tanto doña Barbarita como don Palemón, lucían ufanos cada uno en su cabeza, altiva, una hermosa y pesada corona de sabroso quesillo, que entrelazado en tiras delgadas y arreglado con todo gusto por la simpática barbarita, semejaba de fino marfil. En el cuello, el matrimonio ostentaba varios collares, que terminaban en la cintura. Los unos eran de pasa de higo; de descarozados los otros, bien ensartados en cintas rojas y verdes. Complementando esta ornamenta, llevaban en sus diestras sendos ramilletes de albahaca.

La comitiva iba formando en parejas, provista de grandes cartuchos de almidón, papel picado y pomos de agua de olor. Caminaban a paso lento, en dirección al canchón; dos cajas, una quena y dos guitarras terminaban el alegre cortejo, que comenzó a entonar monótonos cánticos al compás del ronco sonido de las cajas, la melodía de la quena y el rasguido de la guitarra.

Como la otra comitiva, encabezada por ño Rosario y la Crescencia (adornados exactamente igual a la primera) tardaba en llegar, Palemón retardó la marcha, a fin de toparse justo en el lugar designado.

Por fin el topamiento se produjo en medio de los "jui jui", gritos estridentes que en masa emitían hombres y mujeres. La ceremonia principiaba. Ambos bandos comenzaron a girar alrededor de la pista, con una seriedad verdaderamente cómica, y los cantos rompieron el silencio, contestando de un bando cuando càllaba el otro.

A un grito determinado de los dos jefes, que deben cambiar sus coronas y collares, cada jinete espolea su caballo e impide a toda costa que tal cosa se lleve a cabo, tratando de despojar de sus investiduras al jefe del bando contrario, mientras las otra comitiva lo defiende con furor.

Las vueltas continúan y en cada topamiento se repiten las incidencias que producen hilaridad en todos los espectadores.

La hermosa Barbarita está a punto de perder su fino collar de descarozados, pues el intrépido Yapura había conseguido ya apoderarse de él, pero la diestra Pilar, rápida como el rayo, le arroja un puñado de polvos de almidón, que obligan al infeliz a abandonar la presa para proteger sus ojos. El bullicio es ensordecedor; los curiosos que rodean la pista aplauden con calor, y en medio del entusiasmo una voz exhorta a la Pilar:

—¡Chura la moza! ¡Si parece una urpila!

Los topamientos vuelven en sus encarnizadas luchas. El mozo Chayle parece magnetizar con sus melosas miradas a la Martina.

—Tan donosa y alhajita — le dice a ésta, y sin darle tiempo a reaccionar acaricia sus encendidas mejillas con un enorme ramo de albahaca. Martina, con mirada tierna y amorosa, desea contestar, pero el gallardo Chayle ya se encuentra lejos, transportado entre los brincos de su fogoso gateado.

La transpiración mezclada con los blancos polvos da a los rostros expresiones extrañas y fantásticas. Por fin, ño Rosario consigue acercar su redomón alazán junto al picazo de Palemón, y en un instante tan rápido como indescriptible consiguen cambiar sus coronas. Los juí juí... son interminables, festejando la hazaña, las cajas ensordecen con su ronco retumbar, y los espectadores aplauden satisfechos.

La ceremonia ha terminado con toda felicidad.

Ño Rosario es ya de hecho compadre de Palemón. Los jinetes se apean y los dos jefes se unen en un fraterno abrazo, mientras el cortejo, aprovechando esa distracción y en un instante más rápido que el que se tarda en describirlo, destroza las coronas y collares que a mandíbula batiente devoran con envidiable apetito.

Tatay Quinlay y los suyos toman asiento sobre sus aperos, y la música, compuesta por una quena, dos vigüelas y dos cajas, hiende los aires con una chilena, mientras las parejas se aprestan a danzar con las últimas caricias del sol poniente.

El licor alegra constantemente los ánimos en una franca alegría, ardiente, jovial, llena de libres sentimientos, desprovistos totalmente de los deformadores caricaturescos convencionalismos que a diario inventa la cultura y la civilización.



VIVISECCIÓN

Por Jaime Ripoll

Era uno de esos cafés silenciosos, tristones en su oscuridad de antro, que parecen resignarse con su mediocridad y se ocultan, como avergonzados, en una calle populosa y estrecha del viejo Madrid. Uno de esos cafés que arrastran años y años una vida incomprensible de soledad. Contadísimos parroquianos sombras casi desvanecidas en la penumbra del salón, compartían su tedio con el de los camareros durante las horas del día, en que la ausencia de luz artificial tenía casi en tinieblas el establecimiento.

Al anochecer se encendían las luces, unos menguados aparatos eléctricos con bombillas mortecinas, que no conseguían alumbrar más que a medias. A esa débil luz resaltaba más la infructuosa pretensión de decorado interior, con sus espejos empañados, sus divanes de terciopelo rojo maltratados por el tiempo y los adornos y molduras, que debieron ser dorados en días remotísimos. El derrotado aspecto de todo ello parecía justificar la escasez de alumbrado, como si el viejo café, consciente de su ruinosa y descuidada vejez, intentase disimularla, no exponiendo su miseria a una luz demasiado viva.

Aquel café tenía, entre los escasos asiduos concurrentes, un parroquiano que parecía por completo identificado con el ambiente macilento del local.

Era un hombre viejo o aviejado; con aspecto también de ruina, más moral que material. Ni pobre ni rico, a juzgar por su ropaje, que se veía cuidado con esmero, temeroso de frecuentes reposiciones. Mirada indiferente o absorta, como en contemplación dolorosa de recuerdos. Siempre solo, callado. El rincón más apartado y sombrío era su lugar predilecto, y rara vez disputada por nadie su posesión, allí pasaba la tarde ensimismado, tomando a pequeños sorbos su café.

Acaso le placía aquella soledad, amiga tal vez de sus pensamientos. Parecía hudirse voluntariamente en el rincón del café inadvertido, en una calle sombría de un barrio apartado, como deseoso de un apartamiento total de la vida. Para ello nada más a propósito que aquel lugar siempre oscuro. De día, por carencia de luz natural, y de noche, por no llegar a él más que un débil reflejo de las cansadas bombillas.

Una tarde lluviosa de un día deprimente del invierno aumentó la concurrencia del café. Esos días hostiles eran los únicos en que se veían totalmente ocupadas sus mesas. La lluvia y la tristeza de la calle estrecha y oscura brindaban al viejo café la protección de obligar a la gente a guarecerse allí, como si sólo en esos días tristes, llorosos, fríos, tuviese razón de existencia el mísero local.

En tardes como aquella recobraba algo de lo que debió ser su pasado para agradar a la parroquia ocasional. Campanilleos de cucharillas y rumores de conversaciones remedaban los ruidos de los grandes cafés céntricos y luminosos. Las paredes y el techo recibían la caricia del humo de cigarros, que viciaban el aire y aumentaban la opacidad borrosa de los espejos, como fatigados de reflejar la desusada abundancia de gente. La atmósfera interior, enrarecida y acremente cálida, se condensaba, esmerilando las lunas de la fachada, por las que resbalaban las gotas de lluvia. Era una melancólica invitación a dejar pasar las horas monótonas bajo techado y fuera de casa, en el confort apolillado de sus divanes casi cómodos...

El parroquiano, ensimismado, veía llegar con disgusto esas tardes de aglomeración, que le parecían un atentado a sus deseos de recogimiento. Desde el rincón oscuro atisbaba cómo iba aumentando el público, que primero ocupaba los lugares menos sombríos, los más cercanos a la puerta y vidrieras, y después, según iban éstos escaseando, los más adentrados, hasta llegar poco a poco a los límites de sus dominios, junto al mostrador, donde el dueño sacudía su habitual somnolencia.

Y aquella tarde, repleto el salón exiguo, hubo de resignarse el parroquiano solitario a la invasión de su refugio oscuro, que fué ocupado por completo.

En la mesa más próxima a la suya se instalaron tres jóvenes de cara afeitada, abundosa pelambre y desaliño obligado, que pretendían hacer pasar por voluntario. Discutían sobre literatura, y uno de ellos, el más exaltado, era quien llevaba la voz cantante.

—Desengañaos — decía. — Hay una porción de novelas por hacer. Vulgaridades explotables, que parecen ridículas bagatelas en el continuo vivir; pero que tienen una misteriosa fuerza emotiva al despojarlas de su acursilada vestimenta de cosas corrientes y vulgares. Ahí tenéis la mujer hacendosa y mártir de la clase media...

—¡Alto ahí! — terció uno de los otros dos. — Sobre eso se ha escrito mucho. Tanto, que está ya agotado el tema.

—Sí — arguyó el primero; — se ha escrito tal vez demasiado; pero todo o casi todo lo que se ha hecho ha sido, o de un cursilismo aterrador, a fuerza de querer idealizar falsamente el tema, o tomándolo a broma para ridiculizar una cosa sublime... No es eso. Yo no me refiero a la novela de la mártir del folletín o de la señorita cursi. Esas no tienen realidad; son falsas. En cambio, la novela vivida, el drama cotidiano de esas existencias que nuestra pretenciosa sociedad inmola fríamente a su egoísmo... La tragedia de constantes sacrificios, estériles ante la indiferencia general, y de renunciamientos heroicos... Esa novela tan real no se ha hecho, acaso por tenerla siempre ante nuestra vista, aunque nos obstinemos en no verla. ¡Cuántas novelas inéditas de la vida!... ¿Concebís, por ejemplo, la novela de un funcionario público?

Aquí le atajaron las risas y las protestas de sus compañeros.

—Os parece grotesco, ¿verdad? Un funcionario público será particularmente digno de todo respeto; pero como héroe literario ha nutrido solamente páginas festivas y regocijadas, y, sin embargo, un funcionario público puede tener su novela.

—¡Claro que sí! — le interrumpieron. — Como todo el mundo; pero, en tal caso, el ser funcionario del Estado no es más que un episodio. Algo han de ser los personajes de una novela. Lo mismo puede ser la novela de un músico o de un comerciante.

—No tal. La novela del que nació y vivió para ser funcionario, del que a serlo dedicó todos sus esfuerzos y a quien, precisamente por serlo, le ocurre la tragedia o la comedia de su vida... Esa novela tampoco se ha hecho. Veréis: os voy a hacer en un momento una novela de un funcionario público.

"El mayor de los hijos varones en un hogar modestísimo de la clase media. Como el muchacho sale listillo y estudioso, sus padres se imponen mil sacrificios para educarle, aspirando a darle una carrera. Se hizo bachiller, y en su hoja de estudios hay cosas visibles y cosas ocultas. Visibles, las notas brillantes que obtuvo en los exámenes. Ocultas, las privaciones de los suyos, el renunciamiento de la familia a todo en aras del porvenir del chico.

A poco, la muerte del padre, agotado y vencido... La catástrofe familiar, que siempre sorprende como inesperada, porque a fuerza de ser temida trata el pensamiento de ahuyentarla para evitarse esa tortura. El porvenir truncado; la miseria exigiendo con apremios brutales, y aquel joven, frente a la vida, sin haber aprendido a vencerla, que no hay cátedras de vida para los jóvenes estudiosos y humildes...

Un empleo seguro, el sueldo mezquino, pero fijo, el escalafón... Toda esa red de complicidades para anular una vida que ansía otros derroteros... La resignación finalmente, y, como único galardón a una lucha oscura, ignorada, la nostálgica espera del ascenso para escalar los puestos uno a uno...

Ya maduro, cuando ha creído po-

CANCIÓN DE PRIMAVERA

Con los cascabeles de las Primaveras
Cantemos, unidos, en torno a las eras:
Por la luz del día,
Por su antigua lámpara, que es tuya y es mía,
Vaya, con el viento, canción de Alegría!

Por la flor del lino, que es como un mensaje
Del cielo al paisaje;
Por la estrella de oro, que cayó en el agua,
Por el sorbo frío
Del agua del río
Que templó en la siega, nuestra sed de fragua...
Por la tierra parda, que es tuya y es mía
Cantemos, en coro, canción de Alegría!

Sean como cuentas de coral rosado
Todas nuestras horas de siembra y fatigas
Porque en las espigas,
El Tiempo nos tiene ya el premio acuñado.
Porque tras la Noche viene siempre el Día
Vaya, con el viento, canción de Alegría!

Porque, acaso muertos,
Seremos follajes de risueños huertos,
O piedras viajeras...
O mundos lejanos...
Parvas en las eras
Flores de manzanos!
Por el renovarse
Por el superarse
Por la rueda eterna, por la Eterna Vía
Que le aguarda a tu alma y espera a la mía!
Vaya, con el viento, canción de Alegría...!

Porque espesos velos, ocultan auroras
Porque somos hijos de infinitas horas
Porque nos iremos
Pero volveremos...
Por la inmensa sombra que es tuya y es mía,
Vaya, con el viento, canción de Alegría...!

MARIA ALICIA DOMINGUEZ.

der hacerlo, se ha casado con una mujer más joven que él. Una mujer bonita, pobre y resignada sólo en apariencia, con las privaciones que impone la exigua paga. Una muchacha que, al casarse, más que salir de una familia parecía huir de ella.

Compañeros suyos de mocedad, que pudieron luchar libres, sin encadenarse al presupuesto nacional, llegaron, triunfaron, mientras él, oscurecido y amargado, no es más que una insignificante y sustituíble pieza en la enorme maquinaria administrativa. Uno de aquellos compañeros que ha hecho carrera llega a director general del ramo. Se reconocen. Es aquél que le birló una novia cuando iban al Instituto, y reanudan una amistad, contenida ahora en los estrechos límites que imponen los diques de las categorías. Protección condescendiente y humildad oficiosa.

Un día, el director general conoce a la mujer del subordinado. Le gusta, y sonríe ante la posibilidad de repetir la bellaquería de cuando muchachos...

Servicios extraordinarios, dietas, gratificaciones, mil detalles de bienestar cuyo origen no sospecha el agradecido funcionario...

Y un día, al volver a su casa, el frío punzante de la soledad y del abandono, coincidieron con una crisis total y cambio de director.

El pobre funcionario ve derrumbarse toda su vida; pero sigue, como un forzado, sujeto a su duro banco de la galera burocrática. Sus jefes y sus compañeros ignoran la tragedia, y él no sabe si se siente por dentro ridículo o desgraciado".

. . . .

Nadie fijó su atención en el parroquiano solitario que, en la oscuridad de su rincón clemente, la barba hundida en el pecho y los brazos caídos, desmayados, lloraba... Lloraba...

La niebla londinense no tiene igual

Las famosas nieblas de Londres, ya son conocidas en su constitución. En el invierno pasado unos cuantos hombres de ciencia se dedicaron a analizarlas, y nos dijeron que esas espesas nieblas que los londinenses llaman "pure de guisantes", contienen en suspensión 250 toneladas de materia sólida por cada milla cuadrada, y que el vapor acuoso que las forma está casi saturado de carbonilla, hollín, tierra y otras varias inmundicias impregnadas con los ácidos clorhídrico y sulfúrico.

Estos gases son los causantes del coro de toses que constantemente se oye en la gran metrópoli en cuanto aparecen las primeras brumas. En los meses de "puré de guisantes" el número de defunciones por dolencias bronquiales dobla el de los meses restantes del año. Dos días seguidos de niebla causan tantas muertes como una epidemia y una reputada autoridad médica, afirma que un solo día de niebla causa en las Islas Británicas más bajas que las de la mayor batalla en la última gran guerra. Las pérdidas monetarias son grandísimas. Son millones de libras esterlinas los que se pierden por la suspensión en los negocios, del tránsito rodado, de los accidentes, de lo que representa el jabón y el trabajo empleados en lavar la ropa las ventanas y las fachadas, que se ponen negras, indecentes.

El forastero que llega a Londres en un día de niebla se queda asombrado, pues, por mucho que le hayan hablado de ese fenómeno, por mucho que su imaginación haya exagerado lo que ha oído, se da cuenta de que se ha quedado corto y que no era posible imaginarse cosa igual.

Entra uno en un teatro en una noche clara y serena de invierno, y al salir a las dos horas, cree que se han apagado las luces de la calle, que Londres ha quedado sin luz y sin vehículos. Una muralla parda, amarillenta, parece cerrar las puertas del edificio. No se oye el ruido de coches, ni de autos, ni de ómnibus; la gente grita llamando a cocheros y choferes. Se oye a la gente, pero no se la ve.

Los ómnibus, que aguantan todas las tormentas, que desafían a los hielos y a la nieve, no pueden con la niebla; les es imposible circular. El sentido de orientación se pierde. Todas las señales han desaparecido: se han borrado; las aceras, las casas de enfrente no se ven. Los potentes focos eléctricos, los arcos voltaicos no son sino pequeños puntos que apenas brillan.

De vez en cuando, oís la voz de un policía, que aconseja al peatón, pero no se le ve, se tropieza con él. Os guía, pero no basta; al cabo de dos horas, habéis andado un kilómetro. Se oyen voces, pero no se sabe quién las pronuncia. Flota en el aire, entre la espesa niebla, un sentimiento de nervioso temor.

Los policías procuran calmar a la gente. Los ciegos, los únicos que pueden andar por las calles, ofrecen sus servicios de guías.

Los trenes que van a los suburbios, que reparten los habitantes de la gran urbe en las afueras, en quince, veinte minutos tardan horas en hacer los cortos recorridos. Las estaciones del "tubo", del metropolitano, se llenan de gente; hay que formar cola, hay que aguardar horas para encontrar lugar en el tren subterráneo.

(Del libro *"Llama interior"*, que aparecerá en breve).

MIENTRAS VAS EN LA VIDA...

Hijo, mientras te lleva en su barca la vida,
cuida que tu esperanza esté siempre encendida;
sé bueno cual la fuente que sus aguas ofrece;
haz todo con amor que sólo éste enaltece;
Cristo el de la tragedia bíblica ofreció al mundo
antes de conmoverlo, todo un amor profundo.
Si eres labrador no envidies al granero
del vecino, ni exclames: mi campo es el primero;
si logras ser marino, no repitas: mi barca
sólo vence los mares y llegó a la comarca
más lejana del Orbe... Si eres cuidador
de algún jardín no pienses que tu rosal en flor
es el más aromado de todos los vergeles...
Las flores son efímeras como todas las mieles!
Si la diosa poesía deposita en tu frente
en un día cualquiera su ósculo ferviente,
y de ese instante amas la belleza del terso
lago, la luz, el cielo y en la trama del verso
encierras dulcemente una intensa emoción,
no digas: no hay canción igual a mi canción!
Hijo, es enigmático el bello panorama
que la vida te ofrece, pero aunque sufras, ama.
El amor es la savia de todo aquel que sueña,
con amor el oleaje se acerca hasta la peña,
y en el sonriente octubre, cuando ya se avecina
la ideal primavera, llega la golondrina
apasionada al nido... Hijo, el que hace sencilla
y buena la existencia, vive tranquilo y fuerte,
y el día que presiente las costas de la muerte
no teme y continúa sereno en su barquilla!

HUNDETE EN ESE NIDO

Paloma tempranera que buscas hacer nido
y merodeas ansiosa, junto a mi corredor
donde tejió su manto el viejo jazminero...
Paloma tempranera, blanca como el amor...!
Yo tengo un nido triste. Yo tengo un nido solo
que ha dejado desierto mi ave azul, ilusión,
húndete en ese nido, paloma tempranera
que está en mi corazón.

CUADRO

El supremo silencio como un ala
cubre mi pieza solitaria... En torno
de mi mesa la lámpara proyecta
su luz, afuera el ronco
gemir del viento pasa entre las ramas
de los sauces coposos.
He cerrado mi libro compañero
y me he puesto a escuchar el inarmónico
viento. La noche descendió de súbito
y cubrió los caminos, el sonoro
riacho, la huerta amiga
y la pequeña iglesia del villorrio.
Yo estoy en mi aposento
algo apesadumbrado y caviloso.

ME QUEDO EN ESTA VILLA...

Me quedo en esta Villa
para olvidar la agitación frecuente
de mi Ciudad natal... Aquí se sueña,
y el alma que ama la belleza asciende
como un hilo de humo a las regiones
de sus sueños celestes!
Me quedo en esta Villa silenciosa...!
Seré tu jardinero, si me quieres;
yo cuidaré tus rosas encarnadas
y el trovador canario que te ofrece
sus cantares; yo haré que aquellos canes
que custodian tu casa cuando duermes
estén celosos en las noches brunas...
Me quedo en esta Villa si me quieres!
Sé que la soledad será mi amiga,
y esa paz que ambiciono y que no vuelve
a disipar las nubes de mi espíritu,
será mi confidente!
Hace ya muchos años que el bullicio
de mi Ciudad, reaviva más la fiebre
de mi vida, que todo me contrista
y mi pobre esperanza no se enciende,
que nada es comparable a la sublime
soledad de esta Villa que se aduerme
en las noches de luna, en manto blanco,
y en las auroras por la luz naciente!
Yo no ambiciono nada,
me basta la belleza que me ofrecen
los paisajes, la música exquisita
de los arroyos mansos y la alegre
algarabía de los pajarillos...
Me quedo en esta Villa si me quieres!

Nuestros poetas

Félix B. Visillac



La poesía íntima y el arte sereno, tiene en Félix B. Visillac un cultor sincero y brillante. En sus versos nos pone en contacto con su alma sencilla que canta a modo de un ave nostálgica, junto a un lago meditativo, ungido de silencio. Es por eso que este poeta cede a los atavismos de su espíritu para reflejarse.

Su lira es siempre acariciada por ese vago deseo de evocar un bien distante, por un ansia contenida de soñar imposibles. Visillac se nos figura un poeta cuyo tedio se transforma en saudade, como si su ser encontrase una poesía o consuelo de una confesión o lenitivo de lágrimas. Su lirismo no le perturba la calma, ni sacude de pronto su impulso de alegría. Su musa no le produce desesperanzas ni le hace renunciar las tristezas recónditas.

Su obra es de un poeta emotivo; predomina una encantadora suavidad de alma, que sirve a sus versos para cantar en sus éxtasis, en acordes solemnes de orquesta, como si fuese una dulce música de cámara.

... ...

SAUL DE NOVARRO.

De "O Mundo Literario".—Brasil.

HOJAS

Bajo la luz muriente de la tarde, un callado
rincón de paz, parece nuestro parque vecino;
huérfano está de arrullos, ya no se escucha un trino
de pajarillos, todo, parece unificado

al misterio profundo de este otoño que adoro,
y que, como ha llevado mis encantos, la vida,
lleva las hojas muertas por la senda florida
del árbol que alza en alto su enorme copa de oro.

ARROBAMIENTO

Las noches autumnales, me obligan tristemente
a cerrar la ventana que da a mi patio amigo,
fuente, no oiré tus cantos, serenamente, digo,
luna, tu enorme disco no tocaré en mi fuente!

Viento errante, sublime ruiseñor de la altura,
ya no tendré tu beso como en estío, ahora
escucharé el murmullo de tu ala gemidora
cuando poses, de noche, sobre la fronda oscura.

Me encerraré en mi mundo interior, con mis quejas,
y tejeré canciones, tal vez algún rondel;
si a mi existencia rondas quimeras como abejas
porque mi alma en los versos no ha de dejar su miel.

OTOÑO

Estas bellas mañanas de otoño el alma mía
gusta hundirse en las nieblas del recuerdo, de aquello
que pasó prestamente como un vivo destello,
cual un rayo de luna sobre una serranía.

Santas memorias, digo, pensando cómo agobia
el recuerdo de toda juventud pasada,
y cómo evoca el alma la celestial mirada
de la primera novia.

Por eso amo tus días, otoño, porque empieza
a alejarse mi estío no sé a qué país...
Porque hay algunas hebras de plata en mi cabeza
y el cielo de mi alma suele siempre estar gris!

LAS COLEGIALAS

Por mi calle han pasado
esta fría mañana,
dando al viento sus risas,
algunas colegialas;
mientras el sol ponía
doradas pinceladas
en sus cabezas rubias
y en sus mejillas blancas,
ligeramente hundían
sus pies, en la hojarasca
que el céfiro nocturno
arrancó de las ramas!
Apenas quince abriles
tenían esas caras,
como las rosas, bellas,
alegres, como el aura!
Ansiando que mis ojos
pudieran contemplarlas
y decirles mis labios:
Salud, jóvenes magas!,
aunque el aire era frío
abrí mi alta ventana
y tras de aquellas vidas
recién dadas al alba
juvenil, sentí el fuego
que ayer me devoraba,
y dejé que se fueran
como palomas blancas
tras esas primaveras
mi ensueño y mi esperanza.

COMO EL CIELO Y EL MAR...

Esplendor de la tarde, encanto de las nubes,
aliento de la flor,
atracción de los frutos sazonados, alegres
cantos del surtidor!
Da mi vida a vosotros, todo lo que hay en ella
de profundo y sincero, triste o sentimental.
Mi vida se unifica a vuestra alma grandiosa,
como el cielo y el mar!

FELIX B. VISILLAC.

Los árboles sepulcros

Por Héctor P. Blomberg

(Del libro "*Los pájaros que lloran*", recientemente aparecido).

Manchas oscuras de montes, bajo el resplandor ardiente del cielo. Murmullo incesante de legiones de insectos; de vez en cuando el rezongo estridente de un mono, el latigazo fugitivo de una víbora. Ingás y urudays gigantes, como columnas vivas de una prodigiosa catedral construída por la naturaleza a través de las edades.

Era allá, por el norte, donde comienzan los calores ardorosos del Brasil, donde sobreviven las leyendas inolvidables.

Un paraguayo de facciones semiindígenas, escueto y cetrino como un moro, marchaba sin prisa al lado del extranjero, un argentino que se hundía en las selvas buscando Dios sabe qué.

De riacho cercano llegaba un hálito húmedo, refrescante. El paraguayo permanecía indiferente, en medio de aquella naturaleza en que palpitaba una vida invisible y profunda.

—¿Calor?

—No...

Encogióse de hombros el guía. Era un hombre ya entrado en años, con la mirada misteriosa de los guaraníes.

El argentino le pagaba para que lo acompañara durante el día entero por la selva, y él cumplía lo pactado sin una pregunta, sin un gesto de curiosidad.

—¿Por qué mira los árboles, usted?

El paraguayo se sacó el mascado cigarro de los labios y escupió.

—Para mirarlos, nada más...

Allá, de la frontera, de los campos abrasados de Matto Grosso, empezó a soplar el viento, un viento que decía de lluvias próximas y que pobló la selva de chasquidos inquietantes.

Siguieron andando, silenciosos. El viento arreció, y el azul esplendoroso del cielo empezó a enturbiarse cada vez más. Nubes negras y siniestras venían del Brasil. Revolaron grandes e inquietantes pájaros.

Tormenta...

El viento sacudía ahora los enormes árboles. La catedral de la selva se poblaba de voces hondas, gemebundas, y los monos chillaban de terror.

—¡Jesus!... ¿Qué es eso?...

Un esqueleto blanquísimo había caído a los pies del viajero. El paraguayo lo miró y volvió a encogerse de hombros.

—Por aquí, los árboles están llenos de esqueletos, señor...

Estremecióse el argentino.

—¿De esqueletos, dice?

—Sí, de osamentas de paraguayos... de hombres, de mujeres, de niños, que huían de los brasileros cuando la guerra. Se subían a los árboles para que no los degollaran los "cambá" y para que no se los comieran los yaguaretés... Se morían allí, entre las ramas, como los monos... Hace muchos años, muchos, señor...

Pálido, fascinado, el viajero contemplaba el esqueleto que acababa de caer del urunday. Parecía el de un niño o el de una mujer. Pensó, con frío en la médula, que aquel testigo del pasado terrible lo miraba con ojos espantosos, acusadores, llenos de visiones horribles: los pumas, los soldados negros...

—A veces, cuando sopla el viento del Brasil, cae una osamenta... Son los difuntos de la guerra que quieren dormir en tierra santa, con una cruz encima...

La voz del paraguayo, era ronca, sombría.

—La gente los entierra, por aquí...

El viajero, con un estremecimiento de terror, creyó que el esqueleto se había movido.

—Vamos a enterrar a este... este difunto...

Cavaron una fosa al pie del urunday. El viajero construyó una cruz con dos ramas secas. Los huesos se deshacían. A una de las caderas adheríase aun un fragmento pequeño de paño azul, y en un dedo de la mano izquierda veíase un anillo de plata.

—Era una mujer, señor...

Los huesos desaparecieron bajo la tierra. Arriba, los pájaros y los monos seguían chillando.

Sombrío, siniestro, el paraguayo parecía musitar una plegaria en guaraní, con el sombrero en la mano y los brazos cruzados.

—Vamos, señor...

Alejáronse del lugar. Antes de desaparecer entre los troncos gigantes, el argentino se volvió y miró por última vez la tumba de aquella muerta desconocida que cayera del árbol donde dormía desde hacía cincuenta años.

Toda la selva, como una catedral, resonaba con voces extrañas, profundas, misteriosas. Los árboles sepulcros sollozaban sordamente sobre sus cabezas.

LA INSTANTÁNEA

Por Trilussa

Pedro Caldai, que para no hacerse mala sangre viajaba siempre sin reloj y sin horario de trenes, llegó jadeante a la estación de Ladispoli en el preciso momento en que las ruedas del tren que iba a salir comenzaban a girar lentamente.

—¿Adónde va usted? ¡No puede subir! — le dijo un guarda, asiéndolo del aparato fotográfico que llevaba en las manos. — Si se parte la cabeza, la multa tengo que pagarla yo. Piense usted, son diez liras.

Esta consideración económico-humanitaria no persuadió del todo a Pedro Caldai. La idea de tener que quedarse solo como un perro en la playa de Ladispoli — que en esa época era un verdadero desierto de arena y guijarros — lo volvía audaz y rebelde. Se desasió, como una víbora herida, de las manos del hombre que, por diez liras, interesábase tanto de su crisma, y ganó la verja; pero demasiado tarde. El tren se alejaba resoplando, mientras los pasajeros, asomados a las ventanillas, le hacían jocosamente blanco de sus mofas, agitando sombreros y pañuelos, y gritándole:

—¡Divertirse!

—¡Que le aproveche!

—¡Mande una carta!

—¡Telegrafíe a la familia!

Con la resignación digna de un padre de doce hijos, Pedro Caldai tuvo que volverse en dirección al balneario. El cielo y el mar, limpidos y tranquilos, le acariciaban el alma y el ventrículo, calmándole completamente.

En la "rotonda" desierta, un mozo estaba recogiendo en un plato los restos de una comida devorada, pocos momentos antes, por una familia más numerosa que honesta. Otro mozo, silbando el himno de Garibaldi, preparaba una pequeña mesa. Los cubiertos eran dos: uno frente al otro. Esta disposición sugestiva incitó a Pedro Caldai a preguntar:

—¿Para quién dispone esa mesa?

El mozo suspendió el silbido para contestar la interrogación.

—Para dos recién casados que viven en Palo...

Y, posiblemente para evitar otras averiguaciones, retomó el motivo del himno, en el justo punto en que lo había interrumpido.

—¡Qué desatentos y mal educados son estos mozos de hotel! — pensó Caldai. — Me tratan como el último de los músicos ambulantes. ¡Si creerán que no pienso comer!... Comprendo: es el instinto del gasto...

El chasquido de un remo y una voz femenina hicieron acudir al mozo en mangas de camisa, hacia la escalerita que comunicaba la "rotonda" con el mar.

—Ya ha regresado el conde, Pippo. Haz que preparen la sopa.

Pedro Caldai miró con curiosidad y vió que de un pequeño bote descendía una pareja elegante. Ella, pálida y rubia como un panecillo de Viena, llevaba un vestido de franela, completamente blanco. La cintura sin entallar permitía la supresión del corsé, exhibiéndola sin embargo, ingeniosamente. Un pequeño sombrero de paja, encasquetado a la última moda, le confería un aire picaresco e interesante. El, moreno y completamente rasurado, llevaba un traje del mismo género que el de la damita. De franela el de la mujer; de franela el del hombre. Muchas veces, en amor, los vestidos son predestinados.

—¡Qué calor insoportable! — exclamó la mujercita al poner, primera, el pie en la "rotonda".

—¡Cómo se transpira! — dijo a su vez el morocho, dándose aire con un número de "Gil Blas".

Y el mozo acercándose a Pedro:

—¿Los ve? Esos son los recién casados.

Los cincuenta años que demostraba, un par de lentes de oro y la barba entera casi blanca, daban a Pedro Caldai un aspecto tan serio, que habría inspirado confianza hasta a un usurero. Y en su carácter de "dilettante" fotógrafo había tenido muchas pruebas. Tres damas de la aristocracia romana se habían hecho retratar por él en una villa de Tívoli en la actitud de Tres Gracias. Cierta noche, después de una cena opípara ofrecida por una señora extranjera, había sacado una docena de instantáneas al magnesio, que por cierto no aumentaban la reputación de los invitados. Valiéndose siempre de su aspecto serio y grave, en cualquier balneario podía muy bien internarse, olvidado su sexo, en el reparo de las señoras, sin procurarse la menor advertencia de parte de los bañeros, celosos cuidadores del pudor estival.

¿Qué más natural, entonces, que al final de la comida el joven morocho le dirigiese la palabra?

—Si no me equivoco — le dijo, inclinándose — el señor es fotógrafo...

—Sí; me entretengo sacando fotografías... para pasar el tiempo...

—¿Le queda alguna placa, todavía?

—Dos. Si desean aprovecharlas, con el mayor gusto, estoy a su disposición...

—Sí, Alfredo, ¡retratémonos! — dijo la mujercita pálida. — El señor es tan amable...

—Como quieras...

Bajaron la escalerita y ganaron el bote. Pedro Calai desde la orilla aprontaba el aparato, medía la distancia y aconsejaba familiarmente la postura artística:

—Colóquense de este modo... No... Usted, señora, se sienta. Mire a su esposo... acérquese más; muy bien, así; me ha comprendido en seguida... levante un poco la cabeza... perfectamente...

Luego, al acompañante:

Usted la abraza, no más, sin cuidado... De todos modos estamos solos... Eso es... va a resultar una vista muy bonita, verdaderamente original. Con tal que el bote no se mueva... Listos... una... dos... y ¡tres!

Al "tres", el joven morocho, cuya boca estaba casi junto a la de la mujer, empujado no sé si por una fuerza magnética o una debilidad amorosa, imprimió en los deliciosos labios de ella un beso que, naturalmente, impresionó al fotógrafo, quedando impreso en la placa.

—De no haber sido una instantánea, ¡quién sabe lo que iba a salir! — observó, sonriendo, Pedro Caldai, poniéndose otra vez el aparato debajo del brazo.

Ella agachó la mirada, sonrojándose ligeramente.

Pocos meses más tarde se inauguró en el Palacio de las Bellas Artes de Roma, la LXV muestra artística. En la sección segunda de la sala X, los delineantes de fotografía expusieron sus trabajos. También Pedro Caldai envió tres ampliaciones muy hermosas: "Regreso de las carreras", "En Villa Borghese" y "El primer beso". Esta última recordaba vagamente el cuadro de Siemiradsky "A l'exemple des dieux"; llevaba el número 427 en el catálogo.

El día después de la inauguración, a la hora ocho, una linda señora se presentó en la casa de Caldai. Era la mujercita pálida del bote, la esposa del joven morocho.

—¡Por caridad se lo pido! ¡Sálveme, señor! Si no quiere ser el causante de la infelicidad de dos familias y el destructor de tres reputaciones, saque inmediatamente de la sala X el cuadro número 427...

—¿"El primer beso"? Y ¿por qué? —preguntó Pedro con asombro.

—¿Por qué? Pues porque yo no soy la esposa de ese hombre, ¿comprende? Hoy la exposición se abre al público... Mi marido es un apasionado concurrente de muestras de arte...

—¿Y cree usted posible que yo pueda sacar ahora ese cuadrito? ¿Qué pensaría de mí el jurado? ¿Qué diría el público al notar ese lugar vacío? Sospecharía que...

—Se lo suplico, señor..., evite una tragedia. Yo soy culpable, es verdad, de haber dado un beso a mi amante, ¡pero usted lo ha ampliado! Yo no pensé entonces en lo que podía pasar... en lo que sucede ahora: otra cosa hubiera sido de haberlo sospechado siquiera...

La mujercita pálida se secó una pequeña lágrima. Pedro Caldai se conmovió. Pensó durante algunos segundos; luego dijo:

—Bien, sea. Tranquilícese usted. Guardo en la carpeta una vista de igual tamaño. No hay más que hacer un cambio. Ya está hallado el remedio...

Abrió un armario en que tenía guardadas cubetas, sales, soluciones y negativos: extrajo con calma una carpeta roja.

—Debe estar aquí... Sí, véala usted, es una instantánea que saqué el año pasado en la plaza Navona, mientras un guardián municipal aplicaba un puntapié en... la última vértebra a un vendedor de cerillas. ¿Le agrada el género humorístico? ¿Está satisfecha ahora? Otra cosa no puedo hacer. Ahora me visto y corro a la exposición... Pero no le oculto que siento en el alma sacar esa obra maestra. Pero no queda otro remedio que hacer cuando una mujercita tan linda, tan simpática, tan interesante, lo pide...

La damita se dejó abrazar y sonrió:

—Gracias. ¡Usted me salva!

El cambio tuvo lugar esa misma mañana sin que lo advirtieran el jurado, el marido y el público. Este último, sin embargo, deteniéndose sorprendido ante el "puntapié municipal", notaba que no le correspondía muy bien al contenido del cuadro.

Efectivamente, en el catálogo quedaba escrito:

Número 427: "¡Primer beso!".

NOSTÁLGICOS BAGARES

Para FRAY MOCHO.

En la calma de la tarde cuando vago por las playas,
caravana de recuerdos de placeres y batallas
van cruzando, en esas horas, por mi mente, sin cesar,
de ilusiones derrotadas por los bruscos desengaños,
de las noches de aquelarre que buscaba en los extraños
labios bellos y licores, una pena mitigar.

Cuántas veces destrozaron un puñado de quimeras
al soplar los sinsabores en pasadas primaveras
y aturdido me internaba en el mundo del placer,
donde suenan carcajadas mientras lloran los violines,
gran mercado de caricias donde acuden arlequines
impulsados cuando sienten algo intenso que vencer.

Hoy estoy algo distante de aquel suelo tan querido
y del barrio inolvidable de "San Telmo", porque ha sido
cuna grata de ilusiones, de bohemia y de inquietud,
es por eso que hoy a solas, en nostálgicos vagares,
van cruzando uno tras otro, los rincones familiares
salpicados con escenas de mi muerta juventud.

LUIS A. DE LEON.

L A M U E R T E

Por Leónidas Barletta

Cuando dieron la señal de partir, Mariano, erguido en el pescante del coche fúnebre, hizo restallar el látigo sobre las cabezas de los briosos caballos de color azabache, que temblaron sobre sus cascos embetunados, y, recogiendo las bridas en un elegante movimiento puso en marcha el carruaje.

Seis caballos briosos no son nada fáciles de gobernar, menos aún si uno de ellos tiene la maldita costumbre de ir mordisqueando a su pareja. Pero Mariano enristró la fusta, dispuesto a hacerse obedecer de su tronco, y ellos deben haberlo comprendido así, porque, alzando bien las patas y apoyando nerviosamente el casco en la calzada, andaban elegantes, sobrios, sin desmedidos movimientos ni brusquedades.

Mariano le había dicho a Mercedes, su mujer:

—Si querés ver algo bueno, vení al entierro de esta tarde. ¡Seis caballos... carroza para las flores... sesenta coches... palafreneros...

En verdad que era un entierro imponente. Los seis caballos del coche fúnebre piafaban; los coches se alineaban en interminable hilera. ¡y qué abundancia de flores, de coronas blancas, lilas, azules!...

Y luego, aquella multitud de gente que seguía a pie, detrás del fúnebre, con la cabeza descubierta, respetuosamente.

Desde Mariano, hasta el último palafrenero, vestían de gala. Calzon corto, sujeto a la rodilla; medias de seda blanca; sombrero de tres picos.

En lo alto del pescante, Mariano y el lacayo parecían tallados en madera, según se observaba su inmovilidad. Ambos habíanse compenetrado de la importancia del papel que jugaban en la fastuosa ceremonia y no se dirigían la palabra.

Los chicos y las comadres del barrio mirábanlos boquiabiertos. Las gentes se detenían en su camino, asomaban las cabezas por las ventanillas de los tranvías, acudían a las puertas, abrían estrepitosamente las ventanas y se quedaban mirando con un estampado gesto de asombro.

Mariano sentía una viva satisfacción. Respiraba apenas para no desbaratar la línea impecable de su pechera deslumbrante. Cuidaba de no descomponer las arrugas "profesionales" de su cara. Porque — ¡hay que decirlo! — no cualquiera puede sentarse en el pescante de un coche fúnebre. El cargo requiere cierta habilidad y destreza, una grande dignidad y una exacta comprensión de los valores que se da a los símbolos, en esto que damos en llamar sociedad humana. Un hombre que no se respeta a sí mismo, no puede ser cochero fúnebre.

En este entretanto, una ojeada de soslayo le permitió ver a su obesa esposa, que seguía atentamente los movimientos del cortejo tan emocionada como si se tratase de un deudo del ilustre difunto. Pero Mariano se arrepintió muy pronto de haberla invitado a presenciar el pomposo funeral, porque en el colmo de su entusiasmo y satisfacción, Mercedes, sofocada, próxima a rodar por el pavimento, trotaba junto a la carroza, gritándole:

—¡Eh! ¡Mariano!... ¡Marianito!... hombre; ¡como si no me vieras!... ¡Eh! ¡Mariano! ¡Vuelve la cabeza, orgullosito! ¡Vamos, hombre, si me estás oyendo!

Por toda respuesta Mariano hizo restallar la fusta sobre su tronco. Retinto, que estaba enganchado a la izquierda, se encabritó; pero Mariano le hizo comprender que no era cosa de bellaquear ese día, y le alcanzó un zurriagazo que al punto le puso de buen acuerdo. A la edad que tenía, él no iba a negarlo, como el prójimo sentía sus achaques, mas eso no le quitaba del todo el poder de su puño. Las seis riendas estaban seguras en sus manos, mal que le pesara al inquieto caballo que le obligaba a concentrar en él su atención.

Su mujer se había quedado algo rezagada y andaba con alguna dificultad porque le ajustaban los zapatos. Jadeaba a causa del violento ejercicio a que sometía su voluminosa persona, apartando con los codos a la gente que se interponía en su camino y trotando junto al coche.

Cuanta mayor era la admiración que se granjeaba el cortejo, más se hinchaba su orgullo. Sin poder refrenarse, le dijo de sopetón a un hombrecillo grueso, calvo, que marchaba a su lado, sudoroso, agitando su sombrero en una mano.

—¡Qué me dice usted de estos espléndidos caballos!

El interpelado la miró con desconfianza.

—Es mi marido... — aclaró ella triunfalmente.

El hombre pasó su pañuelo por su calva reluciente y volvió a mirarla sin saber qué decirla.

—Le aseguro a usted que es mi marido — dijo, esta vez colérica, la esposa del cochero fúnebre. — ¿Por qué iba yo a decir una cosa por otra? ¿Cree usted que soy una de tantas que aparentan lo que no son? No, señor, no; usted se equivoca de medio a medio. No acostumbro a darme tono. Hace catorce años que me he casado, y mi marido, sí, mi ma-ri-do, como usted lo oye, ha estado en entierros más lujosos que éste, sin que yo me haya puesto orgullosa por eso.

Y dirigió una amorosa mirada al rostro de Mariano, de azules mejillas afeitadas, con la cabeza rígida: ¡no fuera a caérsele el sombrero de tres picos! ¡Y qué suma elegancia en aquellas manos enguantadas que empuñaban las riendas!

Mercedes se detuvo porque ya no podía soportar el dolor turturante que le producían los zapatos, demasiado angostos. Y volvió a su casa, extenuada, pero feliz.

Al anochecer, cuando Mariano regresó a su hogar, ya no era el mismo. Había perdido mucho de su importancia al despojarse de su ropa de librea, pero aún conservaba en su rostro grave un aire de superioridad. Se quitó los botines, calzó unas zapatillas que su mujer le alcanzó solícita, y declaró redondamente que no cenaría.

—¡Cómo! — exclamó Mercedes contrariada — había preparado unos alcahuciles al infierno como para chuparse los dedos, y ahora tenemos que no queres cenar. Comprendo que en un día así... me explico... ¡Ah! ¡No habré visto otro igual! ¡Cómo quedaba la pobre gente con la boca abierta cuando manejabas el látigo...

—Sí — dijo Mariano, halagado a pesar suyo — "Retinto" me ha dado algún trabajo y he tenido que usar el látigo, contra mi costumbre.

—Pero no me viste... — empezó a decir Mercedes; Mariano la interrumpió:

—Te vi, sí, te vi; pero no se importuna a un hombre que lleva las riendas de seis caballos en un funeral. Si vuelvo la cabeza, si me inclino, si no estoy sentado como es debido... ¿puedo decir que ocupo mi puesto a conciencia? No, no; lo echaría todo a perder...

—Ahora comprendo... — se disculpa Mercedes, pesarosa.

—Mañana habrá que comprar los diarios para ver cómo he salido en las fotografías — dice Mariano, suavizando el tono, para destruir el mal efecto causado por su reproche.

—¿Cómo?... ¿Fotografías en los diarios? ¿También eso? — exclama ella en el colmo de su estupor. Y se marcha a la cocina, murmurando:

—¡Qué hombre, válgame Dios, qué hombre!

Sin embargo, flota en el ambiente una nubecilla de tristeza. El tablero de damas yace olvidado. Esta noche no hay partida. Muy pronto Mariano se desviste y se mete en la cama. Mercedes le lleva su gorro de dormir y su pipa. Y por primera vez en catorce años de casados, Mariano deja de fumar su pipa.

—¿Querés, por lo menos, una tisana? — le pregunta Mercedes.

—No; no quiero sino dormir,— responde.

Mercedes da unas cuantas vueltas por la habitación, prueba un bocado, y luego, apaga la luz y se acuesta.

Se pone a pensar en las fotografías que van a publicar los diarios de la mañana y en el efecto que va a causar su marido, tan tieso en su asiento del pescante del carro fúnebre. ¡Cómo van a rabiar las vecinas!

—¡Miren al marido de Mercedes! ¡Ni que fuera el presidente!

Y otra vez vuelve con la imaginación al desfile del cortejo. Allí está Mariano, empaquetado, tieso; pero ahora la mira y le sonríe bonachonamente y es ella la que tiene que reprocharle:

—¡Eh! Marianooo; atendé tus caballos sino queres que la cosa pierda su efecto.

Y los caballos, negros, brillantes, gordos, tienen ahora un par de alas, como esos caballos que ella ha visto en la fuente de Lola Mora.

Y está en el reino de los sueños.

Cuando abre los ojos, el sol se cuela jovial por cuanto agujero o rendija encuentra. Su canario, "Tesoro", trina locamente. Primero lanza una nota; luego otra; y una tercera, breves, cristálicas, y, de repente, desgrana un millar de notas melodiosas, atropelladamente, como un himno de alegría.

Una voz pregona:

¡"La Nación"! ¡"La Prensa"!

Mercedes se incorpora en el lecho, se vuelve hacia su marido, le toma de un brazo para zamarrearle y se queda inmóvil, fría, con los ojos enormemente agrandados por la angustia. Y es que Mariano no está rígido, con la boca crispada y los ojos fijos, fijos, como si estuviera conduciendo la carroza de su propio funeral.

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

(CUENTO JAPONES)

Por J. Valera

Mucho tiempo ha vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico, llamado Matsuyama, en la provincia de Echigo. Tenían una hija, y ambos la amaban de todo corazón.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aun muy pequeñita, que el padre se vió obligado a ir a la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle y él se fué solo, y prometiendo traerles, a la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desechar cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba a la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban, y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió a la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul que sabía que a él le gustaba en extremo.

No atino a encarecer el contento de esta buena mujer cuando vió al marido volver a casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto.

"A tí, — dijo a su mujer, — te he traído un objeto de extraño mérito: se llama espejo. Míralo y dime qué ves dentro". Le dió entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores; y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro, porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

—¿Qué ves? — preguntó el marido, encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo a una linda moza, que me mira y que mueve los labios como si hablase.

—Tonta, es tu propia cara la que ves; — le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía.

—Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad, cada persona tiene uno, por más que nosotros aquí en el campo, no los hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose casi a cada momento. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usarla a diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña que iba creciendo y era el mismo retrato de la madre, y tan cariñosa y buena que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engreír a la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre le olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura y la que reflejaba el espejo.

Pero llegó el día que sobrevino tremendo infortunio para esta familia hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma; y, aunque la hija cuidóla con tierno afecto y solícito desvelo, se fué empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar a su marido y a su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra, y, sobre todo, por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

—Querida hija mía. ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy a morir, y a dejaros solos a tí y a tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días al despertar y al acostarte. En él me verás y reconocerás que estoy siempre velando por tí. — Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió, con lágrimas, lo que su madre le pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró a poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo y miraba en él, por largo rato e intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriente. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día; y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla o enojarla.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo, cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó: "Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver a mi querida madre y hablar con ella". Le refirió, además, el deseo de su madre moribunda y que ella nunca había dejado de cumplirle.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas de piedad y de afecto. Y nunca tuvo corazón para descubrir a su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura.

Comida de camaradería en el regimiento de Granaderos General San Martín



De acuerdo con la costumbre establecida, llevóse a efecto la comida mensual de camaradería en el cuartel del regimiento 1.º de caballería Granaderos General San Martín, que manda el teniente coronel Sánchez Reynafé. A este acto, que fué presidido por el ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, siguió una animada recepción de carácter social, en la que tomaron parte gran número de familias invitadas. — El general Justo, ocupando el sitio de honor en la cabecera de la mesa.

En el Club Sportivo Barracas



En su local social, realizó el Club Sportivo Barracas, el quinto festival familiar, organizado por la comisión de fiestas de dicha asociación.—Un detalle de la concurrencia que asistió a la lucida fiesta, al servirse el lunch.



Señoritas Juanita Barregín Etchart, Zulema Arbó, Micaela Carella, Rosa Mazzáfero, María Ramos Ruiz y Eulalia Nicolini, que integran la comisión femenina.

BIBLIOGRAFÍA





El poeta don Julio Díaz Usandivaras, autor de los libros "La flor de mi campo" y "El alma de la tierra" (verso y prosa, respectivamente), que han obtenido franco éxito.



El conocido y fecundo escritor, señor Roberto G. Paterson (Pater), cuya última obra titulada "Aristocracia", que acaba de aparecer, ha sido elogiada por la crítica.

FESTIVAL DE BENEFICENCIA





Con un brillante éxito social y pecuniario, realizóse la anunciada kermesse de caridad organizada por la comisión de damas que preside la señora Magdalena Madero de Tornquist, en beneficio de las obras que sostienen las Hijas de María del Colegio del Sagrado Corazón.—La fiesta tuvo lugar en el jardín de invierno del Plaza Hotel. En la presente página reproducimos varias instantáneas tomadas durante el festival, donde aparecen algunas de las señoritas que tuvieron a su cargo los quioscos para la venta de artículos, y algunos grupos del elemento infantil, favorecidos con juguetes en las tómbolas y rifas que actuaron en la kermesse.













BANCO MUNICIPAL DE PRÉSTAMOS





Recientemente se inauguró el nuevo local destinado a la agencia A. del Banco Municipal de Préstamos, acto al cual asistieron algunas autoridades de la institución. A la izquierda: varios de los empleados que integran el personal de dicha agencia. A la derecha: vista del frente del edificio, situado en la calle Tucumán 885, donde han sido instaladas las oficinas acabadas de librar al servicio público.

De la estada de Paulino Uzcudun



El campeón europeo de box, Paulino Uzcudun, acompañado de los señores Grock y señora, L. Alary y señora, Paul Arthus y Federico Perea, en el jardín del Hotel Comercio Larre, donde se aloja.

Enviado del "Noticiario Fox"



Señor Fernando E. Delgado, notable "cameraman", enviado a la Argentina por el "Noticiario Fox", para obtener notas cinematográficas de nuestra industria, comercio, agricultura y ganadería, destinadas a ser difundidas en todo el mundo.

De Mar del Plata



La señorita María Aguirre y el señor Luis Arbuzú, que recientemente contrajeron enlace.

Concurso cinematográfico



Señor José Matienzo, representante de William Fox, en la Argentina, encargado de organizar el concurso de belleza fotogénica que actualmente lleva a cabo la Fox Film.

Necrología



Señor Tolstoi Della Mattía, cuyo reciente fallecimiento, en esta capital, ha sido muy lamentado

SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — La señorita D'Hiriart, recientemente desposada con el señor Cruz Derqui.



Enlace Magalhaes - Aparicio.



La señorita Ibarra Pedernera, cuyo enlace con el señor Sundblat se realizó últimamente.



Enlace de la señorita Marcela Tauret con el doctor Raúl T. Canevari.



Enlace Jurado - Lagos



Enlace Monteverde - Ramírez.



ROSARIO.—Enlace de la señorita Rosario Capmani con el señor D. Maida.



Enlace de la señorita María J. Mengelle con el señor José L. Saurit.



La señorita Agustina F. Alderete y el capitán de navío Ciryl Bertrani, después de su enlace.



SALTA.—La señorita Susana Violeta Usandivaras, que en breve se desposará con el doctor Benjamín Dávalos Michel.



Señorita Blanca Usandivaras, cuyo matrimonio con el ingeniero Fernando Solá Torino, se realizará próximamente.



Actualidades cinematográficas



Jack Daugherty y Blanche Mehaffy en "El tren desenfrenado", film Jewel, que la Universal estrenará el jueves próximo.



Rodolfo Valentino y Vilma Banky, en "El hijo del Sheik", film dirigido por Georges Fitzmaurice, que Artistas Unidos estrenará el 17 de octubre.



Pasaje de "Una enfermera tentadora", cinecomedia que interpretan Sidney Chaplin y Patsy Ruth Miller, y que en su programa Ajuria estrenará el viernes la General.



Richard Talmadge, Mary Carr y Gladys Hulette, en "Patrulla nocturna", cinecomedia que la New York Film exhibe desde el domingo último.



Tom Mix y Jacqueline Logan, en "El monarca de la sierra", cinedrama que la Fox estrenará el jueves próximo.



Escena de "El que recibe las bofetadas", de L. Andreieff, producción Metro-Goldwyn, dirigida por Seastrom, e interpretada por John Gilbert, Norma Shearer, Ford Sterling, Tully Marshall, Lon Chaney, Clide Cook, etc., que Glücksmann estrenará el 12 de octubre.

Notas artísticas







"Sol de tarde", acuarela, y su autor Andrés Siciliano, pintor de positivos méritos, que acaba de realizar, con lisonjero éxito, una exposición de sus obras en "Los Amigos del Arte".



"Placidez" (Barracas)



"Veleros en Barracas"

Dos telas del notable marinista Justo Lynch, que figuraron en la colecció1 recientemente expuesta en el salón Witcomb.

CARICATURAS DE SANGUINETTI



El príncipe de Prusia, Luis Fernando de Hohenzollern, actualmente nuestro huesped.



Doctor Angel H. Roffo. designado miembro del jurado en el Concurso Nacional de Ciencias.



Doctor José Barran, recientemente nombrado consejero de la Facultad de Ciencias Económicas.

Campeonato Sud-americano de Lawn Tennis





Llevóse a cabo la segunda reunión correspondiente a la disputa del sexto campeonato sudamericano de lawn-tennis.—Ricardo Cat y Eduardo Stanham (uruguayos), y Carlos Urrutia y Vicente Molinas (chilenos), que disputaron el match de dobles. La posición de los equipos es la siguiente: Uruguay, 3 puntos; Chile, 2 puntos.







A la izquierda: Bernardo Ferrés (uruguayo) y Carlos Dorén (chileno), que jugaron el primer partido.—En el centro: durante el partido entre Ricardo Cat (uruguayo) y Fritz Bierwith (chileno).—A la derecha: los dos jugadores últimamente nombrados, antes de empezar el juego.

Segundo Torneo Metropolitano de Atletismo







Realizáronse diversas pruebas en la selección para el campeonato nacional en el segundo torneo metropolitano de atletismo, organizado por la Asociación Cristiana de Jóvenes.—De izquierda a derecha: V. Caamaño, clasificado segundo en el salto con garrocha, en el que marcó 3'40 metros; Pedro Elsa, campeón argentino de lanzamiento del disco, con 38'50 metros; Jorge Haeberli, que obtuvo el primer puesto, en el salto con garrocha, salvando 3'60 metros.

Aniversario de la Compañía Nacional de Tierras



Festejando el décimoséptimo aniversario de la constitución de la Compañía Nacional de Tierras de Marciales y González, los dirigentes de la misma ofrecieron un lunch en honor del periodismo local.—Vista parcial de los concurrentes al acto.

INFORMACIÓN GRÁFICA DEL INTERIOR



TANDIL.—El intendente municipal, señor Nicasio Sánchez, y otras personas, durante el homenaje tributado al aviador Olivero en la Escuela Normal.



SAN LUIS.—Personas que concurrieron a la colocación de una placa en la tumba del ex director de la Escuela Superior N.º 5.



QUEMU - QUEMU.—La señorita Avelina C. Asencio, recientemente diplomada como profesora de corte y confección, y su maestra, señorita Josefina Castelli.



Concurrentes a la fiesta infantil ofrecida a sus amigos por el niño Fornaro Fornari, con motivo de festejar su cumpleaños.



Durante la recepción popular tributada a los aviadores Duggan y Olivero y al mecánico Campanelli, a su llegada a Quemú - Quemú.



ALEJANDRA (Santa Fe).—Grupo de señoritas que han terminado sus cursos de labores en la Academia Singer, acompañadas de la directora, señorita Estela Liebrecht

Gente menuda



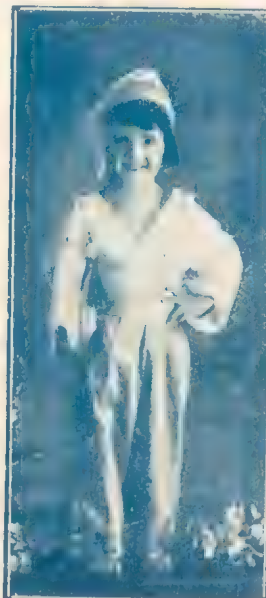
Enrique Carlos Farengo Massa.



Nélida Olga Rondanini Libera.



Nefer Pellegrini



Luisa Espíndola



Carolina Guanziroli

EL JUEGO

(Arreglo de un cuento de Hoffmann).

En el verano de 18... los establecimientos de aguas de Pirmont atraían multitud extraordinaria de personas. Todos los días crecía la afluencia de ricos forasteros y constantemente se avivaba el ávido pensamiento de los especuladores de todas clases; los empresarios de la banca de faraón abrieron sus salones y ostentaron, sobre el tapete verde, masas de oro con las cuales esperaban atraer una buena caza.

Un joven barón alemán, a quien llamaremos Sigfried, parecía querer resistirse a este atractivo de las cartas.

Sigfried era independiente, rico, de noble aspecto, de carácter alegre, y tenía mucho partido entre las damas. En todo lo que emprendía no parecía sino que era guiado por una estrella feliz. Se hablaba de cien lances de valor, muy peligrosos en apariencia, los cuales hubieron de ser resuelos ligera y felizmente por él.

La tenacidad de Sigfried, que no quería tocar una carta y evitaba este medio de hacer uso de su constante fortuna, hizo creer que el barón, con todas sus brillantes cualidades, era demasiado tímido, y acaso demasiado avaro para exponerse a la menor pérdida.

Pero muy luego hubo de saber Sigfried lo que de él se pensaba; y como nada odiaba tanto como las apariencias, aun de la avaricia, resolvió destinar algunos centenares de luises a confundir a los malpensados, por más repugnante que le fuera el juego.

En efecto, pasó al salón con ánimo de perder la considerable suma que llevaba; pero la buena suerte que lo seguía a todas partes, le fué todavía fiel. Cada carta que elegía él, se cubría de oro. Ofrecía el raro espectáculo de un punto que se desespera porque la suerte lo favorece.

Como había ganado sumas importantes, se creyó obligado a continuar, esperando perder más de lo que había ganado; pero no fué así, su destino triunfó. Sin echarlo de ver, comenzó a tomarle gusto a ese juego, que en su misma sencillez ofrece las combinaciones más azarosas.

Una noche, al levantar los ojos en el momento en que el banquero acababa una talla, vió enfrente de sí un hombre de cierta edad que lo miraba fija y tristemente. Siempre que el barón levantaba la cabeza, encontraba la mirada sombría de aquel hombre, que producía en su ánimo una impresión penosa e irresistible. El desconocido no salió de la sala hasta que no se levantó el banquero.

Al día siguiente volvió a ponerse en frente del barón y como la vez primera lo persiguió con su mirada siniestra.

El barón se contuvo esta vez aún; pero cuando lo vió volver la tercera noche, exclamó en son de enojo:

—Caballero, he de rogaros que toméis otro sitio, pues estorbáis mi juego.

El desconocido se inclinó con sonrisa melancólica, y, sin pronunciar una palabra, se retiró de la sala.

La noche siguiente estaba de nuevo en frente del barón, con la misma mirada fija.

Sigfried se levantó colérico y le dijo:

—Caballero, si creeis hacer una gracia mirándome de ese modo, os ruego que elijáis otro tiempo y otro lugar. Por ahora...

Una indicación hecha con la mano hacia la puerta, dijo más que las rudas palabras que el barón se abstuvo de pronunciar.

Como la noche anterior, sonrió tristemente el desconocido; se inclinó, y salió de la sala.

Agitado por el juego, por el vino que había bebido y por el choque con el desconocido, el barón no pudo dormir aquella noche.

Cuando amaneció, aun tenía al desconocido delante de sus ojos; veía aquel rostro expresivo, vivamente dibujado y alterado por el dolor; veía sus ojos profundos y sombríos, y aquel humilde traje bajo el cual se distinguía a un hombre de buena casa. Al mismo tiempo recordaba la triste resignación con que el desconocido se había retirado de la sala.

—Efectivamente, — se dijo, — he sido injusto con él, cruelmente injusto. No está bien arrebatarse así como un estudiante casquivano y grosero y ofender a un desconocido sin motivo.

Sigfried resolvió buscarlo el día siguiente y reparar los agravios que él mismo se reprochaba.

Por casualidad, la primera persona que encontró el barón paseándose, fué precisamente el desconocido.

El barón se acercó a él y se disculpó noblemente por la dureza con que lo había tratado, y acabó por pedirle formalmente perdón.

El desconocido contestó que no tenía nada que perdonar; que era menester pasar muchas cosas al jugador enardecido por la fiebre del juego; y fuera de esto, que él mismo se había atraído el enojo del barón manteniéndose fijamente en un sitio, en que le incomodaba.

El barón tomó otra vez la palabra diciendo que solía haber en la vida ciertos embarazos que debían de afectar penosamente a una persona decente, y le dió a entender que estaba dispuesto a emplear parte del dinero que había ganado en subvenir a sus necesidades.

—Caballero, — contestó el desconocido, — me suponéis en una situación embarazosa y no es así. Aunque soy, en verdad, más pobre que rico, lo que tengo basta a mi modesto género de vida. Por otra parte, bien comprendéis que si después de haberme ofendido, quisiérais reparar esta ofensa con dinero, no podría yo, como hombre de honor, aceptar semejante reparación.

—Creo comprenderos, — repuso el barón, — y estoy dispuesto a daros las satisfacciones que podáis desear.

—¡Dios mío! — exclamó el desconocido, — ¡Qué desigual sería un combate entre los dos! Mi vida no tiene el mismo valor que la vuestra: si os mato, aniquilo todo un mundo de esperanzas; si sucumbo, habéis puesto fin a una existencia llena de ansiedades y penosos recuerdos. Pero lo esencial es aquí que yo no me creo ofendido.

El barón renovó sus disculpas, y añadió que no sabía por qué la mirada del desconocido producía en su ánimo tal turbación, que no podía sufrir ni sostener su fijeza.

—¡Pluguiera a Dios, — exclamó el desconocido, — que penetrara mi mirada bastante adentro en vuestro corazón, para mostraros el peligro a que estáis expuesto! Con genio ligero y corazón alegre, marcháis al borde del abismo. Estáis a punto de ser un jugador desenfrenado.

El barón aseguró que se equivocaba. Le refirió por qué circunstancias se había puesto a jugar, y añadió que cuando hubiera llegado a perder algunos centenares de luises, cesaría de apuntar. Hasta entonces había tenido la más decidida fortuna.

—¡Ah! — exclamó el desconocido. — Esa fortuna es el cebo, el incentivo engañoso, espantable, de las fuerzas enemigas. Esa fortuna con que jugáis, los motivos que os han inducido al juego, toda vuestra conducta, que revela claramente cuánto crece vuestro interés; todo, en fin, me recuerda vivamente el espantoso destino de un desgraciado que se os parecía por muchos conceptos y empezó como vos. He aquí por qué no podía yo apartar de vos la vista; he aquí por qué, apenas podía callar lo que mis ojos debían de haceros adivinar. Cuántas veces os hubiera gritado: ¡Cuidado joven! ¡Los demonios extienden sus garras para

Una bella muerte

El ejemplo de una bella muerte puede ser un motivo de inspiración para cualquiera, lo mismo que el ejemplo de una noble vida. Una gran acción no muere con aquel que la ha realizado, sino que subsiste y produce otras acciones parecidas entre aquellos que sobreviven a su autor y honran su memoria. Tanto es así, que se podría decir de algunos grandes hombres, que no han comenzado a vivir sino después de su muerte.

SAMUEL SMILES.

arrastraros al precipio! Aprended la historia del desgraciado de que acabo de hablaros; acaso os convenza ella de que no me dejo yo turbar por vanos sueños, procurando arrancaros a un peligro inminente.

El desconocido se sentó en un banco al lado del barón y refirió la historia siguiente:

—Las mismas brillantes cualidades que os distinguen, — dijo el desconocido, — granjearon al caballero de Menars la estima y admiración de los hombres y el amor de las mujeres. Sólo bajo el concepto de los bienes de fortuna, no lo había favorecido la suerte tanto como a vos. Era casi pobre y se veía obligado a vivir de la manera más estricta para poder mostrarse en público sin desdoro de su clase y de su noble familia. Una noche, contra su costumbre, se dejó llevar a una casa de juego. Los amigos que lo habían arrastrado allí, muy luego quedaron arruinados.

Preocupado de otros pensamientos, paseábase Menárs a lo largo de la sala y sólo de vez en cuando se detenía enfrente de la mesa de juego.

Sucedió al caballero Menárs, lo que os ha sucedido a vos mismo. Acertaba todas las cartas, y muy luego hubo de ganar una suma considerable. Esta fortuna, que admiró a todos los circunstantes, no hizo la menor impresión en el ánimo de Menárs; más aún, su aversión al juego subió de punto y se aumentó de tal modo que al día siguiente, cuando sintió las fatigas físicas y morales de aquella noche de insomnio, juró no volver jamás a casa de juego por ninguna razón.

Cosa de un año había pasado, cuando el caballero se encontró en un apuro grave por la suspensión de una renta de que vivía, y tuvo que recurrir a un amigo que lo sirvió desde luego, pero que al mismo tiempo lo acusó de ser el hombre más raro que existía.

El destino, le dijo, nos indica el camino que debemos seguir para llegar a la fortuna, y sólo nuestra indolencia nos impide observar y comprender estas indicaciones. El poder supremo que nos gobierna ha hecho oir estas palabras a tu oído. "¿Quieres adquirir oro? Ve y juega. De otro modo serás pobre, débil, dependiente".

En aquel momento, el recuerdo de la suerte extraordinaria que había tenido en la banca, se presentó vivamente a su espíritu. Ciertamente, se decía a sí mismo, una sola noche como aquella me sacaría de la miseria, me libraría del temor de vivir sobre mis amigos. Mi deber es obedecer a la voz del destino.

El amigo que le había aconsejado jugar, lo condujo al fin a una casa de juego y le dió veinte luises de oro para probar fortuna.

Cuando se levantó de la mesa, había ganado veinte mil luises.

El día siguiente se despertó con gran turbación de espíritu. El oro que había ganado estaba sobre su mesa. Creyó que estaba soñando y se frotó los ojos y acercó la mesa. Cuando recordó bien lo que había pasado, cuando contó y volvió a contar sus ganancias, un veneno fatal se deslizó por la primera vez en sus entrañas y allí quedó la pureza de sentimientos que había conservado tanto tiempo.

Apenas podía esperar la hora de volver a la mesa de juego. La fortuna continuó favoreciéndolo cada noche que fué a tentarla, y al cabo de algunas semanas reunió cantidades fabulosas.

El estrecho círculo a que está limitada la acción del punto, le pareció muy luego mezquino e insuficiente a sus aspiraciones; y con el dinero que había reunido estableció una banca que llegó a ser la más rica de París.

La sombría y tempestuosa existencia del jugador aniquiló muy pronto las prendas físicas y morales que habían granjeado al caballero Menárs el afecto y respeto de todos los que le habían conocido. No era ya aquel amigo fiel, aquel tipo de salón, alegre, fino, simpático, aquel caballeresco galán, adorador de las damas; su entusiasta amor a las letras y a las artes se había extinguido también en su alma; su ardiente deseo de aprender, de saber, había desaparecido; en su pálido y marchitado rostro, en el sombrío ardor de sus hundidos ojos, sólo se veía brillar la siniestra pasión que subyugaba a todas sus facultades.

Así llegó a ser el banquero más perfecto que puede haber jamás.

Una noche, — continuó diciendo el desconocido, — el caballero Menárs echó de ver que, sin sufrir grandes pérdidas, la suerte le favorecía menos que antes. Un hombrezuelo viejo, flaco, enteco, mal vestido y de aspecto repugnante, se acercó a la mesa y con trémula mano puso a una carta una moneda de oro.

Muchos jugadores miraron con sorpresa al vejete y después lo trataron con evidente desprecio.

Perdió una puesta tras otra, y cuanto más perdía, tanto más se alegraban los demás jugadores. Cuando llegó a perder quinientos luises, doblando siempre sus puestas a la misma carta, uno de los puntos exclamó sonriendo:

—¡Bravo, señor Vertua! ¡Bravo! No os desaniméis; continuad. Creo que haréis saltar la banca.

El vejete lanzó al que así se burlaba una mirada de basilisco y salió de la sala, volviendo media hora después con los bolsillos llenos de oro. Pero a las últimas tallas tuvo que hacer alto, porque había perdido todo lo que llevara.

El caballero, que en medio de su vida desordenada, había conservado, sin embargo, el sentimiento de las conveniencias, sintió mucho el desdén con que se había tratado al viejo; y, al acabar el juego, dirigió una amistosa reprensión a los jugadores.

—¡Bah! ¡Bah! — exclamó uno de ellos. — No conocéis al viejo "Francesco Vertua".

Habéis de saber que el napolitano Vertua, establecido en París quince años ha, es el avaro más sórdido y el usurero más cruel que existe en el mundo. Es extraño a todo sentimiento humano.

Las maldiciones de multitud de hombres e innumerables familias, arruinados todos por sus diabólicas especulaciones, pesan sobre su cabeza. Es aborrecido de todos los que lo conocen y todo el mundo desea que la venganza lo castigue ejemplarmente por el mal que ha hecho. Esto explica nuestro regocijo de verlo perder, porque hubiera sido muy triste que la fortuna favoreciera a ese malvado.

La noche siguiente, el viejo Vertua se sentó de nuevo enfrente del banquero, y perdió mucho más que la víspera.

Sin embargo, permaneció tranquilo y alguna vez hasta sonrió con amarga ironía, como si hubiera previsto un pronto cambio, pero la pérdida del avaro creció, como una bola de nieve, en las noches siguientes, calculándose al fin que había dejado en la banca 30 mil luises de oro.

Una noche entró, pálido y descompuesto. Al comenzar una nueva talla exclamó con una voz que estremeció a todos los circunstantes:

—¡Alto!

Después, abriéndose paso entre los jugadores, se acercó al caballero Menárs y le preguntó con voz sorda:

—¿Queréis admitir por 80.000 francos mi casa de la calle San Honorato, con mis muebles, alhajas y joyas?

—Va, — contestó fríamente el banquero.

—Soy sota — dijo el avaro.

Y vino la contraria.

El avaro dió un salto hacia atrás y se apoyó como desvanecido en la pared.

Luego terminó la partida y los jugadores comenzaron a desfilar.

El banquero recogía con su camarada sus ganancias en su caja y el viejo Vertua se adelantó entonces como un espectro y le dijo con voz sombría:

—Caballero, una palabra, una sola.

—Hablad, — contestó el banquero guardándose la llave de la caja.

—Caballero, — repuso Vertua,— he perdido en vuestra banca toda mi fortuna y no me queda nada... nada absolutamente. No sé dónde reclinaré mañana mi cabeza ni cómo remediaré mi hambre. A vos recurro, prestadme la décima parte de lo que me habéis ganado para dedicarme otra vez a mi oficio y evitar así una horrible miseria.

—¿Qué estáis diciendo, Vertua? ¿No sabéis que un banquero no debe prestar nada de lo que ha ganado? Eso es contrario a las reglas y yo no puedo infringirlas.

—Tenéis razón; mi petición es exagerada y loca. La décima parte es mucho; prestadme solamente la vigésima.

El momento culminante del match



ESPINO

En el llano amarillo
está el espino verde, con sus ramas agudas
tendidas a los vientos suaves de la mañana.
¡Linda mañana rubia!

¡Es inútil la espera! Por los oros del campo
ya pasaron tres lunas
de sed, y el amarillo
es ahora amargura.

Así mi alma sueña la palabra no dicha
de la buena ternura,
mientras las horas pasan y los años se vienen.
¡Monotonía sin dulzura!

Sobre el llano amarillo
han de caer un día los besos de la lluvia;
y se estará mi alma, tal un pájaro triste,
mientras el fruto amargo del espino madura.

CARLOS PRENDEZ SALDIAS.

Santiago, Chile.

—Os repito — dijo el banquero de mal humor, — que yo no presto nada de lo que gano.

—Es verdad, — replicó Vertua, cuyo rostro palidecía más y más y cuyos ojos se oscurecían como si hubiera de expirar; — es verdad que no debéis prestar nada; yo obraré por mí mismo. Pero una limosna se da a un mendigo; dad siquiera cien luises de oro a un hombre cuya fortuna os ha entregado el ciego destino.

—Verdaderamente, señor Vertua, — exclamó colérico el banquero, — os complacéis en atormentar a vuestra gente. Os digo que no obtendréis de mí ni un solo luis de oro. Sería menester que estuviera loco para daros los medios de emprender de nuevo vuestro cruel oficio. La suerte os ha derribado en el polvo como un insecto nocivo y sería un crimen levantaros. Idos y vivid allá como merecéis.

Vertua se cubrió el rostro con las manos y lanzó un prolongado gemido.

El banquero ordenó a sus mozos que llevaran la caja a su carruaje, y dijo con voz dura:

—Señor Vertua, ¿cuándo me entregaréis vuestra casa y demás efectos?

Vertua se enderezó súbitamente y contestó en tono firme:

—Ahora mismo. Venid conmigo, caballero.

—Enhorabuena. Os conduciré en mi carruaje.

En todo el camino, ni Vertua ni Menárs pronunciaron una palabra.

Llegado que hubieron a la puerta de la casa, Vertua tiró de la campanilla.

Salió a abrirle una vieja, que exclamó al verlo:

—¡Dios del cielo! ¿Sois vos al fin? Angela está para morir de las angustias que le hacéis pasar.

—¡Silencio! — contestó Vertua. — Dios quiera que no haya oído la pobre el sonido de la campanilla. Angela debe ignorar mi vuelta.

Esto diciendo, tomó la luz de manos de la vieja estupefacta y alumbró al caballero Menárs.

—Estoy preparado a todo, caballero, — le dijo. — Me despreciáis, me aborrecéis y os complacéis, como otros, en mi ruina; pero no me conocéis. Habéis de saber que en otro tiempo fuí yo jugador como vos; que como a vos me favoreció la fortuna; que recorriendo la Europa, me detenía dondequiera que un juego considerable daba esperanzas de lucro, y que en todas partes afluía el oro a mis manos como a las vuestras. Tenía yo una esposa tan bella como honrada y no me cuidaba de ella, haciéndole pasar una vida miserable en medio de mis riquezas. Un día, en Génova, vino un joven romano a jugar a mi banca su opulenta herencia: lo mismo que yo os he implorado hoy, me imploró él para obtener algún dinero a fin de volver a Roma. Yo lo rechacé con desdén y el pobre, en el extravío de su furor, me clavó un puñal en el pecho.

A duras penas, — continuó diciendo Vertua, — pudieron los médicos salvarme, y mi convalescencia fué larga y difícil. Entonces me asistió mi esposa, me consoló, me sostuvo en mis sufrimientos, y a medida que renacía a la salud experimentaba sentimientos desconocidos para mí hasta entonces. El jugador es extraño a todos los afectos humanos. Yo no sabía lo que era el amor y la fiel abnegación de una esposa, y entonces conocí cuán ingrato había sido con la mía y a qué culpable propensión la había sacrificado. Vi aparecer como los demonios de la venganza, a todos aquellos hombres cuyo reposo y felicidad había destruído, con cruel indiferencia; oí salir de la tumba voces irritadas que me echaban en cara todas las faltas, todos los crímenes, cuyos primeros gérmenes había hecho brotar yo. Sólo mi esposa alejaba de mi conturbado espíritu las angustias y terrores que me atormentaban. Con esto, hice voto de no tocar nunca una carta, y al efecto, rompí todos los lazos que me encadenaban, rechacé las instancias de mis camaradas, que confiaban en mi fortuna. Alquilé una casita de campo cerca de Roma, y gocé en aquel retiro la calma y satisfacción cuyo presentimiento ni siquiera había tenido. Pero ¡ah! esta satisfacción no duró más que un año. Mi esposa dió a luz una hija y murió algunas semanas después. En mi desesperación, acusé al cielo, me maldije a mí mismo; maldije la culpable vida que había llevado y por la que me castigaba la Providencia arrebatándome mi única esperanza y mi único consuelo. Como el criminal que teme a la soledad, abandoné mi retiro y vine a establecerme a París.

Angela, — continuó diciendo Vertua, — la dulce imagen de su madre, iba creciendo a mi vista. Mi corazón entero estaba en ella y por ella quise aumentar mi fortuna. Es verdad que he prestado dinero a crecido interés; pero acusarme de haber ejercido usura es una calumnia. ¿Quiénes son mis acusadores? Pródigos que me persiguen y atormentan sin cesar hasta que les preste el dinero que ellos disipan, y se enojan cuando exijo el reembolso de una cantidad que no me pertenece, que es de mi hija, pues yo me consideraba como simple administrador de sus bienes. No hace mucho tiempo que salvé de la infamia a un joven, prestándole una cantidad considerable, y no se la reclamé hasta que supe que había entrado en posesión de una rica herencia. Pues bien. ¿Creeríais, caballero, que el miserable tuvo valor de negar su deuda y todavía me trató como a un vil usurero ante los tribunales? Y aun podría citaros muchos casos de este género, que han contribuído a hacerme duro e inexorable. Más aún: podría aseguraros que he enjugado muchas lágrimas; que se han elevado al cielo muchas plegarias por mí y por Angela; pero ¡ah! vos oiréis mi narración como un cuento vano y presuntuoso, porque sois un jugador.

Después de un momento, añadió:

—Creía haber aplacado la justicia del cielo y estaba en un error; estaba entregado al demonio, que debía cegarme más que nunca. Había oído hablar de vuestra fortuna en el juego. Entonces se me metió en la cabeza la funesta idea de que estaba destinado a probar contra vos la fortuna que no me había abandonado nunca. Acudí a vuestra banca y no reconocí mi locura hasta haber perdido todo lo que poseía Angela...

Ahora ya todo se acabó... ¿Permitís a lo menos que mi hija conserve sus vestidos?

—Me es indiferente, — contestó el banquero — el guardarropa de vuestra hija.

Vertua miró en silencio a Menárs algunos instantes y después prorrumpió en amargo llanto. Se prosternó a las plantas del jugador afortunado y, juntando las manos, le dijo con acento de verdadera desesperación:

—Si aun queda en vuestro corazón un sentimiento humano, tened piedad de ella. No, no es a mí a quien precipitáis al abismo, es a Angela, el ángel inocente y puro, que no es responsable de mis faltas. Sed compasivo con ella, sed misericordioso con una pobre niña, y prestadle la vigésima parte, no más, de los bienes que me habéis ganado. ¡Ah! bien lo sé; al fin se os ablandará el corazón y tendréis piedad de ella. ¡Angela! ¡Hija mía!

Y Vertua lloraba y gemía, repitiendo, con voz desgarradora, el nombre de su hija.

—Esta comedia ridícula — dijo Menárs desdeñosamente, — se me hace ya pesada.

En esto, una hermosa doncella vestida de trapillo, con los cabellos sueltos y el sello de la muerte en su semblante, se precipitó hacia el viejo Vertua, lo levantó del suelo en que estaba de rodillas, lo estrechó contra su seno, y exclamó:

—¡Padre mío! Todo lo he oído, todo lo sé. Lo habéis perdido todo, ¿no es eso? Y bien, ¿no os queda vuestra Angela? ¿No sabré yo asistiros y cuidaros? Padre, ¡oh padre! no os rebajéis más ante ese hombre despreciable. No, no somos nosotros, en medio de nuestra desgracia, los dignos de compasión; es él, él, pobre miserable y ruín en su misma riqueza, porque está abandonado en su horroroso aislamiento, porque ningún corazón late junto al suyo, ni alma ninguna se abre para recibir sus dolores. Venid, padre mío; abandonad conmigo esta casa, sin demora, cuanto antes, para que no se goce de vuestro sufrimiento un hombre tan odioso.

PÁRRAFOS

Acostúmbrase la cita de muchos ejemplos para la formación del carácter. Es un procedimiento de filósofos sin filosofía. La formación del carácter depende de la salud moral de los padres.

* * *

Felicidad o Desgracia resultan ser dos términos clásicos del economismo. Todo lo que no encuadre dentro de esta definición y sea realmente desgraciado, sólo es enfermo.

* * *

La alegría no es un don; es un invento. Y es un invento contra la tristeza, producto del cansancio humano.

* * *

Acontece en hombres maravillosamente dotados para practicar el bien sin esfuerzo, no querer ser demasiado buenos, por el temor de no practicarlo todo perfectamente bien. Pero lo humano estriba en desempeñarse a base de buena intención.

JULIO CRUZ GHIO.

Vertua se dejó caer en una silla casi desfallecido; y era de ver allí la piadosa solicitud de Angela. En efecto, el ángel de aquel hogar se arrodilló ante su padre, y asiéndole las manos, se las estrechaba entre las suyas contra su corazón, contra sus labios, depositando en ellas blandos ósculos, suaves y olorosos como suspiros de plegaria. Luego, con ligereza infantil e ingenuidad angelical, le enumeró todas las habilidades, todos los conocimientos que podía poner en juego para procurarle lo necesario para vivir modestamente, y le suplicaba por su amor, que no se abandonara a la desesperación, asegurándole que sería feliz desde el día en que tuviera que bordar, coser y cantar para asistir a su padre.

El hombre más empedernido no hubiera podido oír con indiferencia a aquella joven en todo el esplendor de su hermosura, prodigando a su padre los tesoros del amor más puro y de la santa piedad filial.

Y el caballero Menárs sintió, en aquel momento, el implacable torcedor del remordimiento, las torturas todas de la conciencia. Angela le pareció un ángel vengador cuya mirada fulgínea disipaba las sombras del vicio y del crimen; y a este puro fulgor se vió a sí mismo en toda su indignidad.

Hasta entonces no había amado el caballero Menárs; pero en cuanto vió a Angela se sintió subyugado, a la vez por la pasión más violenta y por un dolor sin esperanza, como el dolor de los réprobos, pues ni se atrevía a concebir la menor esperanza, cuando él mismo se comparaba con aquella niña sin mancha, con aquella joven belísima, encantadora.

Quiso hablar, y haciendo un gran esfuerzo, pudo balbucear con voz trémula:

—Escuchad, señor Vertua... yo no os he ganado nada... nada. Aquí está mi caja... tomadla... vuestra es... y todavía os debo más... tomad, tomad.

—¡Oh, Angela! ¡hija mía! — exclamó Vertua.

Angela se levantó de repente, se dirigió al caballero y, mirándolo de arriba a abajo, con altiva dignidad, le dijo:

—Sabed que hay algo que vale más que el dinero de la fortuna, y es el tesoro de los sentimientos que os son extraños y a nosotros nos animan y consuelan. Yo rechazo, con desprecio, vuestro donativo y vuestra generosidad: guardad, pues, ese oro que arrastra la maldición que os persigue, hombre sin alma, jugador desenfrenado.

—Sí, — exclamó el caballero desesperado, — quiero ser maldito y hundirme en las profundidades del infierno, si esta mano vuelve otra vez a tocar jamás una carta; y si me repeléis, sin compasión, vos seréis quien me perdáis para siempre. ¡Oh! no me comprendéis; me miráis como un insensato; pero lo reconoceréis todo y todo lo sabréis cuando venga a levantarme la tapa de los sesos a vuestros pies. Angela, en esto va la vida o la muerte. Adiós.

Y el caballero Menárs se precipitó fuera del aposento con todas las apariencias de la desesperación.

Vertua adivinaba la situación de aquel hombre; recordaba lo que a él mismo le había sucedido y procuró hacer comprender a Angela que podía haber circunstancias que la obligaran a aceptar el donativo del caballero.

Angela se estremeció ante esta idea; no podía imaginar, siquiera, que nunca pudiera mirar sino con desprecio a aquel hombre.

Con gran sorpresa de todo París, desapareció la banca del caballero Menárs.

Menárs huía de toda reunión y revelaba en todo la más profunda tristeza.

OPTICA INFANTIL



¡Seguramente, este cura tan grande es el que dice la misa mayor!...

Pero la suerte, que cambia los pensamientos humanos, trajo un resultado imprevisto.

El caballero Menárs se halló de pronto, como si despertara de un sueño espantoso: se vió al borde del abismo y tendió los brazos hacia la luz celestial que se le había aparecido.

Un día el viejo Vertua, acompañado de su hija, se lo encontró en una avenida de Malmaisón.

Angela, que pensaba que nunca podría mirarlo sino con horror y desprecio, se sintió vivamente conmovida, viéndolo ahora delante de sus ojos, pálido como la muerte, desencajado, trémulo y sin atreverse a levantar la vista.

Sabía ya la joven que desde la siniestra noche en que lo había visto por la primera vez, había cambiado completamente de vida. Sólo ella había obrado este cambio; sólo ella había arrancado, al empedernido jugador, a sus funestas propensiones. ¿Era menester más para lisonjear la vanidad de una mujer?

Luego que Vertua hubo cambiado con Menárs algunas palabras de cortesía, díjole Angela con voz dulce y benévola:

—¿Qué tenéis, caballero Menárs? Parece que estáis enfermo y deberíais cuidaros.

Estas dulces palabras penetraron como un rayo de esperanza en el corazón de Menárs, el cual levantó la cabeza y volvió a encontrar en su emoción el lenguaje seductor con que en otro tiempo ganaba los corazones.

Vertua le recordó que debía ir a tomar posesión de su casa.

—Sí, señor Vertua, — contestó Menárs, — mañana mismo iré a vuestra casa; pero no tengáis prisa y permitid que hagamos con cuidado nuestras convenciones, siquiera duren muchos meses.

—Enhorabuena, — repuso Vertua, — con tiempo podremos hablar de muchas cosas.

Reanimado por la esperanza, recobró el caballero Menárs la amabilidad natural que había perdido en el torbellino de su vida de jugador. Sus visitas a casa del viejo Vertua se hicieron más y más frecuentes, y Angela se mostró dispuesta a escuchar al que la llamaba su ángel salvador.

En fin, llegó a creer que lo amaba verdaderamente y le prometió su mano a gusto y contentamiento del padre, que recobraba, así, la fortuna que había perdido.

Angela, la dichosa prometida del caballero Menárs, estaba un día sentada a su ventana y absorta en los dulces sueños de la nueva existencia que se abría a sus ojos, cuando un regimiento de cazadores, que partía para España, pasó por la calle al bélico son de las trompetas.

La bondadosa Angela miró con interés aquellos hombres, destinados, acaso, a perecer en aquella cruel guerra.

Un oficial sacó bruscamente su caballo a un lado, y dirigió la vista a Angela, la cual cayó desmayada.

Este hombre, que iba al encuentro de la muerte, era hijo de un vecino suyo, llamado Duvernet, el cual se había criado con Angela; iba a verla todos los días y sólo cortó sus visitas cuando el caballero Menárs comenzó las suyas. En la triste mirada del joven hubo de conocer Angela, no sólo cuánto él la amaba, sino también cuánto lo amaba ella misma, sin saberlo, dejándose cegar y seducir por el talento y el escogido lenguaje de Menárs.

Entonces comprendió por la primera vez, los hondos suspiros del joven oficial, su adoración modesta y silenciosa; entonces supo, en fin, por qué se sentía tan vivamente conmovida y turbada cuando Duvernet iba a verla.

—Ya es demasiado tarde, — se decía. — Ya es perdido para mí.

Con esto, tuvo el valor de combatir el sentimiento que la torturaba y recobrar la apariencia de la tranquilidad.

MADRE

Para FRAY MOCHO.

Viejecita, madre vieja,
blanca como el armiño:
muchos años conté para sentirme
como cuando tenía apenas cinco.
Y he llorado.
No sé por qué he llorado como un niño.
Reflexión y experiencia: falsos diques
cuando del corazón surge este río
de añoranza y dolor.

Qué viejecita estás. Cuánto has vivido.
Que vivas mucho más; más que la casa
que se está derrumbando de a poquitos.
Que vivas mucho, mucho, mucho, mucho...
¡mucho más que yo mismo!

JUAN MANUEL COTTA.

Pero la perspicaz mirada de Menárs hubo de entrever la agitación de la joven y se limitó a apresurar su enlace.

Menárs dió pruebas a Angela del más delicado amor, de la mayor solicitud en satisfacer todos sus gustos y deseos.

Poco a poco hubo de pensar menos en Duvernet, cual cumplía a una mujer honrada.

La primera nube que vino a oscurecer la vida feliz de los esposos, fué la muerte del viejo Vertua. Desde la infausta noche que perdiera toda su hacienda en la banca de Menárs, no había vuelto a tentar una carta; pero en los últimos momentos de su vida, la pasión del juego volvió, al parecer, a tomar posesión de su alma. Mientras el sacerdote le ayudaba a bien morir, ofreciéndole los consuelos de la religión, el moribundo, con los ojos cerrados, decía entre dientes: "Juego.. Soy sota... Saltó y vino... el rey. ¡Maldito rey! ¡He perdido!"

En su profundo dolor, sentía o presentía Angela un terror secreto, recordando las últimas emociones del anciano. Representóse aquella triste y pavorosa noche en que se presentó Menárs con la inflexibilidad brutal del jugador empedernido, y tembló, con miedo de toda su alma, no fuera que algún día arrojara su máscara de ángel para volver a sus antiguos hábitos y a su aspecto infernal.

Por mucho que hubiera sido el terror de Menárs viendo al viejo Vertua rechazar en sus últimos momentos las piadosas palabras de la Iglesia, para pensar en su funesta pasión, sintióse muy luego más seducido que nunca por la indigna pasión.

Al mismo tiempo que Angela, contristada por los antiguos extravíos de Menárs, iba perdiendo poco a poco la confianza que le había probado en otro tiempo, sentía él, por su parte, negra sospecha y atribuía la reserva de su esposa al secreto que le había ocultado. Esta desconfianza recíproca engendró por una y otra parte, cierto malestar y descontento que se revelaron en palabras desagradables, que hubieron de ofender a Angela.

Entonces sintió ésta renacer en su corazón la imagen del infeliz Duvernet, y todos los pensamientos y recuerdos, cuyo encanto había conocido en su juventud.

Siendo mayor cada día el desacuerdo de los esposos, llegó a encontrar Menárs tan pesada y fatigosa su vida, que convirtió sus ojos y sus deseos al mundo de que se había alejado.

Un hombre acabó por dar impulso a sus malnacidos anhelos. Este fué uno de sus camaradas de banca que, sin cesar, ridiculizaba la oscura existencia de Menárs y la resignación con que había abandonado, por una mujer, el mundo más brillante. Algún tiempo después, la banca de Menárs reapareció más deslumbradora que antes.

Diariamente contaba nuevas víctimas y amontonaba nuevas riquezas. Pero la felicidad de Angela había pasado como un rápido sueño. Menárs la trataba con fría indiferencia; a veces con desprecio.

Muy a menudo pasaba la pobre semanas y aún meses sin verlo. Un antiguo mayordomo se cuidaba de los intereses y Angela, forastera en su propia casa, no encontraba consuelo en sus tristezas.

Con no poca frecuencia, en sus noches de insomnio, oía el carruaje de su esposo parar a la puerta y el metálico son de la caja llena de oro, que se depositaba en la habitación de aquél. Oía también a su marido pronunciar algunos monosílabos y encerrarse luego en su aposento. Entonces, un torrente de lágrimas inundaba las pálidas y descoloridas mejillas de la pobre mujer menospreciada, la que pronunciaba con angustioso anhelo el nombre de Duvernet y rogaba a Dios que pusiera fin a sus dolores.

Una noche, un joven de buena familia, que había perdido toda su fortuna al juego, se pegó un pistoletazo en la misma sala en que Menárs estaba tallando. La sangre de la víctima saltó sobre los jugadores, que se alejaron con espanto. Sólo Menárs conservó su impasibilidad.

Este suicidio causó gran sensación; los jugadores más determinados se sintieron indignados contra el banquero. La policía prohibió su banca; se le acusó de jugar con cartas vistas, y su escandalosa suerte hacía verosímil semejante acusación.

Menárs no pudo justificarse. Con esto vióse injuriado, despreciado, y tuvo entonces que refugiarse en los brazos de su mujer, a quien había tenido tan pocos miramientos; pero, que más noble y generosa que él, aceptó su arrepentimiento y creyó en su enmienda y regeneración.

Menárs abandonó a París con ella y se trasladó a Génova, ciudad natal de su esposa.

Allí vivió algún tiempo bastante retirado. Pero en vano procuró gozar el reposo doméstico. Su pasión maldita, mal cubierta de ceniza como el rescoldo, se reavivó al primer soplo y enardeció su corazón, dándole otra vez la infernal fiebre del oro.

Por aquel tiempo, un coronel francés, obligado por sus heridas a retirarse del servicio, tenía la más rica banca de Génova. Impelido por un sentimiento de envidia, el caballero Menárs acudió a esta banca.

En las primeras tallas ganó Menárs, según costumbre; pero cuando, con demasiada confianza con su invariable suerte, dobló una carta diciendo: "¡Copo!", entonces perdió de una vez una cantidad considerable.

El coronel banquero, que de ordinario parecía indiferente a la ganancia y a la pérdida, recogió ahora el oro de Menárs con muestras de la más viva alegría.

Leyenda japonesa

Hay una leyenda japonesa, según la cual, habiéndose procurado una joven unas semillas de flores, se sorprendió al ver aquellos granos oscuros y erizados. Ofreció algunos a sus compañeras que no los quisieron. Entonces, aunque con alguna incertidumbre, los sembró, y al cabo de algún tiempo cada uno de aquellos granos se convirtió en una flor soberbia. Todas las vecinas, al contemplar aquellas flores, pedían a la joven japonesa semillas de las que habían despreciado antes.

Las verdades serias del orden científico y filosófico son estos granos un tanto erizados que se desdeñan al principio, pero que los pueblos concluyen por pasarlos unos a otros de mano en mano.

JUAN MARIA GUYAU.



Desde aquel momento la loca fortuna abandonó completamente al esposo de Angela. El, sin embargo, jugaba todas las noches, pero todas las noches perdía, hasta que al fin se vió reducido a la suma de 2.000 ducados en papel por todo capital. Todo el día hubo de correr de aquí para allá para convertir este papel en dinero contante, y con esto no pudo volver a su casa hasta bien entrada la noche. A la hora del juego se metió en el bolsillo sus monedas de oro y se disponía a salir, cuando Angela, que presintiendo sin duda su desgracia, se arrodilló a sus pies y le rogó por la Virgen que no la hundiera en la miseria.

Menárs la levantó, la estrechó dulcemente y le dijo con voz sombría:

—Angela, mi amada Angela, no puedo obrar de otra manera, es preciso que ceda a la misteriosa influencia que me subyuga a mi pesar. Pero mañana... mañana todas las inquietudes habrán cesado, pues te lo juro por esa Providencia que vela por nosotros, juego hoy por última vez. Tranquilízate, pues, Angela amada, duerme sin ningún temor y sueña una vida de delicias: esto me dará buena fortuna.

Y diciendo estas palabras besó a su mujer y salió corriendo en dirección a la banca.

A las dos tallas, lo había perdido todo Menárs, y se quedó inmóvil al lado del coronel, con los ojos fijos en el tapete, en una especie de aniquilamiento.

—¿No apuntáis más, caballero? — le preguntó el coronel peinando las cartas para una nueva talla.

—Lo he perdido todo, — contestó Menárs, procurando afectar serenidad.

El coronel continuó tranquilamente su partida.

—Tenéis una mujer muy bonita, — le dijo en voz baja al arruinado Menárs.

—¿Qué queréis decir? — preguntó el otro con cólera.

El coronel hizo su talla sin contestar.

—¡Diez mil ducados por Angela! — dijo luego volviéndose hacia Menárs, al mismo tiempo que daba a cortar el naipe.

—Estáis loco, — exclamó Menárs, que, recobrando su calma, echaba de ver que el coronel estaba ya en desgracia y perdía cada vez más.

—¡Veinte mil ducados por Angela! — dijo el coronel en voz baja.

Menárs guardó silencio, sin indignarse ya, ni mucho menos.

El coronel siguió jugando y perdiendo.

Al comenzar otra talla, eligió una carta Menárs, diciendo al coronel:

—Va.

Pero vino la contraria.

El perdidoso se hizo atrás bruscamente, rechinando los dientes.

El juego había concluído.

El coronel se acercó a Menárs y le dijo con voz irónica:

—Y bien, ¿qué vamos a hacer?

—¡Ah! — exclamó fuera de sí Menárs. — Me habéis reducido a la miseria, a la mendicidad; todo me lo habéis ganado; pero sería menester que estuviérais loco para figuraros que me podíais ganar también esta partida.

—¿Y si hubiérais ganado?

—¡Oh!, entonces...

—Entonces me hubiérais exigido, y era justo, los veinte mil ducados convenidos.

—Ciertamente... pero no es lo mismo.

—Sois un mal caballero.

—En el juego no hay más que jugadores.

—Sois un tramposo.

—¡Ira de Dios! — exclamó Menárs mordiéndose la lengua.

—Y un infame, — añadió el coronel, acabando de perder su sangre fría.

Menárs crispó las manos.

—Pero exigís lo imposible, dijo desesperado.

—¡Lo imposible! ¡Y sabéis que por vuestra vil conducta os odia la virtuosa Angela, unida a mí desde la niñez por el amor más puro! Pero, tahur empedernido y astuto, me ganásteis la partida y ahora quiero recobrar mis pérdidas.

—Enhorabuena, — dijo Menárs tomando súbitamente una resolución. — Os espero en casa dentro de una hora.

—Perfectamente, — contestó el coronel. — Pero os advierto, que si me burláis, os mataré como a un perro.

Una hora después, se abrían al coronel todas las puertas de la casa de Menárs y así llegó hasta el aposento de Angela. Pero muy luego retrocedió espantado ante el espectáculo que se ofreció a su vista.

Angela yacía en el suelo muerta y Menárs se la indicaba en silencio, con la punta de su puñal ensangrentado.

El coronel levantó las manos y los ojos al cielo, dió un prolongado y doloroso gemido y desapareció rápidamente sin que se haya podido hasta ahora saber su paradero.

Luego que el desconocido hubo acabado su historia, se levantó del banco en que estaba sentado, y se alejó de allí, sin que el barón, profundamente afectado, hubiera podido dirigirle la palabra.

Pocos días después, tuvo el desconocido un ataque de apoplegía fulminante, y a las dos horas había dejado de existir.

Por sus papeles se reconoció que este hombre, que había tomado el apellido de Beaudasson, no era sino el desgraciado Menárs.

El barón dió gracias a Dios, que le había enviado enel momento de acercarse al abismo a aquel desconocido, para que lo salvara, contándole su desastrosa historia, y pormetió resistir en adelante todas las fascinaciones del juego tentador. Hasta el presente ha cumplido su palabra.

C. N.

Pupilas serenas

Por Francisco Costa Doldán

Yo no sé lo que tienen tus ojos de niña,
tus ojos serenos que conmueven el alma;
se diría que en ellos la luz y la calma
que difunde la aurora en la vasta campiña,
hubieran dejado su eterna poesía!

Si esfumaran a tus párpados sombras violadas,
descifrarse podría el secreto que envuelven
tus ojos tan bellos, que las almas conmueven
y las tornan más buenas, de dichas colmadas.

¡Oh claras pupilas, por dulces tan bellas!
¿Son acaso vivientes cristales o claros
de luna sobre lagos azules? ¿Dos faros
sobre el mar de mi vida, con luces de estrellas?

Si un ensueño amoroso vagara en tus ojos,
del pájaro azul de tu sueño el vuelo siguiera,
y el nido encontrara de tu noble quimera
en la rosa ideal de tus castos sonrojos;
pero no, que a tus ojos de niña no asoma
ese vago cendal en que flota el ensueño,
ese anhelo infinito de un sublime empeño
que por siempre de cielo las vidas aroma.

¡Oh, yo quisiera ver en tus ojos el raro,
hechicero mirar de los de Monna Lisa,
el enigma que encierra su eterna sonrisa
que a Leonardo de Vinci fuera tan caro!
Porque entonces pensara que aquel sortilegio
que perdura en los siglos con el peregrino
mirar de Gioconda, fuera, del femenino
sensorial cordaje, el eterno, mágico arpegio!

Mas no; que entonces tu hechizo fuera el eterno,
femenino acorde, que a reclamo trasciende,
que vibra en la sangre, que el corazón enciende
y trueca la vida en paraíso e infierno!
¡No! Tus ojos tienen el encanto indecible
de una flor de montaña, brotada en la cumbre,
entre la nieve que dora el sol con su lumbre,
sobre la cima de ladera inaccesible;
de una flor solitaria en la cumbre escarpada
y que sólo alcanzarla podrían dos alas,
que el amor, por sus fueros, trocara en escalas
de los tiempos galanos de trova y espada.

¡Oh flor de pureza de virginal estigma
que guarda el aroma de tus castos rubores!,
tus pistilos y estambres, vibrando de amores
me dirán de tus ojos cuál es el enigma,
cuando, por el sol dorada, abeja zumbante,
en tu corola recoja el polen fecundo,
ese germen que encierra la esencia del mundo
y que lleva en su seno la vida constante.

Sí, ya sé lo que tienen tus ojos de niña,
tus ojos serenos que conmueven el alma
y la tornan tan buena y la bañan de calma
como inunda la tarde a la vasta campiña.
Lo que hay en tus ojos; esa claridad
que tus pupilas baña de ideal belleza
y difunde en tu rostro celestial pureza,
es el puro diamante de tu castidad.

Las encrucijadas de la Casa Blanca en Arica, y el avispero de Bolivia y Perú. - ¿Dará lugar a una gran guerra en América?

Los sentimentalistas que tan a la ligera y con tanta generosidad reparten lo ajeno, por el egoísmo de ver turbada su digestión con molestas inquietudes, no reparan en que esa arma de dos filos, pudiera convertirse para ellos en una nueva espada de Damocles, ya que los tratados quedarían convertidos en despreciables papeles mojados, tan fáciles de destruir como reconsiderar.

La teoría revisionista que sustenta Bolivia, del tratado que en 1904 firmase libre y espontáneamente con Chile, de paz y amistad, o sea 24 años después de haberse terminado la guerra Perú-Bolivia contra Chile, ya que Bolivia, después de la derrota de las tropas confederadas en el Alto de la Alianza, se retiró de la contienda el 1880 y el 1888 reanudó sus relaciones cordiales con el vencedor, de sentar jurisprudencia como pieza jurídica internacional, trastornaría todo el mapa político mundial, porque no hay nación alguna, actualmente, que no ocupe terrenos que otra no reclame, y no todos son por haberlos perdido en la guerra.

Los histerismos que han provocado últimamente algaradas callejeras en La Paz (Bolivia), contra Chile, se han producido muy a menudo en ese mismo país, contra Brasil, por la cuestión del Acre; contra Perú varias veces, y no hace tres meses aún, por su controversia con el Putumayo, contra la Argentina por Yacuiba, contra el Paraguay, por el Chaco, y contra Chile ahora, por las clarinadas del senador Guzmán, porque si Bolivia reclama a Chile el territorio que perdió por la guerra del 79 y que comprendía un área de 66.170 kilómetros cuadrados, en cambio por habérselos arrebatado diplomáticamente y bajo presión de amenazas, reclama a Brasil un área de kilómetros 337.836 en el Amazonas, 157.500 kilómetros cuadrados a la Argentina en la zona de Yacuiba y del Norte; 81.950 kilómetros cuadrados a Perú, en la zona gomera tropical del Putumayo, y al Paraguay le disputa hoy 175 kilómetros cuadrados en el Chaco boliviano paraguayo.

El mismo Perú ha detentado territorios al Ecuador, de 204.527 kilómetros cuadrados; a Colombia, de 101.795 kilómetros cuadrados, y a Bolivia 81.956 en el Putumayo, por invasiones subrepticias militares, valido de su superioridad armada naval y militarmente, sobre esos sus vecinos inmediatos, y sin embargo reclama a Chile 23.958 kilómetros en Tacna y Arica, que perdió por un tratado derivado de su derrota en la guerra, territorio que, por otra parte, antes de esa guerra ya se lo disputaba Bolivia.

El ex canciller Galardo Nieto, en una reciente exposición periodística afirmó, que si Chile fué a Wáshington, no lo fué tan de buen grado y espontáneamente como aparentemente se quiere ver, sino porque el presidente Alessandri recibió de su antecesor Sanfuentes, este asunto, en vías casi forzadas a ser dilucidado por la Casa Blanca, a sugestiones imperativas de Inglaterra y Francia, que habían accedido a que el Perú y Bolivia entrasen en guerra contra Alemania, bajo la promesa de que exigieran de la Casa Blanca que compeliese a Chile formalmente para llevar la solución de este asunto al fallo de Norte América, y Perú y Bolivia al terminar la guerra exigieron de sus aliados esta promesa y como las cancillerías del Elíseo y Saint James apremiasen a Wáshington el cumplimiento de su oferta, Chile, para no quedar desairado, se anticipó y propuso esta mediación, ya que el Perú nunca quiso aceptar la invitación reiterada de Chile a negociar directamente la finiquitación de este problema derivado de su derrota de 1879.

La beligerancia que el tratado de Versalles, — verdadera semilla que está incubando nuevas guerras muy próximas, no sólo en Europa sino que también en el Oriente y en América, mal que le pese a las comedias de la Liga de las Naciones, — se concedió a esa momia tutankamónica de la doctrina de Monroe, para que fuese la única mediadora y arregladora de los conflictos americanos entre sí y por lo que no comprendo qué bienes y beneficios le reporta la adhesión a la Liga de las Naciones a las repúblicas hispano-americanas (latinismo espúreo, vade retro) a no ser el de comparsas en esa farándula mistificadora, fué una vergonzosa y atropelladora medida de Inglaterra y Francia contra la América Hispana, porque ella significa nada menos que una ominosa tutoría y amenaza contra la soberanía y mayoría de edad de estas repúblicas, que así vense forzadas y amenazadas por Norte América, la que les impone su tribunal y fallo irremediablemente, en sus diferencias entre sí y hasta en su propio orden interno, económico y político, lo que es abusivo y deprimente a todas luces.

Es que de esta manera Inglaterra y Francia se veían libres en el resto del mundo para manejarlo a su antojo, sin la intromisión de Norte América, a la que a la vez dejaban mano libre en América y a su antojo primero, porque así se congratulaban con su prestamista a quien quedaban en deudas, y segundo, porque de esa manera ni ellas le estorbarían sus desmanes en América, ni se verían, a su vez, ellas interrumpidas en Africa, Europa y Asia; y Norte América de esta manera obligaba a los países hispano-americanos a sometérsele de grado o fuerza, convencidos de su aislamiento y de que para nada podían contar con Europa, que no fuese para ser explotadas en comandita con el Tío Sam, que si fué enérgico para expulsar a España de América, invocando el "América para los americanos del Norte", en cambio es complaciente con Inglaterra y Francia para consentir que éstas aun tengan y consideren a América como su tierra de colonias.

Y así vemos como hoy, Norte América es libremente dejada en sus ataques contra Méjico, Nicaragua, Centro América, Antillas y su reciente y vergonzoso tratado con Panamá y su opresión de las Filipinas y Puerto Rico y sus ambiciones y enredos impositivos en Sud América; ahora, en esta cuestión entre Chile, Perú y Bolivia, y mañana en los que se susciten entre las demás naciones sudamericanas entre sí, mientras que ahora, en la suscitada por España, cuestión gravísima del Tánger y el Mediterráneo, se desentiende en absoluto y permite que Inglaterra, descaradamente, siga usurpando Gibraltar y Tánger a España, y convirtiéndose en el policía del Mediterráneo, con insolente ultraje del derecho y de la libertad del mar abierto, pues Tánger, para su protectorado de España en Marruecos y hasta para su propia seguridad de fronteras, ya que por Tánger, ingleses y sobre todo franceses colonistas, han municionado, abastecido y creado las rebeliones moriscas contra España es, en poder de España, la llave de seguridad de su zona de Marruecos y hasta de la misma España; y en poder extraño, al contrario, una amenaza permanente contra la seguridad nacional de esa Península y por lo que España, cansada ya de perder cuarenta mil hombres y miles de millones de pesetas, debe exigir o un Tánger español o retirarse de Marruecos, artillando su costa fronteriza y Sierra Carbonera, que es la espada de Damocles pendiente de un hilo sobre la más ficticia que real fuerza y eficacia de Gibraltar, al que domina por entero, hasta su fácil anulación.

¿Qué dirán ahora Inglaterra y Francia, que secretamente espaldearon estas peticiones de Perú y Bolivia, sus aliadas, cuando sepan que Bolivia exige la anulación de un tratado y pide su revisión, porque ese tratado le hizo perder, por una guerra que ella provocó y perdió, su litoral, al saber que Bolivia quiere sentar esa peligrosa jurisprudencia que compromete la legalidad de todas las ocupaciones de territorios conseguidos por la fuerza de las armas? ¿O es que hay un derecho especial para las naciones llamadas grandes potencias, porque éstas tienen mayores y más terribles elementos de combate, que inmuniza a esas naciones, que precisamente descansan

PENSANDO

La envidia es un sentimiento más innoble que el desprecio, porque nunca puede justificarse.

Todo verdadero artista crea con dolor. Pienso que esto es absoluto.

Cuando una persona cualquiera dice: Destino, yo me digo: Voluntad.

Si la vida no fuera una verdad con la que solemos engañarnos, existir sería imposible; hay verdades que matan.

Todo el mundo mira lo que muy pocos ven.

Hoy, más que nunca, es necesario repetir aquel, "Sé tú mismo", del divino Wilde.

Las leyes que a la carne agobian, jamás podrán imponerse al espíritu. El, no conoce ley; a veces llora cuando la carne goza, cuando ésta gime esclavizada, él, es libre, y es joven y puro, pese a la senectud y a la impureza de ella.

CARLOS MARIA PODESTA.

su fuerza y economía sobre los terrenos que arbitrariamente y por la fuerza detentan y no lo hay para las naciones de menor potencialidad militar?

Chile entiende que no y que los tratados, y más el suyo de referencia con Bolivia, que fué firmado 24 años después de terminada la guerra y bajo las mismas bases propuestas por Bolivia y aceptadas por Chile, no puede ser anulado y no está dispuesta a anularlo en forma que dividiría su continuidad territorial, alterando por completo su formación geográfica y política, porque no olvidemos que Antofagasta está entre el centro y el norte de Tarapacá y Antofagasta de Bolivia cortaría el territorio chileno, aislando el centro de Tarapacá, esto aparte de que se destruiría el principio jurídico sobre el que descansan las naciones, que así se verían expuestas a la inseguridad de unos tratados que estarían a merced del menor capricho y de la veleidad de los inescrupulosos.

Pero Chile, no se niega en absoluto a satisfacer la necesidad de Bolivia, pues, precisamente Edwards, el delegado de Chile en la Comisión Plebiscitaria de Arica, ha declarado formalmente y de manera pública dentro y fuera del país, que él sugirió a Pershing, que una vez que el plebiscito diera a Chile por completo la soberanía, es decir, confirmara esa soberanía de Tacna y Arica, Chile no tendría inconveniente en declarar esa zona, zona franca con puerto libre, no fortificado, con administración local de elección popular y autónoma, y entonces Bolivia podría también hallar el camino abierto para su salida al mar; y a eso tendieron las sugestiones que después se hicieron, del corredor a Bolivia, entre Tacna peruana y Arica chilena, claro es que con ciertas seguridades para Chile, económicas y jurídicas, pues Chile, ante el ejemplo de cómo entiende Bolivia la fe a los tratados, no puede ni debe obrar de otra manera más cuerda, pero ya se ha visto cómo Perú no sólo estorbó las negociaciones directas entre Chile y Bolivia, celebradas en Santiago, para así facilitar a Wáshington la terminación del pleito Perú - Chile, sino también cómo ha azuzado a la cancillería y a la opinión de Bolivia contra Chile, al que injustamente exige hoy nada menos que le devuelva Antofagasta, destruyendo la unidad nacional de Chile, lo que a cualquier juicio sensato y cuerdo, de cualquier nación, la más simplista y sentimentalista, tendría que causar pésimo efecto.

Kellog, reinicia su batálla hoy día en la Casa Blanca, pero no es a Chile, al que debe convencer, porque Chile ya ha dicho su última palabra y fué más allá de donde debió ir, en materia de concesiones que, precisamente, fueron las que engendraron las exageradas exigencias de Perú y Bolivia, que han imposibilitado la acción eficaz de la Casa Blanca, precisamente cuando Chile por la imprudencia de Pershing, de Lassiter y de Colliers, tiene sobrados motivos para no aceptar la continuación de esas negociaciones y sí dejar librado al tiempo y sus consecuencias el resultado de las torpezas cometidas por los apoderados del árbitro en Arica.

Después de las informalidades de Norte América, que habiéndose obligado a aceptar el fallo del árbitro brasileño, doctor Octavio, en su litigio con Méjico, porque el fallo fué adverso a las injustas reclamaciones yanquis contra Méjico, se rebeló contra ese fallo y se retiró del Tribunal Arbitral, reservándose el derecho de anular ese fallo y exigir, por la fuerza, la reclamación que imponía Méjico; después de este mal ejemplo del respeto que sobre el arbitraje tiene Norte América, Chile debió recusar al árbitro y más con los malos resultados de sus representantes en Arica; y, sin embargo, aun escucha las insinuaciones del árbitro y está dispuesta a un avenimiento legal y serio con sus adversarios, siempre que éstos se allanen a la justicia y al derecho.

ir nuevamente juntas a otra guerra contra Chile, para arrebatarle lo que fué fruto de su victoria del 79 y más al ver como Norte América, precisamente el árbitro, está construyendo y vendiendo submarinos al Perú, al que además le da una misión naval norteamericana, como da cañones y armas a ambas, y no menos a Bolivia, mientras por otra parte ese mismo árbitro predica con sus palabras una paz en América, que viola con sus hechos. Y no se diga que el gobierno yanqui no puede impedir esas construcciones bélicas, pues ya vemos cómo con Méjico se niega a facilitarle armas, mientras a veces se las da a los revolucionarios, como ahora hace con el mismo Nicaragua.



—Cuando yo era joven, las muchachas no pensábamos en hacer las cosas que hacen ustedes ahora.
—Tal vez no las hacían porque no pensaban en hacerlas...

Chile aceptó la participación tripartita, aunque tiene derecho, que le sobra, para no aceptar otra solución que la del plebiscito, ateniéndose al tratado de Ancón y al mismo fallo del árbitro, pero es justo y legítimo que esa resignación de sus derechos absolutos sobre todo el territorio de Tacna y Arica, no se haga a favor de Bolivia y Perú, sin que especialmente Bolivia, la más beneficiada, no pague las justas prendas que por tanto beneficio se le otorgan con tanta liberalidad por Chile, y sin garantías de una seguridad personal para el mañana, de parte de ambas naciones contendoras de Chile, que ya vemos como hoy, descaradamente, predican su franco deseo, amenaza y provocación, de

Las encrucijadas de Arica, hechas por la Casa Blanca, que han removido el avispero de Perú y Bolivia, sus económicamente colonias autónomas, pueden ser en América la chispa que haga estallar el volcán y cuya mecha tiene el Tío Sam, como Tánger lo puede ser en Europa, cuya mecha tiene Inglaterra; por eso es bueno que se desenmascare a los verdaderos culpables de la catástrofe que se avecina, a ver si, al menos, al verse descubiertos, aún sea tiempo de que la conciencia les remuerda de los peligros a que ellos mismos se exponen, con la maldición de la posteridad, que no dejará de execrar a los cerebros de ese infierno dantesco.

J. Fernández Pesquero.

JUSTICIA...!

Para FRAY MOCHO.

Yo la quise casta y pura
y de tal modo la amaba
que, Señor, mi vida daba
con placer por tu criatura.

Un engendro criminal
derrumbó con torpe empeño
la hermosura de mi ensueño:
¡Su pureza virginal...!

Esas manos traicioneras
¿por qué al suelo no rodaron
cuando torpes desfloraron
el rosal de mis quimeras...?

Ella vivirá conmigo,
en mi recuerdo, inviolable,
mas, Señor, el miserable
que reciba su castigo.

Mi vida llenó de tedio
la de ella de sinsabores;
descarga, pues, tus rigores
que el mal no tiene remedio.

Tú sabrás la pena cierta
que vengue la doble herida...
¡Ella con la fe perdida...
...yo con la esperanza muerta..!

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

¿Se puede hacr que llueva a voluntad

La necesidad de hacer llegar el benéfico influjo de la lluvia a las comarcas castigadas por largas y pertinaces sequías, ha motivado que se efectuaran, desde hace ya tiempo, ensayos para provocar la lluvia artificialmente, habiéndolo conseguido a veces, con disparos de cañón sobre grandes nubes situadas a poca altura.

Mas, gracias a los progresos de la electricidad, se está ensayando por otros procedimientos la resolución de este problema tan importante,siguién dose con el mayor interés en los Estados Unidos las experiencias que vienen realizando en Huntington Park (California), Mr. William Haight y Mr. Dewey W. Davis. Estas experiencias han demostrado que se pueden provocar presiones atmosféricas en un espacio de tiempo de treinta a sesenta segundos cuando hay nubes a un grado de saturación grande, y determinar así la caída de gotas de agua.

El laboratorio en que se practican estos ensayos se ha establecido en el extremo de la torre de un pozo de petróleo abandonado que está a 37 metros de altura. Se halla aislado de la estructura de madera de la torre, y, por lo tanto, del suelo, por 16 grandes aisladores.

Un motor Ford acciona un grupo electrógeno que produce a la vez corriente continua a 110 voltios y corriente alternada a 220. La tensión de ésta se eleva a 12.500 voltios por medio de un transformador; después atraviesa la corriente siete condensadores de baño de aceite, y se descarga en forma de chispas de gran amplitud a través de un descargador montado en serie sobre el arrollamiento primario de una gran bobina de alta frecuencia. El potencial de la corriente oscilatoria producida por las chispas del descargador es de 1.500.000 voltios, y se descarga en la atmósfera, bajo la forma de un tren de ondas amortiguadas de unos 3.000 metros de longitud, por un electrodo metálico, en forma de dodecaedro regular, sostenido por una varilla metálica también, aislada por medio de un tubo de ebonita de 75 milímetros de espesor, lleno de aceite de ricino.

PAPEL Y TINTA

«Zogoibi», por Enrique Larreta. Edición Juan Roldan y Cía. Buenos Aires, 1926.

Hemos llegado a la última página de "Zogóibi" y sobre la sorpresa del final imprevisto, persiste en nosotros la emoción inefable y casi diríamos musical de todo el libro, en el que la palabra exacta y artísticamente hallada, encuadra en el pensamiento siempre claro, a la manera de un rubí en el oro de un arco primorosamente labrado.

¡De cuántos matices fugitivos de luz, de color y de perfume, se ha sacado efectos maravillosos para el libro que nos ocupa!

Recordamos la fuente en Córdoba de España, evocada por el P. Torres, y sobre la cual él veía *"los colores del agua, removida por los últimos cántaros.* Recordamos los *"arpegios de luz en las vislumbres de la pampa sobredorada"*. Y aquella *"voz con rocío como los pastos"*. Y el *"verde y polvoroso rayo de luna que hacía relucir como un estanque fúnebre la tapa del piano"*.

¡Qué frescor y qué colorido en la imagen siempre artísticamente encerrada en la palabra justa y escogida! De tal suerte que las frases — y bien se echa de ver en ellas al artista, todavía más, al artífice — se corresponden como el oriente igual de las perlas elegidas de un rico aderezo o *como los anillos pintados, en el dorso brillante de una serpiente.* Pensamos en las palabras de un maestro. "¿Quién no ha soñado con el milagro de una prosa poética, musical y sin ritmo?"

¡Con cuánta belleza la encontramos aquí realizada! Todos los colores son en la brillantísima paleta del autor: desde aquellos tibios de crepúsculo, hasta los fríos de luna y los ocres violentos y los verdes vivos con que detalla amorosamente el paisaje que sirve de fondo natural al drama!

La Pampa! Ya es *"un mar luminoso en el que se siente la embriaguez de sol y de viento salvaje"*, ya es también para la extranjera, *"la tierra sin historia"*, pero siempre *"la tierra de esperanza y de juventud"*.

Y con qué justeza descripta, en el color y en el perfume de las distintas horas.

Ambiente puro, simbólicamente elegido por el autor, el de la pampa alma, inmensa de promesas y de esperanzas... Patria ingenua de Federico Ahumada, el protagonista, el pobre Zogóibi.

¿Más rica que Granada, el reino perdido por Boabdil? Infinitamente más rica. El oro acuñado en su trigo y la esmeralda de sus pastos jugosos, lo atestiguan. Junto con la inmensidad de un futuro que se mira en el Infinito...!

Pobre Federico! El, como el rey de Granada, como Zogóibi — el desventuradillo — va a perder su bien. No sabrá defenderlo, producto ingenuo, de un ingenuo suelo!

Sin embargo, para ayudarlo, allí está Lucía, su novia, la dulce muchachita, idealísima hija de la tierra pura.

¡Cuán agradecidos quedamos al autor por la suprema idealización de esta niña — símbolo de la hija, de la madre, de la hermana, de la novia argentina, descendiente del noble solar que se mantiene puro en la firmeza de su tradición!

Allí está Lucía, el bien que Zogóibi va a perder a la llegada de la extranjera...

¡La extranjera! Se sabe que ella es de la vieja Europa, pero sutilmente el autor no le determina patria. Es la mujer hábil, insinuante, amanerada, que conoce el efecto oportuno de un determinado perfume o de un color a cierta hora... ¿Fría? Sí, fría. ¿Insincera? También, y lo que es peor, hipócrita. Apresta talar de monja, sobre alma pagana.

Su sabiduría es resultado de vieja y perversa experiencia. Ella y su marido — Wilburns — son producto cosmopolita de la anciana Europa, lanzado a la conquista material de tierras jóvenes y promisoras... El, lucha ciegamente en la adquisición de oro; ella, distrae sus ocios de mujer sin pudor, en la seducción elegante del hijo fuerte de la nueva tierra.

Y Lucía, la muchacha pura y sana es pospuesta a la aventurera.

Allí está el Padre Torres, la nobilísima figura del sacerdote nacido en Córdoba de España y apóstol en la Pampa argentina. Voz del bien y de la justa moral, previene al muchacho su desacierto, la injusticia del torcido proceder que está lastimando el dulce corazón de la novia, ofendida pero dispuesta a perdonar:

—"¡Cuidado, Federico! ¡Cuidado, Zogóibi!"

Y luego, ¿no ejemplifica dolorosamente, el pobre Domínguez, su amigo, esclavo del funesto vicio del opio adquirido en París, en la brillante ciudad entrevista con ansia por Federico en las novelas francesas y en las palabras de la extranjera?

¡París, no! — es la voz moralmente educativa para nuestra juventud — que se desprende de las páginas del libro. ¡París, no! ¡La vieja y cansada ciudad no puede ser cumbre de aspiraciones juveniles ni oriente de esperanzas nuevas!

Aquí está la pampa, otro mar inmenso que ofrece su conquista a los hombres fuertes de sana voluntad. ¿Qué nuevos horizontes no determinaréis para el tipo en la historia de las civilizaciones, si sabéis escuchar el latido de ese corazón inmenso que encubre un infinito?

¡París, no! Europa no importa. Allí ya pasaron las horas de siembra y de cosecha y hasta — ¡oh, dolor! — de destrucción! Hombres nuevos, a la patria nueva que aguarda! A sembrar trigo a la luz de la esperanza... Esta parece ser la nobilísima voz del autor a la juventud de la patria, tan sabiamente comprendida en su libro.

Federico Ahumada al morir víctima de su propia falta; al dar muerte a su novia por equivocación, después de su última cita con la aventurera, es el doloroso ejemplo, pero el ciertísimo ejemplo.

La Pampa como un regazo verde, acoge a los dos muertos. Es el tributo a la tierra y a la extranjera que permanece sola frente a la inmensa soledad de los campos nuevos...

Como el rey de Granada, el desventurado Boabdil, Federico ha perdido su don más preciado, el Amor y con él, la vida.

Y es como si el viento nocturno de la Pampa sollozara las palabras de la dolorosa experiencia: "Me das lástima, Zogóibi, me das mucha lástima".

¡Qué espiritualísimo regalo el de este libro, arte verdadero en el fondo y en la forma! Real, en cuanto la Belleza lo permite; no faltan en él idealizaciones puras, como las de Lucía y el Padre Torres.

Al concluirlo, junto con el arrullo de la frase musical y la visión del colorido rico en matices, parece llenarnos el alma, el amplio espectáculo de la pampa libre, donde el viento huele a perfumes salvajes de vida. Y sentimos como si la noble lectura hubiera sensibilizado en nosotros las dormidas raíces que se extienden, largas, bajo este suelo, cada vez más amado y mejor comprendido...

M. A. D.

«Palabras del retorno», por González Carbalho. Sociedad Editorial «El Inca». Buenos Aires, 1926.

Hemos entrado en las páginas rumorosas de este libro, con una unción casi mística. Desde las primeras palabras el corazón se ha sentido acariciado por una bondad purísima, honda y espontánea, que se esparce de todas las canciones como un suave perfume de incienso. Hemos leído las poesías de González Carbalho a la luz difusa del crepúsculo, y su voz, rica en matices exquisitos, ha ido llenando de meditaciones el vaso opaco de la soledad.

González Carbalho ha nacido poeta. Su libro es el paisaje de su propio corazón, y como todo poeta lírico, los dolores humanos se hacen síntesis y lágrima en el epitafio de su verso. Yo lo he evocado, al influjo de su música, en un viejo rincón de parque señorial. Hileras de sauces atraviesan de verde claridad las sombras de la tarde. Invisible, el chorro de agua de una fuente colma el silencio, y junto a un banco de piedra, un niño pálido se ha puesto a escuchar el ruido del agua, creyendo oír el eco de una voz lejana y conocida.

Delicado, fino, de una sensibilidad casi enfermiza, la aristocracia de su arte brilla por igual en el pensamiento, iluminado de nobleza, que en la palabra, dócil, elegante, engarzada con primorosa sencillez.

El dolor está en todos nosotros, y su mano descarnada es la que nos guía muchas veces en la oscuridad. Pero siendo uno, universal y eterno, en la manera cómo se siente, traiciona el alma su verdadera personalidad.

En González Carbalho no encontraremos la exaltación bravía, ni el grito ululante del miedo, ni la torcedura angustiosa de la impotencia. Todo en él se traduce en nostalgia, y una pena misericordiosa y mansa humaniza su corazón hasta el sacrificio.

"Yo sé que ha de llegar cuando no
¡pueda
decirle aquello que soñé una vez,
resignarme y cantar sólo me queda,
¡todo a mi corazón llega después!"

González Carbalho no se rebela contra el destino. Lo acata y se concentra en sí mismo, para vivir la tristeza de las cosas perdidas.

Esto sólo bastaría para consagrarlo poeta de hondo lirismo. Pero hay más. González Carbalho quiere purificar también su palabra, y su verso, límpido, musical y perfecto, es una obra de arte cincelada con pasión poco acostumbrada en nuestros días.

"Palabras del Retorno" es el libro de un poeta que aún no ha llegado a los veinticinco años, y tiene ya páginas definitivas

F. E. G.

«Exportation del'Industrie Française, 1926». Por Henry Leon. Rue Martel, 15. París.

Hemos recibido este voluminoso álbum, que consta de cerca de ochocientas páginas correctamente impresas, e ilustrado con numerosos grabados en negro y en color, donde se registra todo el movimiento de la exportación habida en Francia, durante el ejercicio de 1926. Trátase de una obra de verdadera importancia e interés, muy útil como elemento de consulta para el comercio y la industria en general.

Noticias de cine

Concurso de belleza fotogénica

Bases del torneo

La Fox Film Corporation, deseando asociar la raza latina a su empresa artística, inaugura un Gran Concurso de Belleza Fotogénica para jóvenes de ambos sexos, comprometiéndose a lo siguiente:

1.º A seleccionar de entre los concursantes, a una joven y a un joven, a quienes proclamará vencedores del concurso:

2.º A pagar los gastos de viaje de los triunfadores, desde el lugar de residencia hasta Hollywood, California, E. U. de Norte América. Si la joven seleccionada fuere soltera, tendrá derecho a ser acompañada por una persona de su familia, que gozará de iguales privilegios.

3.º A firmar un contrato inicial con los vencedores, por el término de un año y a título de aprendizaje, ofreciendo a los dos artistas la interpretación de papeles de relativa importancia en producciones de la casa, entendiéndose que, durante su estadía en Norte América, y mientras cada artista forme parte del cuadro o elenco de la compañía, gozará un sueldo que oportunamente se convendrá y del cual incurrirá en sus propios gastos durante su permanencia en aquel país.

4.º A firmar un contrato definitivo, por cuatro años más, a juicio exclusivo de la Fox Film Corporation, en caso de revelar los dichos dos nuevos artistas, decidida capacidad en el arte cinematográfico.

5.º A pagar los gastos de viaje de regreso a su país y residencia, desde Hollywood, en caso de que los vencedores no demostraren éxito en sus empeños, igualmente a juicio de la Fox Film Corporation.

En este concurso podrá tomar parte toda persona que llene las condiciones expresadas más adelante, exceptuando los empleados de la Fox Film, cerrándose el día 23 de Octubre del corriente año, después de cuya fecha no se aceptará inscripción alguna. Las condiciones de inscripción son como sigue:

1.º Las inscripciones se harán mediante la remesa al comité del Gran Concurso Fox Film de Belleza Fotogénica, Lavalle 944, escritorio N.º 1, Buenos Aires, del Cupón de inscripción más adelante reproducido, debidamente firmado y acompañado de una fotografía, en busto u otra manera, de los concursantes. Para dicha fotografía se recomienda un tamaño de 13 x 18 ctms.

2.º En caso de concursantes menores de edad, se hace necesaria la declaración de consentimiento, por escrito, de los padres o tutores y en el caso de mujeres casadas, el de su esposo.

3.º Son requisitos esenciales:

Para mujeres. ser blanca, de sangre latina, de 16 a 23 años de edad, estatura de 1.50 a 1.70 mts., peso de 45 a 55 kilos, pupilas de los ojos que fotografíe oscuro.

Para varones: ser blanco, de sangre latina, edad máxima 26 años, de complexión robusta y fisonomía alegre, las pupilas de los ojos que fotografíe oscuro.

La selección de los triunfadores será llevada a cabo por un jurado compuesto de once personas, cinco locales, cuyos nombres serán oportunamente publicados, y seis de los Estados Unidos de Norte América, miembros de los cuerpos ejecutivos, administrativos y técnicos, actuando en la forma que sigue:

1.º El jurado local seleccionará, de entre las fotografías sometidas a su juicio por los concursantes, cincuenta jóvenes de cada sexo, los cuales serán sometidos a una prueba cinematográfica, a fin de comprobar sus cualidades fotogénicas. Dichas pruebas serán diirgidas por un operador técnico de la Fox Film, que será traído especialmente de Hollywood, para tal fin, llevándose a cabo las mismas bajo condiciones de maquillaje y exigencias iguales a las que se emplean en los propios talleres de la Fox Film, pudiendo realizarse en el lugar de residencia de los concurrentes, conforme fuera más conveniente.

2.º De dichas cien elegidas para las pruebas, el jurado local seleccionará cinco de cada soxo, o sean aquellas que juzgaren con mejores condiciones artísticas demostradas, cuyas diez serán entonces sometidas al juicio de los seis miembros del jurado de Norte América, quienes pronunciarán el veredicto final, proclamando los vencedores del concurso. Resérvase, sin embargo, la Fox Film, el derecho de aprovechar de todos aquellos concursantes que revelaren capacidad artística para la carrera cinematográfica, ofreciéndoles iguales condiciones de contrato que a los declarados vencedores.

3.º Se reserva la Fox Film, igualmente, el derecho de cambiar el nombre y apellido de los vencedores o aceptados, para atender a preceptos eufónicos de valor universal.

4.º Se hace presente que bajo ningún concepto, se atenderán, ni recibirán consideraciones algunas, las recomendaciones personales o de las llamadas Escuelas o Estudios de Arte Cinematográfico, por cuanto la selección final de los vencedores se hará exclusivamente fundada en los méritos individuales de cada concursante.

CUPON DE INSCRIPCION

Nombre ....

Dirección ....

Edad.................. Estado Civil..................................

Estatura.............................. Peso ....

Color y corte del cabello...

Yo... por medio de la presente, me inscribo en el GRAN CONCURSO DE LA FOX FILM DE BELLEZA FOTOGENICA, y declaro que los informes que indico son ciertos y verdaderos.

CONCUERDO, además, en sujetarme a todas las bases del Concurso y desistir de cualquier derecho que me cupiese en la reproducción para fines de publicidad y propaganda.

La historia de los tapices llamados gobelinos.

En el siglo XV, una familia de tintoreros procedente de Reims, según unos; de Holanda, según otros, se establecía en París, en el barrio de San Marcelo.

El jefe de esta familia, Juan Gobelin, fundaba, en 1450, el establecimiento que lleva todavía su nombre y se hacía famoso por la tintura de lanas escarlata.

En 1601, Enrique IV hizo establecerse en una parte de los edificios de los hermanos Gobelinos, a dos tapiceros flamencos.

Medio siglo más tarde, bajo Luis XIV, Golbert adquirió el edificio de los Gobelinos y lo hizo agrandar para establecer en él la manufactura de los muebles de la Corona. Con esto, el antiguo edificio de los Gobelinos convirtióse en una inmensa fábrica donde trabajaban los más hábiles artistas del mundo. Doscientos cincuenta tapiceros se dedicaban allí a tejer los ricos tapices que iban a ornar los lujosos salones de los palacios del Rey Sol. Los tapices eran de lana y de seda, y se labraban bajo la dirección de Jacques Kercoven. No sólo trabajaban allí los tapiceros. Buen número de escultores sobre metales, renombrados orfebres y hábiles ebanistas, dejaban sobre el bronce, el oro y la madera delicada, muestra de su arte.

Hasta 1695 los Gobelinos surtieron a la Casa Real. Los reveses de los últimos años de Luis XIV forzaron a este rey a limitar el número de los obreros y artistas hasta el extremo de quedar reducida la antigua esplendorosa fábrica, a una simple manufactura de tapices.

Los tapices de la buena época fueron ejecutados sobre modelos de famosos pintores, y ostentaban gran variedad de matices. Se disponía entonces de un millar de tintas, de doce tonos diferentes cada una.

Hoy, los modelos de los tapices se han modernizado; los "cartones" se encargan a los más renombrados pintores; pero la 'manera" de tejer los tapices de los Gobelinos es semejante a la de los tiempos de Luis XIV, y los modernos tapiceros ejecutan sus maravillosos trabajos con arreglo a los procedimientos del siglo XVII.

Los talleres de la manufactura de los Gobelinos se componen en la actualidad de tres secciones bien distintas: tintura, tapicerías, tapices.

En la primera se tiñen las lanas y sedas empleadas en la tapicería. Son 14.400 tintas inalterables, nada menos, las que se utilizan, y que permiten reproducir lo más exactamente posible los matices más delicados de las pinturas que sirven de modelos.

Las sedas y lanas, una vez teñidas, se devanan sobre bobinas y se colocan, por tonos, en un vasto almacén. De aquí pasan a los talleres de tapicería, en cuyos bastidores se labran los famosos tapices de los Gobelinos.

La labor, muy minuciosa, avanza lentamente. Un tapicero viene a ejecutar 34 centímetros cuadrados cada día, por término medio.

La recluta de los artistas que, pacientemente, tejen los grandes tapices objeto de admiración mundial, se hace por medio de concurso riguroso. Han de seguir durante dos años, cursos especiales de dibujo en la misma escuela de los Gobelinos. Los aprobados ingresan en la escuela de tapicería adjunta a la manufactura, con el título de alumnos de prueba o ensayo. Al cabo de otros dos años, durante los cuales se juzga de su capacidad, son nombrados aprendices tapiceros; después, jefes de sección, a medida que se van produciendo vacantes.

"En estos obreros — dice un cronista contemporáneo — se conservan las últimas tradiciones de fe, de modestia, de maestría, de las antiguas corporaciones medioevales. Ninguna gloria esperan de su trabajo sino es la de haberlo realizado con la mayor perfección posible. En tanto que se conoce y proclama el nombre de los pintores que proporcionan los modelos, permanece en el anónimo el del artista que, poco a poco, con la paciencia y meticulosidad de un monje miniaturista del siglo XV, va tejiendo su tela primorosa".

Los perros en la novela

Aparte de algunos cuentos infantiles, muchos de ellos anónimos, el perro, el mejor amigo del hombre, no ha sido tratado en literatura con la atención y el estudio que se merece.

En muchas novelas se habla de estos animales, como se puede hablar de las gallinas, de los patos o de los bueyes; pero rara vez ha sido personaje, ni siquiera secundario, como el caballo de los cuentos orientales, donde ha representado hasta el papel de protagonista.

Hace algunos años, Gualterio A. Dyer escribió una colección de cuentos de perros bajo el título general de "Gulliver el Grande", entre los cuales dos o tres bastan para clasificar al autor entre los grandes maestros.

De ellos el titulado "Maginnis" es uno de los trozos literarios más exquisitos de la literatura canina. La novela del perro interesa y admira desde la primera a la última página.

Dyer ha escrito otra nueva novela canina: un idilio en una aldea imaginaria, en el que toman parte las personalidades de 24 perros de diferentes razas todos ellos, menos uno, que no tiene genealogía; un nuevo perro de todas las razas y de ninguna: un perro trapero, y ha logrado en sus descripciones dar veinticuatro retratos característicos, todos ellos a cual más afortunado.

La obra es un modelo de presentación, como merece el más noble y fiel de los animales, y está ilustrada en colores por el mejor pintor moderno de perros, por Livingston Bull, que, como vulgarmente se dice, ha echado el resto ilustrando la obra de Dyer. Ha dado a cada perro todas las características de su raza, y son verdaderos retratos en los que se lee el alma, el espíritu de cada can.

El protagonista o, por lo menos, el más importante de los 24 personajes caninos de la novela, es un perro de pastor, llamado Robin Hood como el personaje de Walter Scott.

Siendo cachorro pasó a ser propiedad de Alicia Sawtell, a quien se lo regaló su novio al partir para la guerra. El soldado no regresó: quedó enterrado en el frente de batalla; pero la muchacha conservó el perro, mimándolo y cuidándolo, recordando siempre al amante partido para siempre.

Alicia preparó hermoso albergue a Robin Hood en un espacioso corral al fondo de su huerta, corral que llegó a ser el casino canino en donde se reunían los 24 perros compañeros y en donde se desarrolla gran parte de los episodios de la novela de Dyer.

El protagonista y sus amigos de club son actores de varias hazañas y aventuras más o menos inocentes, hasta que un día desaparece Robin Hood.

¿Robado? ¿Secuestrado? ¿Muerto?

La tristeza invade el casino en las personalidades de sus socios; muchos amos de los canes comentan lastimosos la desaparición del simpático can. Pasa el tiempo, y el recuerdo de Robin Hood se va borrando; pero un buen día aparece el perro, flaco y macilento, y precisamente a tiempo de tomar parte en el banquete de boda de su amita Alicia.

En esta delicada trama es en la que Dyer teje los veinticuatro caracteres caninos.

Dibuja a los perros; la descripción de algunos de ellos, como la del "terrier" irlandés, es admirable; muchas de ellas son retratos.

Algunos críticos, aun aplaudiendo la belleza con que describe los caracteres de los 24 personajes, desaprueban el que con frecuencia dé a los perros motivos y atributos puramente humanos.

"Esto — dicen — está bien en el romance de Mowgli, el protagonista de "Las tierras vírgenes", de Kipling, pero no en los socios del corral de Alicia".

"Un perro es un perro — añaden los críticos ,— y tiene ya en sí más que suficientes características para acudir a lo humano. Sus descripciones no debía haberlas emborronado, enturbiado, hecho confusas con toques humanos imposibles. Muchos de sus 24 perros parecen personas y ese parecido no debe existir. En una de sus páginas, los caninos personajes de Dyer pasan largas horas de la noche charlando como si fuesen seres humanos, en una conversación que no puede ser verdad entre perros".

Nosotros encontramos el libro de Dyer simplemente delicioso; una obra agradabilísima para jóvenes y adultos que da una idea general del carácter del perro, lleno de encanto peculiar.

¿Pues qué? Si el tigre Sherakan, si la serpiente y la pantera si el oso y las abejas y los monos y todos los animales de la India pueden hablar y razonar y sentir pasiones casi humanas, ¿por qué el perro, más inteligente, más en contacto con el hombre, quizá más conocedor que él de las fieras del Asia, no ha de poder en una novela de ficción tener características humanas?

Al recordar el "Coloquio de los perros" del Príncipe de los Ingenios se nos ocurre que quienes podrían decir algo sobre este asunto canino serían Cipión y Berganza.

¿Qué sabe usted de ésto?

¿SABE USTED *que las ensaladas de verduras son mejores que los afeites para el cutis?*
Por este motivo *"una ensalada al día" es un buen lema para todo el mundo, viejos y jóvenes.*

¿SABE USTED *que la lechuga, base de la mayor parte de las ensaladas, es rica en las tres clases de vitaminas?*
Por este motivo *la lechuga se debe comer siempre y no dejarla en el plato.*

¿SABE USTED *que ciertas legumbres, como el repollo, por ejemplo, tienen mayor valor alimenticio y se digieren más fácilmente cuando se comen crudas?*
Por este motivo *la ensalada es una excelente forma de comer, lo que es bueno para el organismo.*

¿SABE USTED *que las verduras para ensalada se marchitan cuando se evapora la humedad de las hojas?*
Por este motivo *para conservar las verduras frescas y crespas, es conveniente envolverlas en papel húmedo o guardarlas en una caja de lata perfectamente cerrada y colocada en un sitio fresco.*

¿SABE USTED *que el aceite no se adhiere a una superficie húmeda?*
Por este motivo, *las hojas de las verduras deben estar completamente secas antes de aderezarlas.*

¿SABE USTED *que el vinagre y otros ácidos extraen el agua contenida en las hojas tiernas para ensalada y les hacen perder el encrespado?*
Por este motivo *la ensalada de verduras no debe aderezarse hasta el momento de servirla.*

La historia del ciclo

El primer velocípedo lo imaginó el 1790 M. de Sivrac. Consistía este velocípedo en un vehículo de dos ruedas, al cual se llamó celerífero. El aparato era completamente todo de madera y tenía la forma de un cuadrúpedo, caballo o león, de patas rígidas. Entre cada par de patas iba instalada una rueda. El jinete se colocaba a horcajadas sobre el animal, suficientemente bajo para que los pies tocasen tierra; le sostenía por la cabeza y pegaba al suelo alternativamente con cada pie. De esta manera, a cada golpe de pie se daba él un impulso y avanzaba a grandes zancadas; pero así y todo menos velozmente aun que si se hubiera limitado a correr con sus propias piernas.

Dos años más tarde se cambió el nombre de celerífero por el de velocífero, y al jinete se le designó con el de velocípedo. Aquel aparato, aun perfeccionado, era todavía incómodo, pues las dos ruedas se encontraban siempre en un mismo plano y no se podía avanzar más que en línea recta.

En 1855 fué cuando un francés, Ernest Michaux, inventó el pedal, y del mismo tiro, el biciclo.

Por las exposiciones de arte

Justo M. Lynch

Justo M. Lynch es un artista que tiene una larga y destacada actuación en nuestro ambiente pictórico, habiendo, en repetidas oportunidades, demostrado sus méritos y condiciones sobresalientes.

Ha acreditado constantemente, en su vida consagrada al arte, un laudable anhelo de superarse, y una manifiesta laboriosidad. Es dueño de una personalidad interesante y tiene una técnica, que armoniza por su sobriedad y naturalidad con las orientaciones artísticas, en cuanto éstas tienen de noble.

Lynch es, como marinista, acaso el más puro. Estudioso e inteligente, dueño de una técnica segura, con un concepto claro del arte, no se deja llevar por la facilidad que suele proporcionar la adquisición de una "manera de hacer".

Este marinista representa, sin duda, uno de los valores más positivos de nuestro arte pictórico, pues tiene una comprensión certera e inteligente del ambiente, que transporta a las telas con verismo y emoción. Estos rasgos de su labor se acrecen a través de una interpretación muy personal.

Los treinta y cuatro óleos expuestos en la Galería Witcomb logran transmitir una sensación superior de arte, confirmando, en forma elocuente y decisiva, la personalidad de este marinista como uno de los mejor dotados.

En nuestro primer Salón Nacional de Bellas Artes, reveló sus interesantes cualidades y desde entonces se ha demostrado siempre como un artista concienzudo, brillantemente dotado para expresar lo que se propone.

En el Museo Nacional de Bellas Artes figura un cuadro suyo, que se titula "Día Gris". Y en el Museo de Córdoba hay también otro titulado "Vista del Riachuelo".

De la actual exhibición uno de los mejores óleos es "Oros del Plata", que figuró en el Salón Nacional de hace dos años, es decir, en 1924. Representa un barco contra luz, que alza su velamen amarillento siempre inquieto, y un remolcador que parece acompañarlo, ambos balanceados por el suave y cadencioso rodar de las aguas, de nuestro Plata, en un musiteo somnífero. El sol, medio oculto entre nubes, refleja sus oros sobre el río en tonalidades irisadas.

Esta tela está empastada con soltura, y en ella se ve mucha observación y mucho dominio de la técnica, amén de honda inspiración.

Además de este cuadro tiene también otros muy interesantes del Riachuelo y de la Boca.

Forzoso es añadir que algunas de sus producciones no están a la altura de sus méritos, ya sea por un predominio de la observación puramente objetiva, o de aspectos relativamente mal elegidos, que debió dejar en su taller, sin por esto amenguar el mérito de conjunto de la muestra.

Con la presente exhibición se confirma, en forma elocuente y decisiva, la personalidad de este marinista argentino, que antes de ahora ya había adquirido respetable prestigio.

Guillermo Cantalamessa

El pintor Guillermo Cantalamessa, ya conocido ventajosamente por telas que exhibiera en diversas exposiciones colectivas, desde hace años, ha inaugurado en la sala III de la Galería Witcomb, un conjunto de sus cuadros, dignos de mención por las excelentes cualidades de artista que demuestra.

Los cuadros de Cantalamessa se caracterizan por el ambiente de sugestión que producen. Hay en ellos una inquitud de ideal, una tristeza ansiosa de lo imposible, un desasosiego por cosas inescrutables, que salta a la vista.

Consigue una suavidad aterciopelada de matices, que es, quizá, en su obra pictórica, una de las cualidades descollantes; lo cual hace que sus producciones den una impresión de elegancia y delicadeza, cualidades éstas que no es frecuente hallar, en el anhelo de llamar la atención que vemos en otros pintores.

Cantalamessa es de origen itálico, y desde el año 1910, se encuentra entre nosotros, habiendo exhibido valiosos envíos en el "Salón Nacional".

Esta es su primera exposición individual.

El arte llamado literario, que en cierta época cundiera en Alemania, y que aun hoy mismo, pese a los snobismos de la post guerra, tiene excelentes cultores, encuentra eco en Cantalamessa, en su anhelo hacia el simbolismo.

El simbolismo es una de las tendencias más honestas y en verdad nos place la seriedad con que este pintor se dedica a esta índole artística, sin dejarse llevar por la puerilidad creciente, o por otras formas incomprensibles y siempre repudiables.

No es extraño, pues, que, habiéndole atraído a Cantalamessa el arte simbolista, sus telas demuestren al par que sensibilidad una atmósfera de inquietud y de misterio, bien loable, que en los cultores modernos de las nuevas formas, sólo se manifiesta generalmente en expresiones menos recomendables. Bien que esta clase de pintura está considerada actualmente como convencional por cuanto tiene de imaginativa, pero no por eso deja de ser interesante y hasta podríamos decir de valor educativo; por lo que deba tener de histórica o legendaria, como en los cuadros titulados: Prometeo, El paraíso perdido, Agar, Salomé o Parsifal.

Hay, en otras telas suyas, rasgos de acentuado dibujo y sobrio sentimentalismo, tales como en: Ensueño, Nostalgia, Amanecer, etc.

En el cuadro titulado Hamlet (núm. 1) que es de grandes proporciones, se nota una gran potencia expresiva, consiguiendo al mismo tiempo presición y relieve.

Los temas elegidos le proporcionan oportunidades propicias al empleo de sus condiciones de artista, porque se avienen con su temperamento de soñador.

Esta exposición, por su carácter y por su variedad, merece un elogio sincero.

Marcelo de CASTRO ESTEVES

Podremos ir en breve a la luna, gracias a la fuerza intramolecular

Los descubrimientos modernos, si continúan progresando en la forma que actualmente, permitirán tal vez realizar antes de lo que se cree, el fantástico viaje de la Tierra a la Luna.

Para ello se emplearía un cohete gigantesco, capaz de impulsar al proyectil, incluso en el vacío, actuando por reacción, sin necesidad de punto de apoyo.

Con ello se podría obtener una velocidad lenta y acelerada a voluntad.

La fuerza necesaria para, en un pequeño volumen, poder proyectar un objeto a la velocidad de once mil metros por segundo, necesaria para vencer la atracción terrestre, es ya conocida y comienza a ser realizada. Es la energía intramolecular de los cuerpos, tan prodigiosamente potente que — según los últimos cálculos — basta la contenida en una moneda de cinco centavos, para arrastrar cuarenta veces alrededor de la tierra un tren de 25 vagones.

Para que se comprenda bien esto, es preciso advertir que la energía producida por un gramo de radio bastaría para hacer que realizase un viaje de ida y vuelta a la Luna un proyectil de 200 kilogramos.

En cuanto se consiga descomponer el radio primero y los otros cuerpos luego, se encontrará resuelto el problema de la propulsión de los cuerpos en el espacio.

Con este motor de radio, por ejemplo, los viajeros a la Luna podrían ir adquiriendo una velocidad acelerada, hasta once kilómetros por segundo, y entonces no necesitarían emplear ya el motor, pues les bastaría la velocidad adquirida.

Llegados a la atmósfera de atracción lunar emplearían el motor en otro sentido, para frenar la rápida caída.

Es decir, que tal vez nuestros biznietos podrán realizar el viaje de ida y vuelta a la Luna, en seis horas.

E. Kiss.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden



Los caprichos de la fauna

El albinismo en los animales

Es el albinismo el estado de los individuos en que falta la coloración pigmentaria y llaman la atención por el color de sus cabellos, cejas y pestañas, cuya blancura, finura y aspecto plumoso contrastan con la edad aparente del sujeto.

Preséntase el albinismo en todos los países, en todas las razas y tanto en los animales como en los hombres.

Entre los mamíferos, aves y reptiles es más frecuente de lo que generalmente se cree.

En un principio se creyó que los albinos constituían una raza particular, y sólo cuando se ha conocido el asiento, la naturaleza y los fines del pigmento se ha hecho posible decidir resueltamente el problema.

Hay animales en los que la falta de pigmento les ha cubierto de una piel, o de una pluma, completamente blancas, presentando un aspecto que parecen animales de otra especie, pues su colorido les hace diferenciarse completamente, como resulta con los pavos reales blancos.

Un animal interesantísimo, sumamente raro, el único ejemplar que hasta ahora se ha conocido albino, se ve desde hace días en la Casa de Reptiles del Jardín Zoológico de Londres. Es una cobra blanca, encontrada en Delhi, India inglesa, ejemplar completamente nuevo para la ciencia.

Es de un albinismo completo la cobra de anteojos, la terrible "Naja tripudiana", cuya mordedura es mortal.

Las cobras presentan normalmente un colorido que varía entre el pardo olmoso y el gris amarillento pálido en la parte superior del cuerpo, y por el vientre, desde el negro al blancuzco.

El ejemplar que está llamando la atención en Londres, no solamente del público curioso, sino de los naturalistas, la cobra albina, mide 1.85 metros de longitud y está cubierta de escamas blancas y brillantes que parecen hechas de porcelana finísima.

Los ojos, como la lengua, presentan un vivísimo color escarlata, pues la ausencia total del pigmento hace que el rojo de la sangre se transparente.

Este ejemplar albino, como las demás cobras, levanta la cabeza y extiende su caperuza, balancea el cuerpo y silba en cuanto se irrita.

El portador del famoso y único reptil lo llevó al Jardín Zoológico en una cesta; lo manejó con toda tranquilidad y dejó que se le arrollase en el cuello, y eso que no se tomó con él la precaución de arrancarle los colmillos, que, al morder, inyectan una ponzoña mortal.

Si del Jardín Zoológico de Londres pasamos al de Nueva York, encontraremos rarísimos ejemplares albinos.

Hay en Canadá dos clases de puerco espín: el pardo y el amarillo. Las espinas de estas dos especies son cortas y ocultas bajo espeso pelo. Cuando se ve atacado se recoge, levanta su ancha cola y lanza las espinas contra el enemigo.

El puerco espín que como gran curiosidad se conserva en la gran metrópoli norteamericana es completamente blanco; el pelo, como las espinas, no se parecen en nada a los de las dos especies conocidos; parece que está envuelto en algodón.

Otros dos ejemplares albinos curiosos del mismo Jardín Zoológico, son la marmota de la América del Norte, cuyo color natural es pardo y gris.

Tanto este mamífero como el racún del mismo país, pero que habita en las regiones templadas y que se viste normalmente de gris con manchas oscuras, tienen el aspecto de los pollos de nieve. Su albinismo es completo: ni un solo pelo de su cuerpo tiene colorido alguno.

Otro curiosísimo ejemplar de la fauna norteamericana es el ciervo blanco, que en el citado parque se puede ver entre sus hermanos de color alazán moteado de blanco. El hermoso ejemplar tiene la piel, las pezuñas, las astas, completamente blancas.

Hay un animal que abunda en el noroeste de América, el coyote o lobo de las praderas, cuya piel normal es gris con tonos rojizos. Hasta hace poco no se había visto ningún ejemplar que no tuviese ese colorido en la piel, pero hace un par de años se encontró uno de ellos completamente blanco. No pertenece a ninguna nueva especie. Es un caso de albinismo curiosísimo, como lo es el de una ardilla completamente blanca que se exhibe en el mismo Jardín.

Las ardillas americanas no son rojizas como las de Europa; son grises, de un gris de topo, color que el ejemplar que nos ocupa ha trocado por níveo pelaje que la hace parecer un nuevo animal de la fauna del Nuevo Mundo.

En la América tropical abunda mucho, desgraciadamente, la peligrosa serpiente cascabel. Son varias las especies de este ofidio que habitan en la América ibérica, y según el lugar y la especie su color varía, pero hasta hace poco ni se sospechaba que las hubiese blancas. Si no varias, por lo menos una existe, blanca, tan blanca como su compañera la naja albina del Jardín Zoológico de Londres. Las manchas que adornan la piel de este terrible ofidio y que la hacen tan vistosa, han desaparecido por completo. Es un precioso y único ejemplar albino de la venenosa serpiente americana, como la cobra lo es de la especie indostánica.

Un albino es siempre un capricho de la Naturaleza, y los ejemplares son raros; pero en casos, el albinismo llega a ser hereditario, como en el caso de las ratas blancas, los conejos blancos y las gallinas blancas, que llegan a formar especie.

No todos los animales blancos son albinos; los hay cuyo color natural es el blanco, como sucede con el oso polar o blanco, con la garza blanca y con otros varios animales que en el invierno cambian de color y adquieren el del medio nevado en que viven, como el zorro ártico, la liebre polar y varias aves.

Arboles históricos

El naranjo de San Francisco Solano

Por Enrique Udaondo

En el patio del antiguo convento franciscano de la ciudad de La Rioja, existía hace un par de años el naranjo que, según tradición, fué plantado por el gran evangelizador del Tucumán y Perú, San Francisco Solano, a fines del siglo XVI, en honor de Serafín de Asís.

Este ejemplar era el más antiguo de su clase que se conocía en el país, pues tenía más de tres siglos.

He aquí una descripción que de él hace en una de sus muchas obras el ilustrado obispo de Córdoba, Fr. Zenón Bustos:

"El tronco desde que arranca de la tierra tiene dos metros de elevación hasta comenzar la repartición de las ramas; éstas son todas huecas en las partes gruesas, y a pesar de esto, están cargadas de retoños nuevos y éstos revestidos constantemente de hojas, flores y frutos, sin que les falte ni las naranjas de todas edades y los azahares, revelando su vigor y la lozanía, a pesar de estar su tronco carcomido".

El árbol era muy coposo, y tenía colocado a su alrededor en forma circular un pequeño parapeto de ladrillo.

San Francisco Solano era natural de Andalucía, donde vistió el sayal franciscano y expuso su vida en la terrible peste de 1583; vino al Perú siete años después y recorrió el vasto territorio del Tucumán y Santiago del Estero, descalzo y predicando el Evangelio, cruzando la Cordillera y los desiertos; estuvo en Tucumán, La Rioja, Magdalena, Socotonio, Esteco, Santiago del Estero, Córdoba, etc., lo mismo que en medio de las tribus calchaquíes, donde convirtió al cristianismo a los indios, enseñándoles también agricultura y distrayéndoles con la música. Murió en Lima en 1610.

La ciudad de Santiago del Estero le ha erigido un monumento y la de Santa Fe posee en el patio del convento de su orden, "un hijo" de este naranjo (1). En 1904, en ocasión del día del árbol, las escuelas públicas de Luján, plantaron un retoño de este árbol en el patio del Museo Colonial e Histórico de la provincia de Buenos Aires.

En un documento hallado hace poco en la parroquia de Guandacol, en el que se ordena sea declarado festivo el día de San Solano, se hace referencia al árbol histórico; se dice, entre otras cosas, que todo el pueblo profesa gran devoción al santo "por haber, dicho san-" to apóstol, habitado en aquella " ciudad (La Rioja) mucho tiem-" po, y dejado en ella memorias " muy tiernas y devotas, como ser " la celda en que vivió y *un naran-" jo que plantó y cultivó, que aun " subsiste hasta hoy* (1830), cuyos " frutos se procuran de otras par-" tes para remedio y consuelo de " los enfermos."

Desde 1914 este árbol ostenta una placa con la siguiente leyenda: "Naranjo histórico plantado por San Francisco Solano en el siglo XVI. Placa colocada por la Sociedad Forestal Argentina".

(1) Refiere un biógrafo del santo, que éste tenía gran afición por las plantas, las cuales cultivó desde su niñez, lo mismo que el Seráfico Patriarca, quien también ha dejado algunos árboles plantados por sus manos y fué un gran admirador de la naturaleza, a la que cantó himnos en el pintoresco valle de Umbría.



RADIOTELEFONIA



SOBRE LOS CIRCUITOS A USARSE EN RADIO RECEPCION.

Uno de los puntos que más se han discutido y sobre el cual se ha gastado más tinta y papel y lo que es peor, dinero, es el asunto de los circuitos más convenientes, para usarse en radio recepción.

En efecto, cuando se hicieron las primeras experiencias en radio, el circuito que se probó daba más resultado, era el vulgar de galena, tal como lo usan actualmente algunos aficionados, pero con el correr del tiempo se fueron haciendo nuevos descubrimientos, hasta que se llegó al invento de la lámpara por Fleming y luego su modificación por De Forest. Esto trajo como consecuencia una modificación absoluta de los circuitos a usarse y se descubrió el regenerativo común, según algunos por De Forest y otros por Armstrong, pero según parece fué De Forest; el caso más curioso es que ese circuito hecho en el año 1915, es exactamente igual al conocido por Perry O. Briggs actualmente, y que mucha gente cree que es muy nuevo.

Durante un período de tiempo relativamente largo, no hubo mayor variación en los circuitos, los cuales eran, como qüeda dicho, o bien de galena o de una o dos lámparas, pero siempre del tipo de regenerativo común, ya sea inductivo o directo, entendiéndose por directo aquellos en los cuales la antena va unida directamente al circuito de la lámpara, e inductivo a los que tienen tres bobinas, es decir que la antena no está unida al circuito de la lámpara.

Sin embargo, cuando el radio empezó a penetrar en el campo popular y los aficionados comenzaron a sentir la necesidad de nuevos aparatos, surgieron nuevos circuitos, muchos de los cuales eran realmente novedosos y comenzó lo que podía llamarse la era de la experimentación, pues cada minuto aparecía un circuito que era, según el inventor, el plus ultra de los aparatos; no debe creerse, sin embargo, que todos ellos eran producto del afán de engañar al prójimo, sino que, efectivamente, la mayoría de ellos respondían a conceptos técnicos, de verdadero valor, pero la cosa fué, que una vez que ellos se llevaron al terreno de la práctica, las enormes ventajas que se preconizaban con su uso, no eran perceptibles, ya sea debido a defectos de construcción, o que simplemente era imposible tener en la práctica, las condiciones que necesitaban para su buen funcionamiento. Tal resultó, por ejemplo, con los circuitos reflejos, en los cuales las mismas lámparas trabajaban, no sólo como amplificadores de las señales antes de penetrar al aparato, es decir de alta frecuencia, sino que servían para amplificar las señales de baja frecuencia, es decir, para aumentar el volumen de las mismas. Estos aparatos, que estuvieron muy en boga, resultaron al final iguales o peores que los circuitos de regenerativos comunes.

Muchos otros circuitos, como el Neutrodine, Superdyne Fleweling y muchísimos otros, tuvieron el mismo resultado y los aficionados terminaron por cansarse de gastar dinero sin resultado, hasta que un señor Hazel, publicó en una revista norteamericana Q. S. T., un circuito regeneratito común en el cual se habían introducido una serie de modificaciones, las cuales le daban el carácter de pocas pérdidas.

Esto de pocas pérdidas merece un capítulo aparte; en efecto, dicho señor Hazel sostenía, que el circuito regenerativo era muy bueno, pero que no daba resultados excelentes, debido a la mala calidad de los elementos que entraban en él y a la mala construcción que se efectuaba de los mismos, por ello había construído un receptor con ese circuito, el cual daba excelentísimos resultados, sólo por haber construído su aparato con óptimos elementos y cuidando de que no se produjeran pérdidas en él.

Con esa base, un señor Perry O. Briggs, aficionado americano, construyó el suyo, al cual se le habían ejecutado muchas innovaciones, pero dejando sin tocar el circuito, el cual permanecía siendo el regenerativo común; inmediatamente, los aficionados y las casas de comercio de radio, se dieron cuenta que la solución del problema estaba en los receptores de ese tipo y rápidamente se produjo un movimiento en el sentido de hacer los receptores de pocas pérdidas, y parte por ignorancia, parte por darle un nombre, se resolvió llamar al regenerativo común del año 1915, circuito Perry O. Briggs, nombre con el cual se le conoce en todo el mundo.

Esta es la historia del circuito más conocido, y el que da mejores resultados en la práctica, que si bien no es necesaria para la construcción del mismo, es conveniente saberla.

Casi en el mismo tiempo que se desarrollaba el circuito regenerativo para recepción, se ponía en uso para transmisión el circuito llamado Hartley, el cual en principio, no es más que una modificación del anterior, bien al correr del tiempo hubo muchos que se dedicaron a perfeccionar este circuito, que en realidad era para transmisión, para utilizarlo como receptor, y a ese efecto Reynartz, Weagant y varios otros dedicaron sus investigaciones, llegándose finalmente a unir el producto de todas ellas en el circuito receptor, que hoy se conoce con el nombre de Harley, que conjuntamente con el lamado Perry O. Briggs, se llevan la palma y quedan casi únicos en la categoría de receptores que dan buenos resultados.

Esto de buenos resultados, no debe interpretarse como indicando que los otros circuitos no sirvan, sino que es difícil obtenerlos mejores y que aun consiguiendo el mismo resultado, estos circuitos antes nombrados tienen otra serie de ventajas, entre ellas la de su construcción económica y fácil construcción y manejo, pues no es difícil darse cuenta de las ventajas que representan un circuito de dos lámparas que cuesta cien pesos, por ejemplo, si no se obtiene con uno de 500 mejores resultados; por ello, lo anteriormente dicho no quiere decir que los otros circuitos, que cada cual tenga en uso, no sirvan, sino que puesto a adqui-

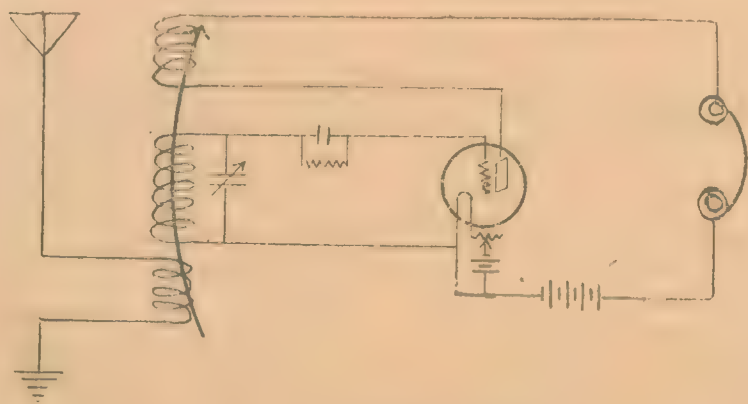


Fig. 1.—Circuito Perry O. Briggs.

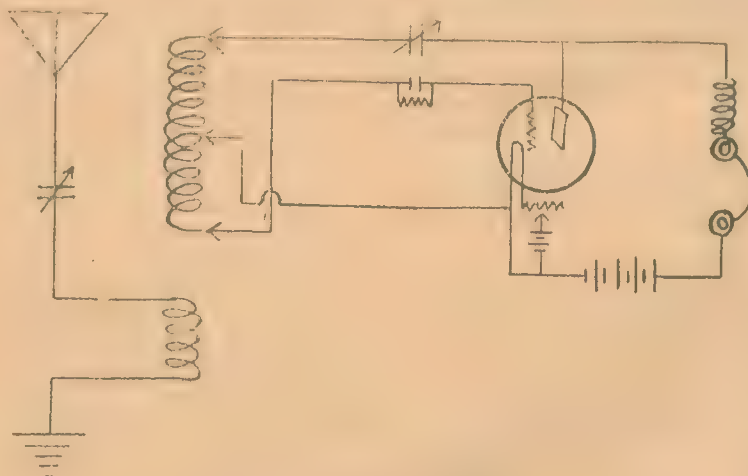


Fig. 2.—Circuito Hartley.



rir un receptor, en la actualidad el aficionado debe elegir en lo posible entre el circuito Perry O. Briggs o el Hartley, salvo los casos especiales, en los cuales deberá optar por otros circuitos que daremos en oportunidad.

No vamos a entrar en detalles sobre la construcción de dichos circuitos, pues el espacio no nos lo permitiría, pero solamente daremos aquí los circuitos técnicos de ambos, para que el lector se pueda formar una idea de las diferencias fundamentales de ambos y comparar, que en último término ambos son iguales.

La última novedad aparente, en la cuestión de circuitos de recepción, la constituye el Hartley, con una etapa de alta frecuencia, siendo curioso observar que esta novedad no es tal, sino que es la simple aplicación de principios por demás conocidos, pero que no dieron resultado en oportunidad, por las razones expuestas, pero ahora con conocimiento del asunto y con más práctica, se ha llegado a la comprobación de que una etapa de alta frecuencia, puede ser beneficiosa para la recepción; este circuito también será objeto de un estudio especial en un número próximo, pues es de excelentes resultados.

Ventajas que reporta la posesión de un receptor

Hay todavía muchas personas que tienen la convicción que un receptor de radio sólo tiene por objeto escuchar las audiciones de música de los broadcasting y ellas contribuyen con su error a impedir que muchas adquieran su receptor y gocen de los beneficios consiguientes.

Naturalmente que el objeto principal de los broadcastings está en la transmisión de programas musicales, pero la enorme variedad que se presenta es infinita y no está al alcance de la mayor'a de la gente, especialmente de aquella que vive en la campaña.

¿Quién, viviendo en la Pampa, por ejemplo, tendría oportunidad de oir a Tita Ruffo, sino fuera por las transmisiones que se hacen de las óperas del Colón? ¿Cuál sería el que podría escuchar los conciertos de la banda municipal? ¿Y cuántos podrían deleitarse escuchando afamados artistas que sólo hacen un pasaje rápido por Buenos Aires?

Sin embargo, esto es sólo una mínima parte del programa habitual de las estaciones trasmisoras; los números de canto, bailables en general, música de cámara, etc., se transmiten primero por radio antes de que el grueso del público las conozca, debido a la propaganda que significa su difusión, y al aumento de popularidad de los autores que ello significa, y finalmente, ¿cuál música es más barata que ésta, que con sólo hacer el gasto inicial ya no cuesta casi nada?

Las informaciones de noticias sensacionales se trasmiten por radio, conjuntamente con el disparo de bombas de los diarios y las noticias de precios de Bolsa y Cereales, se conocen al mismo tiempo que los corredores de Bolsa y gente de negocios.

Estas y muchas otras cosas, en verdad muy útiles, supone la posesión de un aparato de radio.

Algunas palabras de Edison sobre el radio

El mago de la electricidad está hondamente interesado en mejorar la radiotelefonía para lograr que la voz se produzca con más naturalidad.

—Los "magna - voces" necesitan también mejorarse mucho. Hoy por hoy estorban, en cierto modo, la clara recepción y restan naturalidad a las voces. En el futuro serán más pequeños que ahora; probablemente no serán mayores que la boca abierta de una persona; y serán construídos de tal manera que registren tres distintas modalidades de sonidos: bajo, mediano y alto.

—Algunos fanáticos del radio creen que las antenas deben estar lo más alto posible de la tierra. Si usted tiene un buen aparato, y lo trabaja correctamente, funcionará igual teniendo la antena debajo de la tierra. Recientemente se hizo el experimento de llevar un receptor al fondo de una mina de carbón en Pensylvania y los resultados fueron los mismos que si hubiera estado fuera.

—El gobierno se ha negado a admitir más estaciones transmisoras. Eso está muy bien hecho. Uno de los mayores obstáculos de la radiotelefonía consiste en la profusión de estaciones. La orden del futuro será: menos estaciones, pero más poderosas. Cinco y seis estaciones en una ciudad, en mi opinión, es demasiado. Solamente las mejores y más potentes sobrevivirán dentro de algunos años, y todas estarán unidas unas con otras de manera que en caso de emergencia nacional pueda el país mantenerse alerta y, si se hace necesario, se movilizará el ejército por radio.

—La época en que todo será movido por electricidad o radio, está llegando gradualmente. Y en los próximos diez años se verán cosas todavía más sorprendentes que las que se han visto en esta última década.

Comunicaciones submarinas

El personal científico perteneciente al Laboratorio de Investigación Naval de los Estados Unidos, acaba de publicar un esquema de cómo un submarino puede oir a otro bajo el agua o a una estación costera equipada con idénticos aparatos receptores que pueden recoger las ondas sonoras que no son perceptibles en los aparatos usados por los navíos durante varios años.

Esta nueva disposición viene a resolver un problema que preocupaba grandemente por las dificultades que se encontraban en la comunicación de sumergibles necesarios tanto en tiempo de guerra.

El hombre puede percibir sonidos débiles desde ocho vibraciones, hasta 30.000 vibraciones por segundo. Las altas frecuencias que ahora se emplean en la comunicación y que son más elevadas que el límite de audición humana, se empiezan a utilizar actualmente para esta comunicación.

TEATROS

EL EXITO DEL MAIPO

A pesar de lo avanzado de la temporada, el conjunto del Maipo ha ofrecido una nueva revista tan cuidada y meritoria como si se tratase de iniciar la labor del año. Esto demuestra que allí se trabaja con entusiasmo y con fe, sin que los éxitos anteriores hayan mareado a la empresa. "La mejor revista" responde bien a su título, si no en todos sus cuadros, por lo menos en la mayor parte. Debutó en esta sala como autor, Antonio Botta, y, como intérprete, valga la expresión, el duo Corrao-Tryai y la tiple Perla Greco. Para todos hubo muchos aplausos, agradando especialmente el cuadro titulado "Una noche en Montmartre" y la apoteosis final en la que se hace un verdadero derroche de plumas con muy buen gusto y un lujo inusitado. Gloria Guzmán, deliciosa como siempre y los demás componentes del brillante elenco, muy bien en sus respectivos papeles.

La forma en que ha sido presentada esta obra parece demostrar un propósito de continuar la temporada indefinidamente, porque se trata de un filón que ha de dar un gran rendimiento, a juzgar por la impresión del público en la noche del estreno.

EL BENEFICIO DE CHELA CORDERO

Tuvo una memorable "Serata d'onore" la primera actriz del Smart, Chela Cordero, que dió lugar a que se pusieran de manifiesto las grandes simpatías con que cuenta. Esa noche fué repRisada la pieza de Pedro B. Aquino titulada "El valor de la vida", alcanzando un clamoroso éxito la beneficiada en su importante papel.

Se estrenó "La ventana milagrosa" de J. C. Keller Sarmiento, comedia no exenta de interés y bien desarrollada, aunque demasiado frondosa y desvaida, lo que le resta eficacia.

Ha debido de ser puesta ya en escena en este teatro, una producción de Eduardo Lazcano titulada "El secreto de Vicente López", en la que si no nos hace el autor un chiste de carácter histórico o una sorpresa de mala ley, deberá presentarnos algún episodio relacionado con el asunto que monopoliza la actualidad de la sección policial de los diarios.

"YO SOY MUY HOMBRECITO", DE HICKEN Y PAYA, EN EL LICEO

La mano experta de Hicken tiene, por lo general, aciertos que solamente pueden no dar resultados halagüeños cuando se trata de piezas en tres actos, pero en el sainete breve siempre son eficaces para conquistar el favor del público. Así, en esta obra escrita en colaboración con Payá, puede apreciarse el resultado de un gran conocimiento de la escena, ya que, sin un argumento sólido y dejándolo todo librado a la habilidad en la presentación de tipos cómicos, se obtiene un franco éxito de risa que es el único objeto perseguido con las piezas de esta índole. No hay, ciertamente, mucha novedad en las características de los personajes que integran "Yo soy muy hombrecito": el borracho, el tímido, el cobarde, la sorda, la solterona, son elementos de comicidad que han desfilado profusamente por nuestra escena y por la de todos los teatros del mundo, aunque siempre han dejado lugar para que otros similares sigan presentándose, con tal que se les remoce un poco. Esto es lo que han hecho los autores de la pieza que nos ocupa y unido ello a una feliz interpretación por parte de los elementos de la compañía Ruggero Zárate, explica los aplausos con que el público acogió esta producción. Además de las primeras figuras del elenco, actuaron destacadamente la actriz genérica Elisa García y el actor Santalla.

—Debió estrenarse últimamente en esta misma sala el sainete de Vacarezza "Los hijos del finao".

MUIÑO ESTRENO "UNA POBRE PAISANITA"

Pocas, muy pocas palabras exige al cronista la novedad ofrecida últimamente en Buenos Aires por la compañía de Enrique Muiño.

Don Santiago Dallegri, conocido escritor uruguayo que cultiva el género festivo, más que festivo, podríamos decir pintoresco, no ha hecho con su pieza "Una pobre paisanita" una labor que obligue a un largo comentario. Renovando una fábula mil veces usada en las piezas camperas presenta una muchacha campesina que, seducida por un pillastre, vuelve después al hogar paterno implorando el perdón y desengañada de su seductor.

El asunto y su desarrollo, así como los tipos que atraviesan por la escena durante el desenvolvimiento de la obrita, interesan escasamente al público, que se siente en presencia de algo viejo, de una especie de resurrección de cosa que ya no quiere ver más.

Muiño y sus compañeros procuraron, a fuerza de buena voluntad, imponer "Una pobre paisanita", logrando sólo una tibia acogida de la sala.

DELICIAS "CHEZ" PARRA

Acaba de renovar su cartel la compañía que encabeza el más popular y estimado de nuestros artistas, don Florencio Parravicini. "Las delicias del cuartel" es el título con que ha rebautizado aquél su traducción y adaptación de la pieza cómica "Tire au flanc", de los concidos pochadistas franceses Mouezy-Eon y Sylvane.

En nuestro próximo número comentaremos el nuevo estreno del Argentino.

"UN AMOR IMPOSIBLE", EN EL SARMIENTO

Inspirándose en un cuento de Zola, — según lo confiesan sus autores, — los señores Alfredo Bertonasco y Domingo Martignone, han ensayado por primera vez la literatura escénica, ofreciendo una interesante comedia que termina de estrenar la compañía que dirige Palazzolo en el Sarmiento, con merecido éxito. La aventura de un hombre que se casa por interés y al cabo se enamora de su esposa, mujer que había pecado antes del matrimonio, circunstancia que no ignoraba el futuro marido, constituye el eje dramático de la pieza, discretamente construída, tratándose de autores noveles. Los señores Bertonasco y Martignone han de producir comedias mejores, para lo que no les faltan condiciones. Así lo dejan entrever en su primera, que tiene bastante sustancia dramática y se desarrolla ágilmente.

Las actrices señoras Lemus y Agueda, así como los actores Camiña y Serrano, sobresalieron en sus papeles.

CASAUX CLAUSURO SU TEMPORADA

Con "El barbero de "Zevilla", versión de Ivo Pelay de la obra "Las urracas", del comediógrafo catalán Ignacio Iglesias, hecha conocer a nuestro público años atrás por el actor Borrás, puso término a su temporada la compañía de Roberto Casaux.

La obra aludida permitió al celebrado comediante la interpretación de un tipo de relativo interés, pero no desprovisto de relieve humano.

Es sensible recordar que este año Casaux no realizó ni mucho menos una mediana temporada, advirtiéndose desde el principio un retraimiento del público en el Nuevo. Ello, más que nada, se debió a la falta de obras siquiera discretas, entre las cuales apenas puede citarse una: "Judío".

PATOS EN EL APOLO

El conjunto que actúa en el Apolo y a cuyo frente se encuentran los populares cómicos Luis Arata y Carlos Morganti, dió a conocer recientemente una pieza de Nicolás de las Llanderas titulada "Dos patos en la vía", a la que aludiremos en otra edición.

CINE EN EL SAN MARTIN

Terminado el bataclán que actuó en esta sala con buen éxito durante el invierno, ahora se ha constituído en sede de las películas "La casa de la Troya" y "Currito de la Cruz" que se dieron en el Avenida con gran aceptación. Desde luego este espectáculo es transitorio, ya que un teatro como el San Martín ofrece características que lo hacen adecuado para todos los géneros. No se sabe hasta ahora ni cuando terminará el peliculeo ni qué espectáculo le seguirá, aunque es posible que sea un conjunto de zarzuela o revistas.

EN EL AVENIDA

En la semana anterior se han realizado dos beneficios y un estreno. El barítono Sbarté y la tiple Asunción Pastor, cosecharon obsequios y aplausos en abundancia merecida, pues se trata de dos valiosos elementos de la lírica zarzuelera española. En cuanto al estreno de "La virgencita de Cavadonga" le dedicaremos el comentario correspondiente en el número próximo.

CAMILA QUIROGA

La interesante primera actriz del Ateneo demuestra sus excelentes dotes, manteniendo largamente en el cartel obras de mérito como "Roberto y Mariana" de Paul Geraldy, que sólo agradan a nuestro público a través de una brillante interpretación. Justo es elogiar también la labor de Bouier en esa bella comedia, no mereciendo reproche alguno el trabajo de los demás intérpretes.

DE ROSAS EN GENOVA

Cables de Europa anuncian que el distinguido actor Enrique De Rosas ha llegado a Génova, ciudad en que ofrecerá algunas funciones, dando a conocer obras argentinas.

De Rosas ha de obtener allí el mismo o mayor éxito del que logró en las ciudades de España que visitó en su última jira artística, por ser un buen embajador de nuestro teatro extranjero.

PALMADA

Salvo error u omisión, el viernes ha debido presentarse en el Mayo la compañía lírica española que dirige el conocido y apreciado actor español, don José Palmada.

BENEFICIO DE JOSE GOMEZ

Una velada brillante ha sido en el Marconi la función en beneficio del actor José Gómez, quien eligió para representar en su "serata d'onore", el popular drama de Dicenta, "Juan José".

El público le prodigó muchos aplausos, a raíz de su excelente interpretación del protagonista de esa obra, tantas veces dada entre nosotros.

GRAN SPLENDID

Un verdadero acontecimiento constituye la película "Miguel Strogoff o El correo secreto del zar", extraída de la novela de Julio Verne, superproducción del programa Max Glücksmann extraordinario, que se ha estrenado en esta regia sala ante crecida concurrencia de público distinguido.

En la semana, serán exhibidas otras cintas de gran espectáculo.

CAPITOL

En esta sala, en que se pasan las mejores cintas, se acaba de exhibir "El pirata negro", anunciándose para en breve y con carácter de exclusiva de este cine, "El que recibe las bofetadas", en la que actúan Lon Chaney y Norma Shearer, producción que despierta interés en ser vista por nuestro público.

CINE PARC

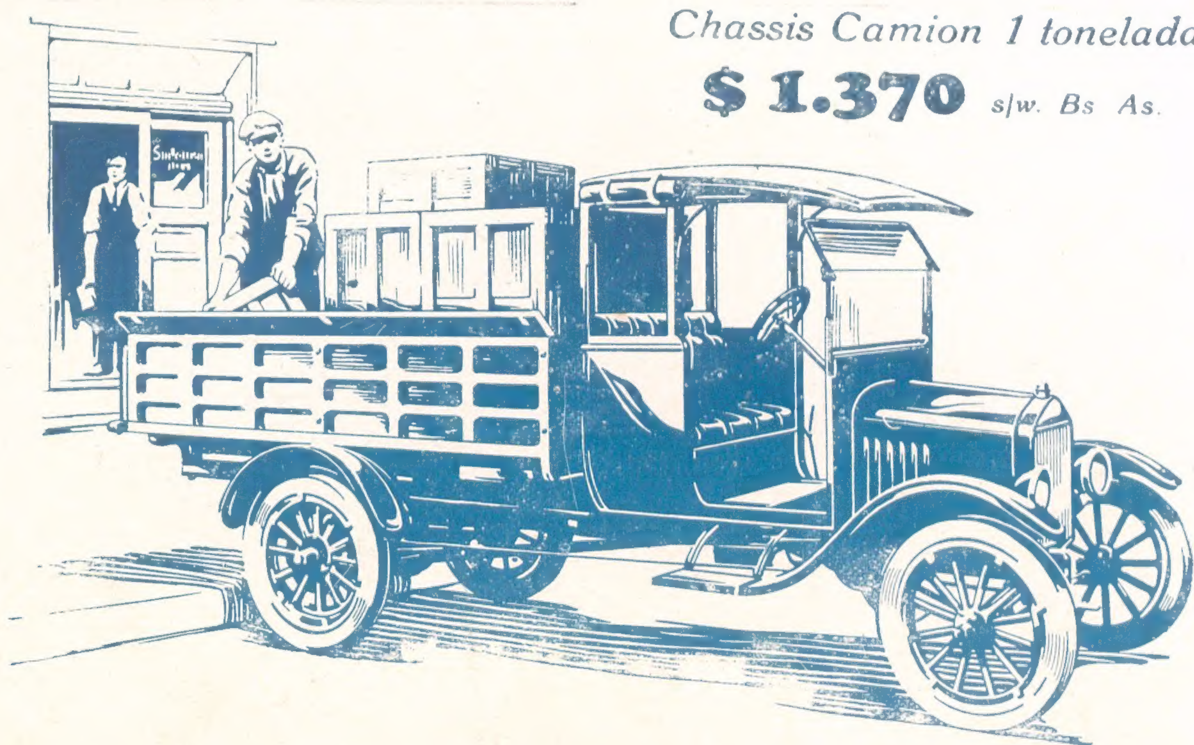
Este hermoso cine de Palermo continúa desarrollando su temporada con buena fortuna. Para esta semana se anuncian notables producciones cinematográficas, que han de renovar el éxito de las últimas funciones.

El domingo 3 se pasará "El pirata negro", por Douglas Fairbanks, que tanto gustó en otros cines.

Ultimas creaciones de la moda femenina



BLUSAS Y PALETOS PARA DEPORTES.—1. (Creación Martial y Armand).—Blusa confeccionada con crespón de China, tono marfil y guarnecida con biesecitos de escocés de seda roja.—2. Paletó de crespón de China rojo vivo, liso. La falda blanca, orlada con rojo vivo.—3. Blusa ligera, de crespón Georgette rosa, bordada con puntos de lana tono azul antiguo. El cuello, las muñecas y la cintura hechos con doblado Georgette azul antiguo. Acompaña a la blusa una falda plisada de crespón de China rosa, en el tono de la blusa, constituyendo, con esta última, un lindo conjunto.—4. Blusa de crespón Georgette en dos tonos: azul claro y blanco, unidos por calados. Falda blanca plisada.



PRESENTARSE BIEN

HE aquí el secreto del éxito en el comercio y en la vida. El comerciante progresista dedica todos sus afanes a conseguir dar al cliente la sensación de una organización moderna: rapidez, puntualidad, economía de gastos, seguridad.

El camión Ford es el vehículo que reúne todas estas condiciones dentro de un precio sin competencia. Sus cualidades son insuperables.

Adquiera un camión Ford con carrocería adecuada a las necesidades de su negocio, presente mejor sus mercaderías y aumente así su radio de acción y el volumen de sus ventas.

Pida una demostración práctica al Agente Ford más próximo.

Ford

TALL. GRAF. A. GARCIA & Cª - PATAGONES 2490
INDUSTRIA ARGENTINA